

HENNING MANKELL

JUGAR CON FUEGO



Lectulandia

Sofía estaba sentada junto al fuego. Ahora las llamas la amenazaban. No eran cálidas y agradables, y ella sabía por qué. En la oscuridad, tumbada sobre una manta, se encontraba Rosa, su hermana mayor, que estaba enferma. De todos los hermanos, Rosa era a quien ella quería más. Rosa tenía diecisiete años, tres más que Sofía. con ella podía hablar de todo y reían a menudo. Rosa podía contar cosas que a Sofía todavía no le habían pasado. En especial cuando tenían que ver con aquello que llamaban amor. Y Sofía escuchaba y guardaba en la memoria todo lo que Rosa le decía. Sofía miró las llamas e intentó comprender qué le ocurría a Rosa. Todo el mundo se ponía enfermo de vez en cuando. Pero esta vez parecía que las llamas trataban de contarle algo. Y Sofía sintió miedo...

Lectulandia

Henning Mankell

Jugar con fuego

Sofía Alace Fumo 2

ePub r1.0

leandro 31.10.13

Título original: *Eldens gåta*
Henning Mankell, 2001
Traducción: Mayte Giménez & Pontus Sánchez
Retoque de portada: leandro

Editor digital: leandro
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Kari, que fue quien me llevó hasta Sofía

A la memoria de Rosa

*Una historia más quiero contar.
Esta vez sobre Sofía
y su hermana Rosa.*

*Es poco antes
del amanecer africano.
Sofía se acaba de despertar.
Todavía está oscuro.
Pero el sol pronto se alzaría
como una incandescente bola roja sobre el horizonte.*

Para un día más en la vida de Sofía...

1

Una mañana Sofía se despertó con la sensación de que algo curioso iba a suceder. Algo que no le había pasado nunca antes. Quizás incluso algo que acabaría siendo un suceso decisivo en su vida.

Como de costumbre, se despertó justo antes de que el gallo de la señora Mukulela comenzara a cantar. No le gustaba aquel gallo. A nadie de la aldea le gustaba. Siempre cantaba demasiado temprano, mucho antes de que el primer rayo de luz pudiera vislumbrarse sobre las montañas del Este. El señor Temba, que vivía justo enfrente de la señora Mukulela, la reñía a menudo por no deshacerse de aquel gallo que no sabía cuándo un gallo debe estar callado y cuándo debe cantar. Varias veces había amenazado con matarlo y una vez que vendió en el mercado de Boane muchos de los cestos que fabricaba, cosa poco habitual, se ofreció a comprar el gallo para luego matarlo y comérselo. Pero la señora Mukulela se había recolocado los pechos bajo la tela que le rodeaba el cuerpo y había contestado enfadada que su gallo no estaba en venta.

Sofía estaba tumbada en la oscuridad y se rió en silencio con el recuerdo. Le gustaban tanto el señor Temba como la señora Mukulela. Probablemente no era por el gallo por lo que discutían. Seguramente el señor Temba estaba enfadado porque la señora Mukulela no quería mudarse a su choza. Los dos estaban solos. El marido de la señora Mukulela se había marchado a las minas de Sudáfrica y había encontrado otra mujer con la que se había ido a vivir. El señor Temba era viudo, ya que su mujer había muerto unos años antes.

«Discuten porque se gustan el uno al otro», pensó Sofía.

Luego se rió otra vez. La señora Mukulela tenía los pechos muy grandes. Cada vez que se molestaba por algo, se los recolocaba, como si fueran un obstáculo para su enfado.

Rosa estaba durmiendo a su lado sobre el suelo.

Sofía podía oír su respiración en la oscuridad. En el otro cuarto, tras la tela que colgaba de la puerta, dormía su madre junto a los dos hermanos pequeños. Era un sonido que le daba seguridad. A Sofía le gustaba este momento cuando era la única que estaba despierta.

Estaba tumbada a oscuras pensando en lo que le esperaba a lo largo del día. Primero se pondría las dos piernas de plástico que llevaba desde aquel día en que pisó la mina y murió su hermana María. Mientras se ponía las piernas hablaría con María.

Lo hacía cada mañana. Aunque hacía cuatro años que María se había quedado atrás en el tiempo, era como si de todos modos apareciera cada mañana para decirle hola a Sofía. Lo único raro era que María no había crecido. En la mente de Sofía seguía teniendo la misma cara que la mañana en que sucedió aquello tan terrible. Sofía pensaba que María venía a visitarla desde el otro mundo, aquel al que se llegaba desde debajo de la tierra. Te enterraban en el suelo y luego se abría una puerta en lo profundo y oscuro de allí abajo hacia el reino de los muertos. O a lo mejor era un río que lentamente comenzaba a filtrarse y a hacerse más y más ancho, y había un barco con una vela que se henchía con el viento subterráneo y te encaminaba hacia otra tierra, aquella en la que estaban los muertos. Solía imaginarse que le preguntaba a María cómo era estar en ese otro mundo y que podía oír la respuesta de María. Era igual allí que en la aldea en la que vivía Sofía. Todo era como de costumbre. En realidad, no había diferencia entre estar muerto y estar vivo.

Después María desaparecía. Llevaba un vestido blanco y se deslizaba sol adentro, como si los rayos de luz la absorbieran.

Todas las mañanas empezaban de la misma manera. Las piernas estaban apoyadas contra la pared. María aparecía. Después Sofía salía al patio y se lavaba. El agua la cogía del pozo de la aldea, que estaba junto al camino que llevaba a la ciudad. Aunque iba todavía con muletas, había aprendido a mantener en equilibrio el cubo de agua sobre la cabeza. Cuando se había lavado y se había visto la cara en el trozo de espejo que se encontró un día de camino a la escuela, llegaba el turno de ayudar a su madre Lydia. Ella había encendido ya el fuego y preparaba el desayuno antes de irse a la *machamba*^[1], donde cultivaba hortalizas y maíz. Sofía barrería el patio. Cuando estuviera listo, Rosa ya habría empezado a trabajar en el pequeño huerto que tenían junto a la casa, entre la de la señora Mukulela y el camino que llevaba al mercado. Por la tarde Sofía le arreglaría unos pantalones al señor Temba y también empezaría a cortar una tela para hacerle un vestido a Rosa.

Todo sería como de costumbre.

Lo único distinto era que no tenía que ir a la escuela. Un día de la semana anterior la profesora, la señorita Adelina, había venido a explicar que el techo de la escuela, que goteaba, por fin se iba a arreglar. De algún sitio había llegado dinero. Por eso los niños tendrían unos días libres.

Pensó que podía estar bien tener un día libre. Pero no más. A Sofía le gustaba la escuela. Muy adentro, en sus sueños, se veía a sí misma con ropa blanca. Doctora

Sofía. A nadie, ni siquiera a Rosa, le había contado su sueño. A veces era tan grande y lejano que casi la asustaba. Pero volvía cada día. Era como si tuviera una mariposa tozuda y hermosa en la cabeza que se negaba a abandonarla...

Pronto sería de día.

Pero antes, cantaría el gallo. Se subió la manta hasta la barbilla y se preguntó qué cosa extraña sucedería justo ese día.

Quizá se fuera a enamorar. Quizás apareciese un chico por el camino al que no le importase que tuviera dos piernas ortopédicas. Sintió calor por todo el cuerpo y trató de imaginárselo delante de ella.

En ese mismo instante el gallo se puso a cantar.

Rosa se dio la vuelta sobre el suelo sin despertarse. Sofía le palpó el pelo con una mano. Llevaba trenzas. De todos los hermanos, Rosa era a quien ella quería más. Rosa tenía diecisiete años, tres más que ella. Con ella Sofía podía hablar de todo y reían a menudo.

Se estaba haciendo de día. Continuó pasando la mano por el pelo de Rosa.

Nada hacía sospechar lo terrible que iba a ser el día que acababa de empezar.

2

Sofía había pensado a menudo que uno desconoce de antemano la mayor parte de las cosas que componen la vida. Aunque planificaras lo que ibas a hacer, siempre ocurría algo inesperado. Sofía recordaba con plena claridad cuándo había empezado a pensarlo. Fue después de la gran catástrofe. Aquella mañana, aquel día totalmente normal, cuando Sofía pisó la mina que estaba enterrada en el suelo y su hermana María murió y ella perdió las dos piernas; fue entonces cuando aprendió que nada era cierto y seguro de antemano. Valía para todo en la vida. Cuando te ibas a dormir no sabías si al día siguiente, al despertar, estaría lloviendo. No sabías cuándo ibas a tener dolor de barriga o una picadura de mosquito en un lugar del cuerpo donde tú no alcanzas y hay que pedirle a otro que te rasque.

No sabías nunca cuándo iba a ser un buen o un mal día.

Sólo podías desear.

Sofía había intentado varias veces hablar con Rosa sobre ello.

Pero a Rosa no le importaba. Pensaba que Sofía era infantil. Además, Rosa estaba casi siempre enamorada. En ese caso sólo tenía tiempo para pensar en el chico nuevo. Cuando Sofía le hacía trenzas estaban más juntas que nunca. Era entonces cuando compartían sus pensamientos más profundos. Pero no todos. Sofía sabía que Rosa tenía sus secretos, del mismo modo que ella tenía los suyos. Seguramente no te unías tanto a otra persona como para compartir todos tus sentimientos y todos tus sueños. Siempre había alguna pequeña cueva de la que no revelabas la entrada.

Aun así, era como si compartieran todo lo que era importante. Rosa era mayor que Sofía. Había vivido más tiempo y había tenido más experiencias. Podía contarle a Sofía cosas que todavía no le habían pasado. En especial cuando tenían que ver con aquello que llamaban amor. Y Sofía escuchaba y guardaba en la memoria lo que Rosa le decía.

Pero también había algo que hacía de frontera invisible entre las dos.

Rosa nunca había pisado una mina. Todavía tenía las piernas con las que había nacido. No los trozos de plástico con zapatos adheridos que Sofía se sujetaba cada mañana y se quitaba cada noche.

A veces, Sofía pensaba que no era sólo ella la que había perdido a su hermana María. María también había sido la hermana de Rosa. Pero, de todos modos, era como si Rosa no pudiera llorar a María tanto como Sofía. María tampoco iba nunca a visitar a Rosa por las mañanas. Al menos Rosa nunca había contado nada sobre el particular. Y si hubiera sucedido, lo habría hecho. Sofía siempre se lo pensaba dos veces antes de revelar un secreto. Pero Rosa era distinta. En el mismo momento en que algo le pasaba por la cabeza se transformaba en palabras que salían de su boca.

También había cosas de las que era difícil hablar.

A menudo Sofía sentía que estaba celosa de Rosa por tener piernas de verdad. Nunca aprendería a caminar con la misma belleza que Rosa, nunca podría mecer las caderas como ella. Sofía necesitaría siempre el apoyo de al menos una muleta y siempre caminaría tiesa, como si tuviera unos zancos debajo de las rodillas. Se le hacía difícil reconocer que estaba celosa. Rosa no podía remediar que hubiese sido Sofía la que jugaba con María cuando pisaron la mina. A veces, Sofía podía sentirse avergonzada de sentir celos de Rosa. En ocasiones, por la mañana, mientras esperaba a que cantara el gallo, sus pensamientos podían enfadarla de tal manera que sentía ganas de pegar a Rosa mientras ésta seguía allí tumbada durmiendo.

Además, Rosa era más hermosa que ella.

Aunque Sofía hubiese tenido sus piernas nunca habría tenido una cara tan bonita y un cuerpo tan bello como el de Rosa. Sofía era de complexión fuerte, mientras que Rosa era alta y delgada. Sofía tenía los pechos más grandes que Rosa, que los tenía de un tamaño perfecto. Aunque a veces se reían tontamente, antes de acostarse comparaban minuciosamente sus cuerpos desnudos. Encendían una vela y se pellizcaban y se palpaban una a la otra. De vez en cuando, Lydia se irritaba en el otro cuarto y preguntaba qué estaban haciendo. Pero en cuanto Lydia empezaba a roncar ellas comenzaban a susurrar en la oscuridad. Había tantas cosas de las que hablar. Por lo menos de todos los chicos que se peleaban por estar cerca de Rosa.

Sofía se levantó, se ató las piernas, se vistió y salió.

Lydia ya estaba concentrada en encender el fuego.

Sofía se lavó la cara. Rosa salió de la choza. Bostezó y estiró el cuerpo. Se había

untado la cara con una crema que alguno de sus novios le había regalado. Cuando levantaba la cara hacia el sol la piel le brillaba. Al instante Sofía sintió la picadura de la envidia otra vez. La piel de Sofía nunca sería tan bonita y brillante como la de Rosa. Además, seguramente nunca conocería a un chico que le regalara una crema como la que tenía Rosa.

Rosa se acercó a Sofía.

–No entiendo que esté tan cansada –dijo.

–Es porque duermes muy poco –dijo Lydia severa–. Sales hasta demasiado tarde por las noches. Hay demasiados chicos corriendo detrás de ti.

Lydia removía el agua que hervía en la cazuela de hierro. Pero Sofía vio cómo lanzaba una mirada rápida a la barriga de Rosa. Lo hacía cada mañana. Sofía se preguntaba qué estaría mirando. ¿Si Rosa estaba embarazada? Con mamá Lydia nunca podías estar segura.

Rosa se sentó en cuclillas a la sombra de la choza.

Sofía fue hasta ella y se apoyó en la pared.

–Estoy tan cansada –dijo otra vez–. Por mucho que duerma. Es como si no tuviera fuerzas para nada.

–¿Estás enferma?

Rosa negó con la cabeza.

–No me duele nada.

Después no hablaron más del tema.

El desayuno estaba listo. La familia se reunió junto al fuego. Lydia repartió la comida, gachas de maíz para cada uno. Sofía ayudaba a darle de comer al hermano más pequeño, Faustino, que aún no había cumplido cuatro años. Alfredo, que tenía seis, comía despacio para que la comida le durara más.

Sofía no estaba segura de quién era el padre de Faustino. El padre de Alfredo, de María, de Rosa y de ella había sido asesinado por los bandidos durante la guerra. Había una foto suya, en blanco y negro, descolorida y rota. Lydia les había contado que se la había hecho un fotógrafo, de recién casados, cuando trabajaba en las minas de diamantes en Sudáfrica. A veces, cuando estaba decaída, Sofía solía sacar la foto, que estaba en el libro de Salmos de Lydia, para mirarla. Varias veces le había preguntado en sus pensamientos a María si ahora estaba viviendo con su padre, que

también estaba muerto. Pero María no le había contestado nunca.

Pero quién era el padre de Faustino, lo desconocía.

Era un secreto que Lydia no revelaba. De vez en cuando, Rosa y Sofía hablaban de ello. Una noche, antes de dormirse, Rosa le había susurrado a Sofía que a lo mejor era el señor Temba el padre de Faustino. Sofía se había quedado estupefacta. ¿Habría dejado su madre Lydia, un día en que se hubiera sentido sola, que el señor Temba durmiera encima de ella en la choza? Que a Sofía le gustara el señor Temba era una cosa. Pero imaginar que se hubiera acostado con Lydia y que fuera él el padre de Faustino era totalmente distinto. Sofía protestó y Rosa le contestó esquiva que quizá no era como ella pensaba.

Una vez Sofía le preguntó a Lydia.

Como era una pregunta difícil y Lydia tenía a veces un temperamento irritable y se podía encolerizar, Sofía había escogido un momento en el que Lydia estaba de buen humor. Entonces había lanzado la pregunta, como si no fuera importante en absoluto, lo mismo que la respuesta que pudiera obtener. Lydia sólo se había reído y contestado:

–Un hombre agradable que pasó por aquí. Y que luego desapareció otra vez.

Sofía no había hecho más preguntas. A Lydia no le gustaba que sus hijos la atosigarán. Pero a Sofía no le gustaba que su hermano Faustino tuviera un padre que ella no conocía.

La mañana transcurrió como de costumbre.

La señora Mukulela se acercó para dar los buenos días. Era curiosa y siempre se fijaba en si el patio estaba limpio y cuidado, o si alguno de los niños llevaba un jersey nuevo. Casi nunca la señora Mukulela se quedaba satisfecha cuando volvía a su casa. A la señora Mukulela no le gustaba que se cambiara nada en casa de sus vecinos. En cualquier caso, no para mejor. La señora Mukulela quería ser siempre la que tenía la tela más bonita liada al cuerpo y las gallinas más ponedoras. Por el camino solía detenerse un rato a discutir con el señor Temba que, ya al amanecer, solía sentarse ante su choza, a trabajar con sus cestos.

Lydia se sujetó a Faustino a la espalda, cogió la azada y se dirigió a la *machamba*, que estaba a unos pocos kilómetros de allí, en dirección a las altas montañas que apenas se distinguían entre la calina. Caminaba rápido, como si el día fuese

demasiado corto como para tener tiempo de hacer todo lo que debía. Sofía la siguió con la mirada. Lydia era flaca y estaba desgastada. Nueve hijos había parido. Ahora quedaban cuatro con vida. Cinco habían muerto, entre ellos María. Sofía la miraba mientras ella avanzaba velozmente por el camino y se preguntó en qué estaría pensando. Paría hijos que morían y cada día se apresuraba a ir a su campo de cultivo para echarle un ojo a las hortalizas que luego vendería para ganar un poco de dinero.

Lydia desapareció en el sol.

«Igual que María», pensó Sofía. Y se preguntó si algún día sería como Lydia. A pesar de que nunca pudiera caminar tan deprisa. Las muletas no las podría dejar nunca de lado. Y tampoco era seguro que fuera a tener hijos.

Miró hacia el camino, que por un momento quedó vacío.

Entornó los ojos al mirar el sol por donde Lydia había desaparecido. Pero nadie llegó. Ningún chico que fuera a detenerse para mirarla sin que le importase que no tuviera piernas y llevara muletas bajo los brazos.

Sofía suspiró y se dio la vuelta.

Rosa se había levantado del sitio junto a la pared de la choza y se agachó para coger su azada, que estaba en el suelo. Sofía arrugó la frente. Cuando Rosa levantó la azada, parecía que tenía que hacer un gran esfuerzo. Como si de repente pesara el doble que el día anterior. Pero se la puso al hombro y recompuso la espalda. Comenzó a caminar hacia el pequeño huerto que limitaba con el terreno de Mukulela, donde las gallinas deambulaban picoteando.

Sofía se quedó de pie mirando a Rosa.

Al principio no sabía por qué. Luego se dio cuenta de que algo era diferente. Rosa no caminaba como solía, con pasos ágiles, la espalda recta y meciendo las caderas. Era como si avanzara a rastras, como si cada paso fuese un suplicio. Sofía entornó los ojos y continuó mirándola. Rosa ya había llegado al huerto. Levantó la azada.

Y se le cayó.

Rosa se hundió de rodillas.

Sofía contuvo la respiración. Luego cogió las muletas y saltó hasta donde estaba Rosa.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

–No lo sé –respondió Rosa–. Es que me siento tan cansada.

Sofía la miró. Pensó entonces que Rosa había adelgazado desde hacía un tiempo.

Y fue entonces cuando cayó en la cuenta. Fue como si se le encogiera el estómago.

Era el miedo.

«No es verdad», pensó. «Rosa no, mi hermana no.»

Rosa alzó la mirada para ver a Sofía.

Su cara todavía relucía. Pero no era por la crema que le había regalado alguno de sus novios lo que le hacía brillar la cara.

Era sudor.

Sofía se inclinó hacia delante. La mano le temblaba cuando la posó sobre la frente de Rosa.

Rosa tenía fiebre.

Estaba enferma.

Sofía sintió cómo le crecía el frío en el estómago.

Era como si el sol hubiese desaparecido y la noche hubiese vuelto otra vez, de repente.

3

Sofía ayudó a Rosa a llegar hasta la cama de la choza.

Rosa se quería tumbar en el suelo, en el lugar donde solía dormir. Pero Sofía le dijo que no. Rosa estaba enferma, se tumbaría en la cama. El motivo de que hubiese una cama era que a Sofía le costaba levantarse del suelo sin sus piernas. La cama se la había regalado el señor Temba cuando volvió de una larga temporada en el hospital. Se la había intercambiado a un maestro en Boane que, a su vez, la había conseguido a cambio de una bicicleta vieja.

Rosa se estiró en la cama.

–No me duele –dijo–. Sólo estoy cansada.

–Tienes fiebre –dijo Sofía.

Rosa la miró.

–¿Por qué te tiembla la voz?

–No me tiembla.

Rosa continuó mirándola.

–No estoy enferma.

–Tienes fiebre. Pero seguramente no es nada grave.

Rosa recostó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. Sofía la miraba. Rosa tenía razón. A Sofía le había temblado la voz. Le había temblado porque tenía miedo. Aquello que le helaba el estómago aún seguía allí. Todo el rato intentaba convencerse de que estaba equivocada. A Rosa no le pasaba nada serio, sólo un poco de fiebre, un ligero cansancio. Le podía ocurrir a cualquiera. Dentro de unos días estaría igual que siempre.

Pero también había otra voz en su interior.

Una voz que la contradecía. A Rosa se le había caído la azada. Se había caído en el suelo. No le subía la fiebre por cualquier cosa. Y había adelgazado. Sobre todo eso. La voz interior de Sofía gritaba cada vez más fuerte. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Que Rosa casi nunca se acababa la comida. Antes no era así. Pero en los últimos meses había devuelto a la olla grandes porciones de maíz o de arroz en cada comida.

Rosa abrió los ojos otra vez.

–Me duele la cabeza. Hay tanta luz.

Sofía se había sentado al borde de la cama, con las muletas a su lado. Cogió una de ellas y movió la cortina que ella misma había cosido a partir de un jirón de tela para que tapara la ventana.

–¿Quieres agua? –preguntó Sofía.

Rosa negó con la cabeza.

–Voy a dormir un rato –contestó–. Después me sentiré bien otra vez. Será mejor que salgas y vigiles que Alfredo no arme ninguna.

Rosa tenía razón.

Sofía no lo podía dejar solo. Se levantó de la cama y salió. Al mismo tiempo se preguntaba si tenía algún significado que no tuviese colegio justo hoy. Si la vida se componía de cosas que uno no conocía, también ocurría que algo cuadraba sin que estuviese planeado. Como ahora, que la escuela había obtenido dinero para reparar el techo estropeado y que fuera justo el día en que se quedaba en casa cuando a Rosa se le cayó la azada.

Alfredo estaba sentado delante de la choza, dibujando en la arena con un bastón. Era grande para su edad, casi gordo. Lo único que llevaba puesto eran unos pantalones rotos. Un día fueron del señor Temba. Le había pagado a Sofía con ellos cuando le arregló unas camisas. Vio que tenía que arreglarlos otra vez.

Estaba dibujando una persona en la arena, según pudo ver Sofía.

–¿Quién es? –le preguntó.

–No sé –dijo Alfredo.

–No te acerques al fuego –dijo Sofía.

Alfredo no respondió, sólo asintió con la cabeza. Sofía pensó que seguramente le parecía que le daba la lata. A pesar de todo tenía seis años. Ya sabía qué era lo que no le dejaban hacer. Y casi siempre obedecía.

Sofía se fue al huerto donde estaba la azada de Rosa.

En la distancia podía oír cómo cantaba la señora Mukulela. Siempre cantaba alto y en falsete. Las melodías no cuadraban y las palabras no formaban versos. Sofía escuchó:

*Las gallinas están bien
pero necesito más,*

*debería quizá buscar un perro,
la uña de mi dedo gordo izquierdo está rota...*

Sofía meneó la cabeza.

La señora Mukulela no era especialmente buena inventando canciones.

Se agachó para coger la azada.

No pesaba más que ayer. Aun así se le había caído a Rosa. Sofía se la llevó y la dejó junto a la pared de la choza. A Lydia no le gustaba que se descuidaran los aperos. Había que limpiar la mala hierba del huerto. Pero Rosa no tenía fuerzas para ello. Estaba en la choza con fiebre. Sofía haría su trabajo. Pero primero debía sentarse y pensar un momento. Se acercó uno de los taburetes bajitos de madera, que eran las únicas sillas que tenían, y se sentó a la sombra, junto a la choza, desde donde podía ver todo el rato lo que hacía Alfredo.

Después se puso la mano sobre la barriga.

Todavía estaba el frío allí dentro. Intentó pensar en algo divertido. Algo que no tuviese nada que ver con Rosa. Pero no podía. Sus pensamientos volvían al hospital en el que había estado tumbada casi un año cuando tuvo lugar el accidente.

En el hospital siempre había compartido habitación con varias personas. A veces había tantos enfermos que no había suficientes camas para todos. Entonces podía pasar que dos enfermos tuvieran que estar juntos en la misma cama. O se tumbaban sobre esteras de rafia debajo de las camas, o entre ellas, en cualquier sitio donde hubiese espacio. Muchos estaban muy enfermos y cada dos días, al menos, moría alguien. Durante mucho tiempo hubo un hombre joven en la cama junto a la de Sofía. Se había quemado al incendiarse su choza. Nunca decía nada y tampoco iba nunca nadie a visitarlo. Una tarde, poco antes de la hora de comer, murió. Al día siguiente llegó otro paciente a la cama, una chica a la que llevaron en camilla. Los primeros días sólo durmió. Pero cuando se despertó, ella y Sofía empezaron a hablar. Después de preguntarse cómo se llamaban y de dónde venían, la chica, que se llamaba Deolinda, quiso saber qué le pasaba a Sofía. Y Sofía le contó lo que había pasado, después retiró las sábanas y le enseñó a Deolinda los muñones vendados.

Después le tocó a Sofía preguntarle a Deolinda por qué estaba en el hospital.

Su respuesta fue inesperada.

–Voy a morir –dijo.

Sonreía al contestar. Una sonrisa que llegaba de lejos, una sonrisa que Sofía no había visto nunca antes. Entonces comprendió que las personas que sabían que iban a morir no tenían por qué gritar ni llorar. También las personas moribundas podían sonreír. Aunque sólo tuvieran diecinueve años, como Deolinda.

La señora Mukulela ya había parado de cantar.

En una choza junto al camino, una señora regañaba a su marido. Por lo que oía Sofía, ella opinaba que él era un vago. Sofía no prestó más atención.

Volvió a sus recuerdos del hospital.

Deolinda le había explicado por qué iba a morir. Tenía una enfermedad de la que Sofía nunca había oído hablar. Era un virus que una vez que había entrado en el cuerpo nunca desaparecía. Aunque era posible que vivieras mucho tiempo, siempre acababa llevándote a la muerte.

Deolinda le contó también cómo se había contagiado. Sofía todavía podía recordar que se había ruborizado. Nunca había oído a nadie hablar tan abiertamente de algo que debía ser un gran secreto. Lo que ocurría en la oscuridad entre un hombre y una mujer. Pero Deolinda decía las cosas tal y como eran. Había conocido a un chico que le gustaba mucho. Se habían acostado y después habían seguido viéndose. Un año más tarde él se había puesto enfermo, sucedió deprisa: había dejado de comer, había adelgazado, le habían salido erupciones por el cuerpo y se le había caído el pelo, al final ya no tenía fuerzas para levantarse. Unos meses más tarde estaba muerto. El médico que lo había tratado le había pedido a Deolinda que fuera al hospital para que pudieran hacerle un análisis de sangre. Al cabo de unos días la había vuelto a llamar. Entonces le había contado que ella también tenía la enfermedad que había matado a su novio. Y le había dicho que, tal y como estaban las cosas, podía ir por ahí durante muchos años llevando la enfermedad dentro sin saberlo. Tampoco se podía ver en una persona si él o ella estaban contagiados. Y te podías contagiar de diferentes maneras. No por tocar a alguien, por abrazarse. Pero si te acostabas con alguien podía ocurrir.

Sofía recordaba todo lo que Deolinda le había contado.

–Por eso voy a morir –dijo Deolinda–. Le quería. Y él no me quería contagiar. Nadie puede evitar que yo muera. Quiero vivir. Pero aun así voy a morir.

Sofía estaba sentada a la sombra y miraba a Alfredo.

Un perro cruzó la calle. Ahora el sol estaba alto, notaba el calor como yemas de dedos temblorosos tocándole la piel. «No puede ser verdad», pensó Sofía y se golpeó el estómago con la mano para ahuyentar aquello que estaba tan frío. «Rosa no tiene la misma enfermedad que Deolinda. Dentro de unos días estará sana otra vez. No puedo perder a otra hermana. Son imaginaciones mías pensar que sea algo serio. Ahora Rosa está durmiendo ahí dentro. Lydia tiene razón, Rosa pasa demasiado tiempo fuera por las noches.»

Sofía se tocó la barriga otra vez.

Ya no estaba tan fría. Se puso en pie, cogió la azada y se dirigió al huerto. Alfredo seguía sentado dibujando en la arena. Sofía sabía que podía estar sentado soñando durante horas.

Iba a levantar la azada cuando advirtió que alguien se acercaba por el camino. Se puso la mano sobre los ojos para ver quién era. La luz del sol era fuerte. Era un chico, según podía ver. Pero no sabía quién era. No lo conocía, no lo había visto antes.

Cuando vio a Sofía se detuvo. Sonrió.

Fue como si su mirada le hubiera asestado un golpe. Dio un respingo.

Por segunda vez en aquel día la azada de Rosa cayó al suelo.

¿Podía saberse de antemano cuándo iba a suceder una cosa que nunca se olvidaría? Muchas veces Sofía se había hecho esta pregunta sin poder ofrecerse una respuesta precisa. Había estado allí de pie con la azada en la mano y, por casualidad, había echado un vistazo al camino. Y por allí había aparecido un chico caminando. Eso era todo. En realidad había estado llena de preocupación por Rosa, que estaba en la cama con fiebre.

Aun así fue un momento mágico. Aquello que su madre Lydia a veces contaba. Cuando lo maravilloso y totalmente inesperado sucedía. Una vez, cuando Sofía era muy pequeña, Lydia se había quedado sin nada de comida. No tenía nada que darles a sus hijos. La harina de maíz y el arroz se habían acabado. La cosecha había sido mala, había sido un año de grave sequía. Las lluvias no habían llegado o sólo habían tocado el suelo en forma de gotas aisladas y escasas. Lydia estaba sentada junto al fuego contándole a Sofía su desesperación. Se había ido de casa para mendigar en la ciudad. Y entonces se había encontrado un billete en el camino.

–No era un billete que se le hubiese caído a alguien –había dicho–. Alguien lo puso allí para que yo lo encontrara.

Existían momentos mágicos.

Sofía lo sabía. No sólo el que contaba Lydia. También otros que le habían sucedido a ella.

El momento mágico más grande aconteció la mañana en que sintió por primera vez que María la visitaba. Aunque María sólo existiera en su cabeza fue raro que Sofía pudiera ver a su hermana con tanta claridad. Y hablar con ella, oír su voz, verla desaparecer en el sol.

Más tarde consideraría que el chico que había aparecido andando por el camino era justo lo que había estado pensando al despertarse. Que algo curioso iba a ocurrir. Eso también la convenció de que seguramente Rosa no estaba contagiada de la horrible enfermedad. Sólo estaba cansada. Al día siguiente seguro que la fiebre habría desaparecido. Cogería la azada y la levantaría por encima de la cabeza sin que se le cayera. Rosa trabajaba duro cuando quería. Pronto no quedaría ni una mala hierba en el huerto.

El chico se paró en el camino. Sofía escondió una de las muletas detrás de la espalda.

Una muleta era mejor que dos. En el fondo sabía que el chico ya habría visto que le costaba moverse. Pero de todos modos se sintió bien escondiendo una de las muletas. Echó un vistazo a las piernas. La tela que se había enrollado alrededor de las caderas le llegaba hasta los zapatos. No se veía nada de las piernas de plástico. Era muy importante.

El chico se acercó. Pero no llegó a pasar por encima de los pequeños arbustos que crecían en el borde del terreno.

–Me preguntaba si me podrías ayudar –dijo.

Sofía intentó recordar todo lo que Rosa le había explicado. Si un chico se dirigía a ella no debía mostrarse demasiado interesada. Responder con reticencia, no usar demasiadas palabras, decir tan sólo lo necesario.

–¿Con qué?

–Estoy buscando a mi tío, que se llama Lukas Macassa. Debería vivir en algún lugar de por aquí.

Sofía buscó en la memoria. Pero no había oído hablar de ningún Macassa. Por eso debía decir no. Nada más. Pero dijo otra cosa. El chico podía quedarse y hablar con ella un rato más. Especialmente porque había descubierto que la señora Mukulela los había visto y los vigilaba a la sombra de un bananero.

–¿A qué se dedica? –preguntó Sofía.

–Antes era panadero. Pero ahora no sé qué hace.

–Aquí no hay panadería.

El chico se quedó pensando. Sofía se puso bien la blusa. Se dio cuenta de que estaba sucia y esperó que no se notase.

–Estoy seguro de que es aquí –dijo el chico–. Este pueblo se llama Meben, ¿no?

–¿Cómo se iba a llamar si no?

Sofía estaba satisfecha con su respuesta. Rosa le había enseñado que se podía contestar a una pregunta con otra para mostrar que no se tenía miedo de llevar la contraria.

–No lo sé –dijo el chico–. Pero si esto es Meben, entonces mi tío vive aquí.

Sofía no quería que desapareciera. Pero no quedaba mucho más por decir. No podía mentir y enseñarle el camino a una choza que no existía.

O ¿podía?

Sobre eso Rosa no le había dicho nada. Pero de pronto, y sin saber muy bien de qué manera, se decidió.

–A lo mejor he oído hablar de alguien que se llama Macassa –dijo–. Si es así, vive al otro lado del pueblo –hizo un gesto con la cabeza hacia una pendiente en la que había chozas dispuestas en largas filas–. Si no lo encuentras tendrás que venir otra vez –continuó.

El chico asintió y se fue.

Sofía lo vio marcharse. Pensó que era de la misma edad que Rosa. Era alto y delgado y tenía el pelo corto. Sofía se preguntó qué se sentiría al pasar la mano por su cabeza. Lo estuvo mirando hasta que desapareció por la pendiente. Entonces se fue hasta donde estaba Alfredo, que seguía absorto con las figuras que dibujaba en la arena, y que borraba y volvía a dibujar con detalles siempre nuevos. Sofía se inclinó hacia delante, cerró los ojos y le acarició la cabeza. Alfredo también llevaba el pelo corto. Lydia se lo cortaba a menudo para mantener alejados los piojos.

Sofía volvió al huerto donde se le había caído la azada.

Involuntariamente pensó que también había algo bueno en que Rosa estuviese enferma y tumbada dentro de la choza. Si Rosa hubiese estado trabajando en el huerto, seguro que el chico sólo la habría mirado a ella. Ni siquiera se habría dado cuenta de que Sofía estaba allí. «Sólo soy la más guapa cuando estoy sola», pensó. «Alguna vez Rosa podría dejar que fuera a mí a quien los chicos miraran.»

Pero enseguida apartó ese pensamiento.

Rosa estaba enferma. Sofía no podía pensar mal de ella.

Sofía trabajaba.

Era pesado mantener el equilibrio al mismo tiempo que usaba la azada. Pronto estuvo empapada de sudor. La señora Mukulela escuchaba el aparato de radio que tenía conectado a una vieja batería de coche. Una vez a la semana la subía a su carretilla y se iba hasta la gasolinera para que se la cargaran. La gasolinera estaba cerca del río. La señora Mukulela tardaba todo el día en ir y volver con su carretilla. Además, la radio era mala. Siempre se oía más basura que música.

La tierra estaba seca.

La azada levantaba tierra, piedras y polvo. De vez en cuando, Sofía estiraba la espalda y echaba un vistazo hacia el pueblo. ¿Volvería? No lo sabía. Pero sintió que lo deseaba.

Sofía continuó trabajando la tierra seca y trató de imaginarse un buen nombre para el

chico. «Raúl», pensó. Era un nombre que le gustaba. Uno de los médicos que la habían tratado en el hospital se llamaba Raúl. Pero eso significaba que el nombre estaba ocupado. Siguió pensando. Jorge, Abiliou, Rogerio, Bento, Nicolaus, Elliot... Ningún nombre le iba bien. Estiró la espalda otra vez y se secó el sudor de la frente. No había ningún nombre lo suficientemente bueno. Así que debía inventarse uno. Miró al cielo. Se podía ver el contorno blanco de la luna. Esta noche habría luna llena. «Chico de la Luna», pensó. «Así le voy a llamar.» *A Mupfana wa N'wheti*^[2]. El chico que vino del sol pero que en realidad era de la luna. Se rió con la idea. Casi se ruborizó. Ahora echaba en falta a Rosa para hablar. Ella lo comprendería. Pero después, a lo mejor, no dejaría en paz al chico si volvía. Sofía decidió que el Chico de la Luna era uno de los secretos que no podía compartir con nadie. Ni siquiera con Rosa.

Después de una hora dejó la azada de lado y bebió del cubo que había en el pequeño cobertizo que usaban como cocina. Alfredo había dejado de dibujar en la arena y miraba a Sofía. Eso quería decir que quería comer algo. Sofía le dio una naranja y un trozo de pan. Ella no tenía hambre. Sí, tenía hambre, pero intentaba comer menos de lo normal, pensaba que se estaba poniendo demasiado gorda. No quería tener un culo tan grande y unos pechos tan enormes como los de la señora Mukulela. Al menos no durante muchos años.

Luego entró en la choza y corrió con cuidado la cortina de su cuarto. Rosa dormía. Respiraba con la boca abierta. Sofía escuchaba sus aspiraciones. Eran cortas y rápidas. Con cuidado se acercó a la cama y le tocó la frente a Rosa. Le pareció que no estaba tan caliente como antes. «No es nada grave», se dijo a sí misma. «Me asusté innecesariamente.»

Cuando iba a salir de la choza otra vez clavó la mirada en una bolsa de plástico que estaba en el suelo. En ella Rosa guardaba sus peines y sus cremas. La tentación fue demasiado grande. Sofía enganchó la bolsa en una de las muletas, la levantó y se la llevó al otro cuarto. Allí sacó el tarro de crema que hacía que la cara de Rosa brillase tanto. Se sentó en el único taburete de la habitación y empezó a untarse la cara. La crema olía bien, algo desconocido, misterioso. Cuando hubo acabado volvió a meter el tarro en la bolsa de plástico. Rosa no se daría cuenta de nada.

Salió al patio.

El sol todavía estaba en lo alto del cielo. La señora Mukulela había apagado la radio. Sofía podía oír cómo roncaba dentro de su choza. La señora Mukulela siempre dormía la siesta a esa hora. Se podía ajustar el reloj con ella, si se tenía uno. Sofía se miró la cara en el trozo de espejo. La piel le brillaba. Por un instante pudo olvidarse de sus piernas y pensar que era casi igual de bonita que Rosa.

Volvió a colgar el espejo y miró hacia el camino. Había dos mujeres vestidas de negro con dos grandes montones de leña sobre la cabeza. Pero no se veía ningún chico. Eso la desanimó. Sabía que era una estupidez, pero no lo podía evitar. Él había pasado por allí y luego había desaparecido otra vez. Sofía tan sólo era alguien a quien por casualidad le había preguntado por la choza de su tío. Se había olvidado de ella en el mismo momento en que desapareció por la pendiente.

El día pasaba.

La señora Mukulela se despertó, salió al patio y se salpicó agua por su gran cuerpo. Sofía pensó que le recordaba a un elefante en un charco. Durante su larga estancia en el hospital, después de que le hubieran dado las prótesis y de poder así dejar la cama, solía pasar las tardes sentada en una sala de estar, mirando un viejo televisor en blanco y negro. Una vez había visto una película de elefantes. Y se habían echado agua de la misma manera que lo hacía la señora Mukulela.

Sofía jugó un rato con Alfredo y después empezó a preparar la cena. Cuando Lydia llegó a casa Sofía ya había puesto unas mazorcas en remojo y encendido el fuego. Lydia estaba cansada. Faustino colgaba en su espalda, dormido. Lydia miró a su alrededor.

—¿Dónde está Rosa?

—Está enferma.

—¿Qué le duele?

Lydia siempre se preocupaba cuando uno de sus hijos se ponía enfermo. Sofía la comprendía. Lydia no quería perder más hijos.

—Tiene fiebre. Pero no está tan caliente como esta mañana.

Lydia se metió en la choza, pero enseguida salió otra vez.

—Casi no tiene fiebre —dijo—. Rosa pasa demasiado tiempo fuera por las noches. Es por eso que está cansada.

Rosa no quería comida, sólo quería dormir.

Lydia estaba cansada tras su largo día en la *machamba*. Se fueron pronto a la cama. Sofía tampoco tendría escuela al día siguiente.

La luz de la luna entraba por el hueco de la ventana.

Rosa dormía en el suelo a su lado. Sofía dejó fluir el pensamiento. El Chico de la Luna no había vuelto. Había desaparecido por la pendiente. Quizás había encontrado la choza de su tío.

El sueño la atrapaba.

Se puso la mano sobre la barriga. El frío que sintió cuando a Rosa se le había caído la azada y se había hundido en el suelo casi se había marchado.

Pero no del todo.

Todavía había un punto donde la preocupación persistía.

De repente se incorporó en la cama.

Algo la había arrancado del sueño. Se quedó escuchando. Todo estaba en silencio, sólo los saltamontes chirriaban allí fuera, en la noche.

La luz de la luna iluminaba todo el cuarto.

No sabía por qué lo hizo.

Pero se sentó en el borde de la cama y se sujetó las prótesis. Luego se lió una tela al cuerpo, cogió las muletas y con cuidado salió de la habitación donde dormían Lydia y los niños. La puerta estaba encajada. Sofía la abrió con cuidado. La luz de la luna reposaba como una niebla azul sobre las chozas. Esperaba que Lydia se despertara en cualquier momento. Pero dormía profundamente. Sofía salió. Era como si saliera a un mundo completamente distinto, que no era negro sino azul.

Entonces lo vio.

Estaba de pie, completamente quieto en el camino.

Sofía no dudó.

Era él.

El Chico de la Luna había vuelto.

Fue como si la luz de la luna cambiara.

Se volvió más penetrante, más azul.

Sofía estaba totalmente inmóvil. El chico que estaba en el camino tampoco se movía. Sofía no le podía ver la cara. Sentía sus propios latidos. ¿O era un tambor en algún sitio? ¿Un tamborilero que estaba dentro de su pecho golpeando un pequeño tambor azul?

No se movió.

«Estoy soñando», pensó. «Esto no está pasando.»

Apretó fuerte la muleta con una mano para convencerse de que no era más que aire. Todo lo que se toca en los sueños es aire, o seda muy fina. Pero la muleta no se desvaneció como el humo o la niebla entre sus dedos. Realmente estaba delante de la choza, en plena noche, a la luz de la luna.

Ahora el chico se movió, se acercó.

Era como si flotara. Sus pisadas eran completamente insonoras. Sofía se apartó de la puerta. Lydia se podía despertar, nunca se sabía. Nadie tenía el oído tan agudo ni el sueño tan ligero como ella. Era extraño que no se hubiese despertado cuando Sofía había cruzado el cuarto. O quizás estaba despierta. Y creyó que Sofía tenía ganas de hacer pis.

El chico se había detenido otra vez.

Todavía no lograba verle la cara. Había salido del camino y estaba de pie junto a uno de los bananeros de Lydia. Sofía dio un paso hacia él. Ahora le podía ver la cara. Realmente era él que había vuelto. Ella se detuvo y echó un vistazo a sus pies. La tela que se había enrollado le tapaba las piernas. Era importante, por mucho que las prótesis no se vieran a la luz de la luna.

Ahora estaba cerca de él. Él la miraba y sonrió.

–No creí que fuera posible –dijo en voz baja.

Sofía tuvo la sensación de no haber oído nunca antes una voz tan bonita. Sonaba como si se pudiera poner a cantar en cualquier momento.

«Soy tonta», pensó.

«Habla como todos los demás. Si pienso que su voz es bonita me voy a ruborizar. Y a lo mejor se ve aunque sólo haya luz de luna.»

Justo iba a responder cuando de repente pensó que debía acercarse un poco más.

Lydia la podía oír.

Pero en cuanto dio ese paso las piernas y las muletas se entrecruzaron y cayó de bruces. Fue como si se hubiese lanzado a sus pies.

Sofía se quería morir.

«Huye a la choza otra vez, adentro en el sueño.» Odiaba aquellas piernas que no podían controlarse a sí mismas. Las muletas las rompería y las tiraría. El resto de su vida iría a rastras. Si es que volvía a salir de casa otra vez.

Después notó que él la cogía del brazo.

–¿Cómo estás? –preguntó.

Sofía no contestó.

Él la ayudó a levantarse. Ella podía notar el olor de su cuerpo. Era una mezcla de sudor y jabón. Le gustaba. Era penetrante pero cálido al mismo tiempo. «Seguro que se lava con jabón de la luna», pensó. Pero interrumpió su pensamiento. Ahora era tonta otra vez.

Él le alcanzó una de las muletas que se le habían caído.

«Ya no importa», pensó Sofía.

«Ya nada importa. Ahora ve cómo soy. Pronto se habrá ido.»

Se inclinó hacia delante y se sacudió la tela que tenía alrededor del cuerpo. En realidad pegaba a sus piernas, las castigaba. Tenía lágrimas en los ojos. «Debería haber sido Rosa la que estuviera aquí», pensó. «No yo. Yo no sirvo.»

–¿Te has hecho daño? –preguntó.

Sofía no contestó. Enderezó la espalda, pero mirando al suelo; quería evitar mirarle a los ojos.

–¿Cómo estás? ¿Te duele algo?

«Tenía que insistir», pensó Sofía.

De repente le cayó mal. Aunque saliera de la luz de la luna no tenía por qué darle la lata.

–No he encontrado a mi tío –continuó–. Sé que vive aquí en alguna parte. En una choza que tiene una ventana junto al suelo.

Ahora Sofía no podía evitar mirarlo.

–¿Una ventana junto al suelo? ¿Por qué?

–Mi tío es un hombre curioso. Le gusta estar tumbado en el suelo y mirar a las personas.

–¿Por qué?

–Dice que las ve mejor si las mira como una rana.

Sofía meneó la cabeza. Había olvidado lo que acababa de ocurrir, que se había caído.

–¿Por qué como una rana?

–No lo sé. Pero siempre ha sido un poco raro.

Se hizo el silencio.

La conversación se terminó. El chico movió la cabeza. Ahora Sofía podía verle los ojos. La luz era tan fuerte que incluso descubrió que tenía una pequeña cicatriz debajo de un ojo.

–Fue un pájaro –dijo. Sofía no entendió lo que quería decir–. Un pájaro que me arañó debajo del ojo. Cuando era pequeño. Pero todavía me acuerdo. Fue un pájaro blanco con pico amarillo. Le había pasado algo. A lo mejor había volado hacia un árbol o hacia su propio reflejo y estaba aturdido. Chocó de lleno contra mí. El pico se me clavó en la piel.

–¿Qué pasó luego?

–El pájaro cayó al suelo y murió.

¿Decía la verdad? Sofía dudaba de lo que le estaba contando. Quizá los chicos que aparecían de la luz de la luna tenían su propia manera de hablar.

–¿Por qué estás en medio del camino en plena noche? –preguntó.

–Me estaba yendo de aquí. Pero pensé que a lo mejor habías oído que me detenía.

¿Qué quería decir ahora?

¿Cómo iba a oír a alguien que avanzaba en total silencio por el camino? ¿Cómo iban a percibir sus oídos que alguien había dejado de caminar?

Ella le miró los pies.

Los pantalones estaban recortados a distinta altura. Sofía nunca habría cortado unos pantalones con tanto descuido. Estaba descalzo.

«Pero quizá tenga razón de todos modos», pensó.

«Había algo que me hizo salir del sueño. A lo mejor he oído algo que no recuerdo.»

Después volvió a lo primero que él había dicho. *No creí que fuera posible.*

–¿A qué te referías? –preguntó–. ¿Qué era lo que no era posible?

–Que hubieras oído que estaba aquí.

Ahora Sofía se ruborizó.

Ya no lo podía evitar. Furiosa, pensó que seguramente se vería mucho más a la luz de la luna que cuando brillaba el sol.

En ese momento la luna no era su amiga. Nada, ni nadie, era su amigo.

–¿Cómo te llamas? –preguntó el chico.

Sofía pensó rápidamente en decirle que se llamaba Rosa. Si el chico volvía al día siguiente le pediría a Rosa que hablara con él. Seguramente, a esas alturas la fiebre ya habría desaparecido. En cuanto viese a Rosa, la hermana innecesariamente guapa de Sofía, se olvidaría para siempre de aquella chica que se había tropezado con sus piernas de plástico y sus muletas y que se había ruborizado hasta hacer enrojecer la luz de la luna.

–Sofía –respondió–. ¿Cómo te llamas tú?

–No lo sé.

«Está loco», pensó Sofía. «Todo el mundo sabe cómo se llama.»

–Suelo cambiar de nombre –continuó–. Hoy he tenido problemas para decidirme.

–Pero tendrás algún nombre verdadero.

–Todos mis nombres son verdaderos. Pero me gusta cambiar. No comes la misma comida cada día. No llevas la misma ropa. ¿Por qué, entonces, no se puede cambiar de nombre?

Sofía pensó que quizá debía tenerle miedo a este chico.

Lydia le había dicho que tuviese cuidado si se topaba con personas que se

portaban de manera extraña. Nunca sabías lo que podían hacer o decir.

–Dame un nombre –dijo el chico–. Me siento desnudo aquí, a luz de la luna, si no tengo nombre.

Sofía se lo quedó mirando. ¿Qué era lo que decía? ¿Que estaba desnudo?

Sofía bajó la mirada, como si de verdad el chico estuviese sin ropa delante de ella.

–Sergio –dijo.

–¿Sergio? ¿Por qué?

Sofía no quería responder. Una vez, Sergio había sido compañero de juego suyo y de María. Pero sólo había vivido hasta los ocho años. Entonces había muerto de malaria. Su madre estuvo sentada junto a Lydia llorando durante muchas noches.

Cuando Lydia y la madre de Sergio lloraban era como un mar que chocaba contra las rocas y grababa marcas en ellas.

En sus caras estaban todos los niños que habían muerto.

María era una profunda hendidura en la frente de Lydia.

El surco más profundo de todos.

Pero Sofía no dijo nada al respecto.

Sólo que Sergio era un nombre bonito.

El chico se rió.

A Sofía le pareció que sonaba como agua que goteaba y salpicaba sobre un techo. Pero si alguien le hubiese preguntado por qué, no habría podido explicarlo. Simplemente era así. La risa del Chico de la Luna sonaba como gotas de agua.

–Ahora ya tengo un nombre –dijo el chico–. Ya no tengo por qué tener miedo.

Sofía no supo qué era lo que le asustaba.

Por lo menos no en aquel momento.

Dio un respingo.

La puerta de la choza se abrió. Primero pensó que era Lydia que se había

despertado y les había oído hablar. Entonces vio que era Rosa. Sólo se alejó unos pasos de la choza. Luego se puso en cuclillas e hizo pis.

Sofía se dio la vuelta.

El chico se había ido. El camino estaba vacío. Sofía no comprendía cómo había podido desaparecer tan deprisa. Miró la luna. Pero él no estaba allí tampoco.

Rosa se puso de pie y vio a Sofía.

–¿Qué haces? –le preguntó asombrada.

–No podía dormir.

Sofía se acercó a Rosa.

–¿Te encuentras mejor?

Rosa asintió. Pero Sofía vio que estaba temblando.

–No entiendo qué me pasa –dijo.

Sofía sintió que el frío en el estómago volvía.

Miró una vez más hacia el camino.

Pero el Chico de la Luna había desaparecido.

6

Al día siguiente Rosa se encontraba realmente mejor.

La fiebre había bajado, tenía la frente fresca. Todavía se sentía cansada y no tenía apetito. Pero se levantó como cada mañana. Sofía la miraba de reojo. Aunque había menguado, el frío en el estómago seguía allí. Rosa se lavaba igual de despacio y con el mismo cuidado que de costumbre. Después se podía pasar muchísimo tiempo delante del espejo untándose crema y arreglándose el pelo. Este día no era distinto. Sofía pensó que era una buena señal. Si Rosa se preocupaba por su aspecto es que no le ocurría nada grave.

Justo antes de que Lydia se fuera a la *machamba* con Faustino a la espalda hubo una pequeña discusión entre ella y Rosa. Lydia quería que Rosa fuera al ambulatorio, que estaba a cuatro kilómetros del pueblo de camino a Boane. Pero Rosa no quería.

–Ayer estabas enferma –dijo Lydia irritada–. Quizá sea mejor que compruebes que no tienes nada malo. Algo que pueda volver.

–No hace falta.

–¿Por qué no?

–Hoy me encuentro bien.

Sofía se estaba lavando mientras escuchaba la conversación. Pudo oír en su voz que Lydia estaba irritada. Pero Rosa no le tenía tanto miedo a su madre como para no atreverse a protestar.

–Pero ¿y si te pones enferma mañana? –insistió Lydia.

–No lo haré.

–¿Cómo puedes saberlo?

Y así continuó la conversación. Discurría como en un círculo. La irritación ardía sin llama, como un fuego que no tuviera fuerzas para encenderse. Al final, Lydia se rindió y desapareció hacia la *machamba* con Faustino a la espalda y la azada en la mano.

Rosa se había sentado a la sombra.

–Gracias por limpiarme las malas hierbas ayer –dijo.

–No es tu mala hierba. Es nuestra. Además estabas enferma.

–Gracias de todos modos.

Sofía estaba de pie con un codo apoyado en la muleta.

–¿Qué hacías fuera anoche? –preguntó Rosa–. Me pareció que estabas hablando con alguien.

–¿Con quién iba a hablar?

–No lo sé. Por eso pregunto.

Sofía consideró rápidamente si le iba a hablar del chico o no. Había desaparecido cuando Rosa salió para hacer pis. En realidad era culpa suya que se hubiese marchado. Pero no podía estar enfadada con ella. Estaba permitido tener ganas de hacer pis.

En verdad Rosa no parecía interesada en obtener una respuesta. Se levantó y estiró los brazos.

–Me voy a la tienda –dijo–. A lo mejor Hassan ha recibido alguna revista que se pueda hojear.

La tienda de Hassan estaba más allá de la escuela, junto a las ruinas de lo que una vez fue la «Casa del Soldado». Sofía no sabía quién había sido «el Soldado». Nunca lo había conocido. Pero Lydia le había contado que se había hecho famoso por su valor durante la guerra contra los portugueses, mucho antes de que Sofía naciera. Cuando la guerra se terminó se construyó una casa en el pueblo. Pero nunca pudo aceptar de verdad que la guerra se hubiese acabado. A veces soñaba que estaba rodeado de soldados enemigos. Entonces era capaz de ponerse a disparar con su escopeta en mitad de la noche. Una vez disparó directamente a través de la pared de una choza que había cerca. Dentro había un hombre durmiendo. Le dio en el pie. Todos los del pueblo fueron a quejarse al viejo Cossa, el jefe del pueblo, acerca de «el Soldado». Unas semanas más tarde éste se marchaba enfurecido. Pero antes destruyó su casa, porque no quería que nadie viviese en ella. También le echó una maldición al lugar; de tal manera que nadie se había atrevido a construir una casa allí, a pesar de que el sitio fuera bueno porque estaba cerca del camino.

Nadie excepto Hassan.

Era medio indio y no le importaban las maldiciones de los viejos soldados negros. En realidad, tampoco era indio. Rosa había explicado que le había oído decir que tenía sangre árabe, griega, india, africana, alemana, americana, turca y rusa en las venas. Eso lo ponía difícil a la hora de decir claramente qué clase de persona era. Pero tenía la piel marrón claro, como muchos comerciantes indios. Había levantado su tienda junto a las ruinas y ésta se había convertido en un punto de reunión, especialmente para los chicos jóvenes que querían hablar con chicas y para las chicas que querían hablar con chicos. Muchas veces Rosa había intentado convencer a Sofía para que la acompañara. Pero ella no quería. Pensaba que todos se le quedarían

mirando las piernas de plástico y las muletas y no verían nada más. Rosa también le había dicho que a veces Hassan encendía la radio. Entonces solían bailar. Y Sofía no podía hacer eso.

Era su mayor pena en la vida.

Los momentos en que, de verdad, podía tener la sensación de no querer vivir más eran cuando veía a personas bailando y ella no podía participar.

A Lydia no le gustaba que Rosa fuera por allí.

Había oído hablar de lo que pasaba en la oscuridad detrás de la tienda. Pero a Rosa no le importaba lo que Lydia dijera. Iba de todos modos. La revista semanal era lo que más le interesaba, aparte de los chicos. Hassan recibía las revistas de un primo que vivía en la ciudad. Muchas veces podían ser de hacía varios años. Pero no pasaba nada. Eran las fotos lo que Rosa quería ver. Personas con ropa bonita. Normalmente eran blancas, pero eso a Rosa tampoco le importaba. Ella sabía que era hermosa. Era lo único que tenía importancia.

Rosa se metió en la choza.

Cuando salió llevaba uno de los chales de Sofía sobre los hombros.

—¿Me lo prestas?

Sofía asintió con la cabeza.

Le gustaba que Rosa cogiera su ropa. Entonces era como si de algún modo ella misma estuviese también en la tienda de Hassan.

Rosa se fue.

Sofía estaba sola con Alfredo. De pronto, el día se le hizo largo. Ahora deseaba estar en la escuela. Pero tardaría tres días más. Mañana era sábado y pasado domingo. Hasta el lunes no cogería la mochila para ir a la escuela otra vez. Pensó en lo que podría hacer. ¿Lavar? No, Lydia lo había hecho el sábado anterior. La montaña de ropa sucia aún no era demasiado grande. ¿Limpiar la choza? Rosa lo había hecho el día antes de ponerse enferma. Miró a su alrededor. La señora Mukulela estaba sentada arreglando uno de sus grandes sostenes. Sofía estalló en carcajadas. Eran como dos cestas blancas unidas con una cinta. El señor Temba se había marchado al mercado para vender sus cestos.

Pensó en el chico que había aparecido en el camino.

Le había dado un nombre. Sergio. Pero se había ido y se había llevado el nombre consigo. «Debería volver y darme el nombre», pensó Sofía. A pesar de todo, sólo era un préstamo. Y lo que tomas prestado hay que devolverlo. Aunque sólo sea un nombre.

El día pasó. Lydia regresó. Estaba cansada.

–¿Dónde está Rosa? –preguntó–. ¿Se fue al ambulatorio después de todo?

–No lo sé –contestó Sofía.

No era del todo cierto. Pero tampoco era mentira. No era seguro que Rosa hubiese ido a la tienda de Hassan.

Fue como si Lydia le leyera el pensamiento.

–No quieres responder –dijo–. Eso significa que Rosa se ha ido a la tienda de Hassan para hojear las revistas que la vuelven loca.

Prepararon la cena.

Cuando se sentaron para comer Rosa todavía no había vuelto.

–La gente habla de la enfermedad esa –dijo Lydia de repente–. Tengo miedo. Por Rosa. Por la vida que lleva.

–Yo también tengo miedo –contestó Sofía.

Lydia había encogido las piernas allí donde estaba sentada en el suelo. Faustino colgaba medio dormido de su brazo.

–Todo el mundo habla de la enfermedad esa –continuó Lydia–. Pero nadie sabe nada. Pero tú sabes. Tú vas a la escuela. Tú debes saber.

De pronto, Sofía pensó una cosa que no había pensado nunca antes. Que era extraño que en la escuela nunca se hablara de la enfermedad esa. Lo que Sofía sabía lo había aprendido en el hospital, de Deolinda, que estaba en la cama contigua a la suya y que había muerto una mañana.

Intentó explicárselo a Lydia.

No era del todo fácil, ya que tenía que hablar de cosas que normalmente no

mencionaba en las conversaciones con su madre. De lo que pasaba cuando un hombre y una mujer estaban juntos. Lydia escuchaba atenta. Cuando Sofía quedó en silencio, meneó la cabeza y suspiró.

–Hay que poner fin a las juergas de Rosa durante las noches –dijo.

Faustino y Alfredo dormían.

El señor Temba había vuelto del mercado y estaba sentado cantando delante de su choza. Eso quería decir que había vendido muchos cestos y que se había podido llevar una botella de vino a casa. A menudo cantaba canciones indecentes. Pero esa noche era como si Lydia no le oyera. Si se pasaba de obsceno, Lydia solía gritarle que se callara.

El fuego estaba a punto de apagarse cuando Rosa apareció en la oscuridad.

Lydia estaba medio dormida, pero se despertó cuando Rosa llegó y enseguida se puso a regañarla. Sofía salió al camino para no tener que oírlo. Ya sabía todo lo que Lydia iba a decir y lo que Rosa iba a contestar. Por lo general, Sofía estaba de acuerdo con Rosa. Pero ahora pensaba que lo que Lydia decía era importante. Rosa no debía salir tanto por las noches, no debía buscar constantemente a un novio nuevo que fuese mejor que el anterior. Había una enfermedad en la oscuridad, invisible, engañosa, que podía afectar a cualquiera.

Sofía fue sola al camino.

Estaba nublado. Le costaba ver. A cada paso que daba golpeaba el suelo con la muleta. Había serpientes con las que había que tener cuidado. Unos días antes una cobra negra se había deslizado por el patio, tan sólo a unos metros del lugar donde Alfredo jugaba.

Se detuvo. Contuvo la respiración.

Los grillos rechinaban en la oscuridad. De algún lugar llegaba la voz de una mujer que reía, un perro que ladraba. Las voces de Rosa y Lydia ya no se oían. Sofía pensó en el Chico de la Luna. Ahora que estaba sola se aventuró a pensar en lo que de otro modo no se atrevería. ¿Cómo sería tener al Chico de la Luna desnudo a su lado, sentir sus manos y también tocar su cuerpo?

Rosa le había explicado cómo era.

El deseo hacia un hombre. Ahora, de pie allí en el camino, podía notar algo que quizá fuera lo que Rosa mencionaba. Si era algo que producía escalofríos, o picaba o daba tan sólo calor, no lo podía decir. La sensación era totalmente nueva. Se dio cuenta de que sudaba con la idea.

Luego apareció alguien en el camino y le perturbó el pensamiento.

Era el señor Temba. Estaba borracho y a lo mejor se dirigía a alguna choza donde había una mujer esperándolo. No vio a Sofía allí en la oscuridad, sino que pasó de largo a trompicones y desapareció.

Sofía volvió a casa.

Rosa y Lydia habían dejado de discutir. Estaban apagando los últimos restos del fuego que todavía ardía.

Sofía esperó a que se hubiesen metido en la choza. Entonces miró a su alrededor.

Pero el Chico de la Luna no estaba allí.

El día siguiente fue un mal día en todos los aspectos.

Sofía se despertó al alba y se dio cuenta de que se había hecho pis encima. A veces pasaba, no muy a menudo, pero lo bastante como para que siempre se preocupara de que fuera a pasar. No sabía a qué se debía. Podía estar relacionado con el accidente de la mina, según le había dicho un doctor. Pero por mucho que hubiese una explicación, seguía sintiéndose incómoda cada vez que pasaba.

Se avergonzaba.

Los niños pequeños se hacían pis encima. No alguien que era casi adulto.

Bastaba para que ya desde el principio el día fuese malo.

Las cosas no mejoraron cuando descubrieron que alguien había robado la gran olla de hierro de Lydia del cobertizo donde cocinaban. Fue la misma Lydia quien lo descubrió. Al principio se enfadó y fue corriendo de vecino en vecino preguntando si se habían dado cuenta de que unos ladrones habían estado allí por la noche. Pero ni la señora Mukulela ni el señor Temba habían oído nada. Además, el señor Temba había estado fuera durante la noche –Sofía lo había visto–, pero todo estaba en silencio cuando volvió. Sofía se preguntaba si, de haberse topado con uno por el camino, habría sido capaz de ver siquiera a un elefante. Pero no dijo nada. La olla había desaparecido. Y la rabia de Lydia se transformaba poco a poco en resignación, abatimiento y desánimo.

Alguna vez Sofía se había preguntado lo que debía de haber en la cabeza de Lydia. Podía saltar de un sentimiento al opuesto sin que Sofía pudiera explicarse con certeza el porqué. Pero ahora Sofía podía comprender. A Lydia le había llevado mucho tiempo poder ahorrar suficiente dinero para comprar la olla de hierro. Había ahorrado cada céntimo que había podido guardar. Y el día en que llegó de Boane con la olla balanceándose sobre su cabeza, estaba feliz.

El día había empezado realmente mal.

Pero se pondría peor. Justo cuando Lydia, mucho más tarde de lo normal, se preparaba para ir a la *machamba*, Alfredo ahuyentó una de las gallinas de la señora Mukulela hasta la carretera. Casi nunca pasaban coches. Pero precisamente en ese

momento pasó uno, un camión traqueteante y sobrecargado. Y la gallina, que no estaba acostumbrada a los coches, fue atropellada por una de las ruedas delanteras. La señora Mukulela salió disparada, Lydia azotó a Alfredo, que se puso a llorar, y después estalló una discusión entre Lydia, la señora Mukulela y el conductor del camión. Sofía no había visto nunca nada parecido. Que la señora Mukulela y Lydia se pelearan pasaba varias veces a la semana. Pero igual de a menudo hacían las paces, hablaban, se reían juntas, se intercambiaban comida y eran las mejores amigas. Pero ahora que estaba involucrada una tercera persona, el conductor del camión, la discusión se transformó en algo totalmente nuevo para Sofía. El conductor era grande y gordo y tenía grandes manchas de sudor en la camisa. Al principio se limitó a escuchar, mientras Lydia y la señora Mukulela discutían. Pero cuando se metió en la conversación, la señora Mukulela y Lydia se volvieron hacia él al mismo tiempo y empezaron a regañarle por conducir demasiado deprisa. El revuelo continuó durante casi media hora. Se juntó mucha gente. Tomaban partido bien por uno, bien por otro. Pero en el fondo todo el mundo estaba de acuerdo en que el conductor iba demasiado deprisa. Todo acabó con que nadie tenía fuerzas para seguir discutiendo. El sol estaba muy arriba en el cielo, hacía calor. Lydia fue incluso lo suficientemente generosa como para darle un poco de agua al conductor antes de que se marchara.

La señora Mukulela se comería la gallina atropellada para cenar. El camión desapareció en una nube de polvo, las personas que se habían reunido se fueron en distintas direcciones y Sofía pensó que el mal día era ahora como un saco que no se podía llenar más.

Pero estaba equivocada.

Justo antes de que Lydia se marchara Sofía se acordó de que tenía que decirle que el lunes debía llevar dinero a la escuela. Tocaba pagar el trimestre. Era importante no hacerlo demasiado tarde. Existía el riesgo de ser expulsado de la escuela. Sofía sabía que tal vez no era el mejor momento para sacarle el tema a Lydia. El dinero era siempre un tema de conversación delicado, porque nunca tenían. Pero Sofía sabía que Lydia estaba al tanto de que realmente iba a la escuela y por eso se atrevió a decírselo.

Lydia la miró sin comprender.

–Si te di dinero el mes pasado. Tanto como 50.000 meticais^[3].

–Era para libros de la escuela.

Lydia negó con la cabeza.

–No tengo dinero. ¿No puede esperar hasta que haya podido vender algunos de los tomates que pronto estarán maduros?

–Hay que pagar este lunes –murmuró Sofía.

Sintió pena tanto por Lydia como por ella misma. ¿Por qué eran tan pobres?

–Podrías haberlo dicho un poco antes –dijo Lydia.

–Se me había olvidado.

–¿Olvidado? ¿Cómo se puede olvidar algo así?

Lydia dejó a un lado la azada y se sentó.

Sofía estaba apoyada sobre las muletas. Pensó en todas las veces que había estado en la ciudad paseando y mirando los productos de los escaparates o de los puestos del mercado. No se podía creer el precio que ponía en las etiquetas. Pero siempre había gente que lo podía pagar. Incluso personas jóvenes, no mayores que ella, que llevaban grandes fajos de billetes en las manos, más de lo que Lydia podría ganar jamás con todo su duro trabajo en la *machamba*.

Sofía necesitaba 30.000 meticaís.

En las tiendas de la ciudad había visto zapatos que costaban tres millones de meticaís.

–No sé qué voy a hacer –dijo Lydia–. No puedo vender tomates que no están maduros. No ganaré dinero suficiente –suspiró–. Tendré que preguntarle a la señora Mukulela –dijo–. O al señor Temba. No hay otra opción.

–Yo preguntaré –dijo Sofía.

Sabía lo poco que le gustaba a Lydia pedir dinero prestado.

–No –dijo Lydia enderezando la espalda–. Soy tu madre. Soy yo la que ha de humillarse. Tú no tienes por qué hacerlo.

Se puso de pie, cogió la azada, recolocó a Faustino, que estaba ligado a su espalda, y comenzó a caminar.

Sofía la observaba.

Sentía pena por Lydia. Siempre pobre, sin saber nunca de dónde sacar el dinero. Y además, esta mañana alguien le había robado la olla de hierro.

Sofía se preguntaba qué estaría pensando.

Y cómo aguantaba. También había otro pensamiento en su cabeza. Que ella, cuando fuese mayor, no quería vivir como Lydia.

Lydia desapareció por el camino.

Alfredo estaba sentado a la sombra de la choza jugando con unos trozos de madera. Sofía pensó que debía consolarlo. Lydia no había querido hacerle daño cuando lo azotó. Seguramente sólo había tenido miedo de que el pesado camión lo atropellase. No debía preocuparse por la gallina. Era una gallina tonta que no había sabido volar cuando apareció el camión. Además, la señora Mukulela tendría una cena rica.

Sofía miró a su alrededor.

¿Dónde se había metido Rosa? Sofía no la había visto cuando tuvo lugar la gran bronca. Era extraño. Si había algo que le gustara a Rosa era que ocurriera cualquier cosa inusual. Sofía fue a la choza y echó un vistazo. Vacía. Quizá Rosa se había escabullido hasta la tienda de Hassan otra vez.

Luego la descubrió.

Estaba sentada a la sombra de uno de los árboles que limitaban con la casa del señor Temba. Sofía entornó los ojos. A veces pasaba que Rosa se retiraba y quería estar tranquila. Entonces tenía mal de amores. Pero se le solía pasar enseguida. ¿Era eso lo que le pasaba ahora? ¿Tenía mal de amores? Algo le decía a Sofía que no era por eso por lo que estaba sentada debajo del árbol. Sofía fue hacia ella. Y vio que Rosa lloraba. Brillaban lágrimas debajo de sus ojos. Las lágrimas podían ser hermosas, a pesar de que ocultaran algo triste. Sofía se le acercó.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

–Nada.

–No se llora por nada.

–No me encuentro bien.

–¿Te duele algo?

–Sólo estoy muy cansada.

El frío volvió al estómago de Sofía. Se apoyó en el árbol con una mano y se sentó al lado de Rosa.

Rosa estaba triste.

Quizás asustada también. Sofía no estaba segura. Pero ella sí que se había

asustado otra vez. Pensó en Deolinda. Ahora era como si Rosa le recordara a ella. Aunque estuviera sentada debajo de un árbol y no en una cama de hospital.

–A lo mejor Lydia tiene razón –dijo Sofía.

–¿Razón en qué?

–En que sales demasiado por las noches.

–¿Qué tiene de peligroso hojear las revistas que hay en la tienda?

Sofía se quedó cortada.

No sabía qué responder. Mejor dicho: no sabía cómo empezar a hablar de lo que era difícil. La enfermedad peligrosa. Que Rosa debía tener cuidado. Si no era demasiado tarde.

Sofía se sobresaltó. Rosa se la quedó mirando.

–¿Qué te pasa?

–Nada.

Rosa se puso de pie.

–Me tumbo a dormir un rato.

–Puedes utilizar mi cama.

Rosa no contestó. Lentamente fue hasta la choza y desapareció por la puerta.

Cuando Sofía asomó la cabeza un poco más tarde Rosa estaba durmiendo.

Pero se había acostado en la estera de rafia junto a la cama.

Fue un mal día, pero al final se hizo de noche.

Lydia llegó a casa exhausta de la *machamba*. Cuando Sofía le contó que Rosa se había sentido cansada y que se había tumbado a dormir, Lydia se quedó muy quieta, como hacía siempre que algo la preocupaba. Sofía no le dijo que Rosa había estado llorando sentada debajo del árbol. No quería que Lydia tuviera que preocuparse más de lo necesario. Al mismo tiempo se sentía indecisa. ¿No debería compartir sus pensamientos con Lydia? Lydia, que nunca dudaba en preguntarle a Sofía cuando no estaba segura.

Sofía no sabía qué hacer.

Era lo que menos le gustaba de sí misma, que a veces le costaba saber lo que realmente quería.

Lydia y Sofía prepararon la cena.

Mientras hervía el arroz Lydia entró en la choza. Sofía se quedó de pie junto a la puerta, escuchando. Podía oír que Rosa y Lydia hablaban en voz baja, pero no lo que decían.

Cuando Lydia salió, Sofía trató de alejarse un par de pasos de la puerta. Pero no se podía mover lo suficientemente rápido con las muletas. Lydia la miró con la frente arrugada.

–¿Estabas escuchando?

Sofía negó con la cabeza.

Lydia no la creyó. Pero no dijo nada.

Cenaron arroz y hortalizas.

–Esto durará hasta el martes. Después no sé de qué vamos a vivir.

Desde la casa de la señora Mukulela llegaba el olor a pollo. Tanto Lydia como Sofía, y quizás Alfredo, sentían el olor.

–La familia Milagro a lo mejor tiene algo de ropa para arreglar –dijo Sofía en un intento de animar a Lydia–. Hace varios meses que no les coso nada. Y siempre

pagan en cuanto he terminado.

Lydia negó con la cabeza.

–No te dará tiempo –dijo–. Tienes bastante con la escuela.

–Lo puedo hacer por las tardes.

–Entonces no ves nada. Está demasiado oscuro.

Sofía sabía que Lydia tenía razón. La máquina de coser estaba dentro de la habitación. Pero si no había suficiente luz Sofía se equivocaba con facilidad. Y en ese caso los clientes se podían enfadar y no pagar.

La conversación se terminó.

Al cabo de un rato Lydia enderezó la espalda.

–No tengo fuerzas para pensar en cosas tristes esta noche –dijo–. ¿Qué sentido tiene vivir si no se ríe una? Por lo menos una vez al día. Si no, no se puede seguir.

Luego Lydia habló de la señora Inocencia, que vivía en una casa derruida muy cerca de la *machamba*. A la señora Inocencia le gustaba beber cerveza. A veces iba al campo al alba sin estar sobria del todo. Pero todo el mundo la quería y nadie veía mal que algunos días y algunas noches bebiera un poco más de la cuenta. Había estado casada dos veces y sus dos maridos habían muerto en sendos accidentes. Uno se había caído de un tractor de camino al mercado, el otro se había ahogado en el río una noche que volvía a casa y se tropezó en la oscuridad y se cayó del puente. Cuando el primer marido murió, la señora Inocencia lloró durante un año entero. Después conoció al segundo marido y dejó de llorar. Pero al cabo de unos meses tan sólo se cayó del puente y la señora Inocencia empezó a llorar otra vez y a beber para mitigar su pena.

–Hoy se tambaleaba –dijo Lydia–. Pero quería demostrar que podía trabajar con normalidad. Y ha hecho demasiada fuerza con la azada y se ha dado a sí misma en la cabeza y se ha caído de bruces –Lydia se reía–. No deberíamos reírnos de las desgracias ajenas –dijo–, pero quizás haya alguien que se ría de las mías.

La señora Mukulela apareció en la oscuridad. Llevaba consigo una fuente. Había unos trocitos de la gallina atropellada.

–¿Dónde está Rosa? –preguntó con curiosidad.

–Ha dejado de salir por las noches –contestó Lydia severa.

La señora Mukulela buscó a Alfredo, que se había escondido detrás de la espalda de Sofía. Tenía miedo de que la señora Mukulela siguiese enfadada con él.

–Le he traído un trozo de gallina a Alfredo –dijo–. A pesar de todo, fue él quien se encargó de que tuviera una buena cena.

Sofía empujó a Alfredo, que empezó a comerse la gallina con avidez. Sabía mejor que el arroz y las hortalizas. Y él hambre tenía siempre, por mucho que comiera.

Lydia le había sacado un taburete a la señora Mukulela, que se sentó con pesadez.

–Me duele un diente –se quejó–. He mordido un hueso de la gallina con demasiada fuerza.

–Vete al señor Temba –dijo Lydia–. Una vez me sacó un diente.

La señora Mukulela se ofendió.

–Nunca le abriré la boca a ese hombre –dijo–. Me arrancaría la lengua. O por lo menos me amenazaría con hacerlo. A menos que...

La frase quedó a medias. Pero Sofía sabía cómo continuaba: *A menos que me quede con él durante la noche.*

Justo en ese momento llegó el señor Temba hasta el fuego.

Siempre se movía en silencio. Llevaba puesto su viejo sombrero. Se había atado un pañuelo a su alrededor, agarrándose el sombrero.

–Espero no molestar –dijo, y saludó cortés, primero a Lydia y luego, con más cortesía aún, a la señora Mukulela, que estaba tan enfadada que se puso como un pavo allí sobre el taburete.

El señor Temba llevaba un atillo consigo.

–Hará viento esta noche –dijo–. Un viento «sopla sombreros» del sur. Hay que estar preparado. Atarse bien el sombrero. Este sombrero lo heredé de un tío mío que se llamaba Justino. Aseguraba que se lo había encontrado de camino a Namascha. Pero yo creo que lo robó en algún sitio. Justino era un buen hombre. Además, nunca robó demasiado, sólo un poco.

La señora Mukulela resopló.

–Lo mejor habría sido dejar el sombrero en casa.

–Los sombreros son como las personas –objetó el señor Temba–, no les gusta sentirse abandonados.

Lydia soltó una risita. Sofía no pudo evitar contagiarse. Cuando Lydia reía siempre compartía su alegría.

El señor Temba le dio el atillo a Sofía.

–Camisas que hay que arreglar –dijo–. Pero sólo si tienes tiempo, por supuesto.

Lydia y Sofía intercambiaron una mirada.

Sofía ya no tenía que ir a la señora Inocencia para pedir trabajo. Ahora aparecía el señor Temba allí en la noche, como si hubiese oído su conversación sobre la comida que pronto se habría terminado.

–Las camisas de ahora aguantan menos que las de antes –dijo el señor Temba con tristeza.

–Puede ser debido a que te has puesto demasiado gordo –dijo la señora Mukulela.

El señor Temba se desató el pañuelo poco a poco y levantó el sombrero.

–Digo lo mismo –contestó.

No debería haberlo hecho.

La señora Mukulela se levantó, haciendo crujir el taburete, y se marchó sin decir ni una palabra.

–No logro entender a esa mujer –dijo el señor Temba apenado–. Me he ofrecido a casarme con ella. Y ella me rechaza.

–Hay que tener paciencia –dijo Lydia–. Tal vez se rinda, antes o después.

El señor Temba se sentó en el taburete.

A Sofía le gustaba mirar su oscura cara en la que le brillaban los ojos. Algunas veces había pensado que el señor Temba era, probablemente, el hombre que más le gustaba. Claro que prefería no imaginar que hubiese tenido nada con Lydia y que a lo mejor era el padre de alguno de sus hermanos. De algún modo, Faustino se parecía al señor Temba. Pero el señor Temba nunca miraba a Faustino de una manera especial, nada que pudiese hacer creer que en realidad era su hijo. Y Lydia nunca le negaría a uno de sus hijos o hijas el derecho de saber quién era su padre.

–Hay una luna muy bonita esta noche –dijo el señor Temba pensativo.

Después miró a Sofía.

Se preguntó si, a pesar de todo, se habría dado cuenta de que ella estaba allí el día en que apareció por el camino con sus piernas tambaleantes para encontrarse con una mujer en algún sitio.

El fuego crepitaba.

Estaban sentados en silencio. Cada uno con sus ideas. Sofía pensaba en las camisas. En que ahora ya no tendrían que estar sin comida. Después pensó en Rosa. Pero en ese momento no tenía ganas de preocuparse por ella.

Pero más que nada pensaba en el Chico de la Luna.

El que nunca regresaría. Clavó la mirada en el fuego y trató de distinguir su cara. Pero las llamas no revelaron sus secretos. Sofía recordaba cómo era hacía unos años. Cuando siempre creía poder descubrir diferentes secretos entre las llamas. Ahora era más difícil. Quizá porque se había hecho mayor.

Llegó una ráfaga de viento. El fuego se avivó. El señor Temba se agarró el sombrero.

—Ya llega —dijo—. El viento del sur que roba sombreros por donde pasa.

Se levantó sin soltar el sombrero, le hizo una reverencia a Lydia y desapareció en la oscuridad. Sofía desató el atillo que había dejado y miró las camisas. Era más que nada los puños y los cuellos lo que estaba deshilachado. No le llevaría mucho tiempo arreglarlo.

Debajo de todo el montón había una camisa azul.

De repente Sofía recordó algo que Lydia le había contado una vez cuando ella era muy pequeña. No podía entender que no lo hubiese recordado hasta ahora. Lydia le había explicado que si dejabas una cinta azul en medio del camino cuando había luna llena, podías hacer que apareciese una persona que echabas de menos.

Sofía sintió que el corazón le latía más rápido. ¿Cómo se le podía haber olvidado?

Pero no podía poner así como así la camisa del señor Temba en el camino. Alguien la pisaría, o la robaría. Y ¿qué pasaría si el propio señor Temba descubría lo que había hecho? Entonces no le dejaría arreglarle más camisas. Y, seguramente,

también le exigiría que le pagara la camisa que había ensuciado.

Se quedó pensando.

¿Tenía alguna cinta azul entre sus cosas de coser? No, lo sabía con seguridad. Dentro no había nada.

Lydia se puso de pie y levantó a Alfredo, que se había dormido junto al fuego. Faustino ya estaba durmiendo dentro de la choza.

–Estoy cansada –dijo Lydia–. Pero por lo menos he podido reírme un rato.

–Me quedo vigilando el fuego hasta que se haya apagado.

Después se quedó sola.

Observaba la camisa azul del señor Temba. ¿En qué estaba pensando? Se asustó con la idea. ¿Iba a cortarle la camisa al señor Temba? ¿De veras se creía la historia que Lydia le había contado cuando era pequeña? «No puedo hacerlo», pensó. «Además, es infantil. Pronto seré mayor, no puedo poner una cinta azul en el camino y pensar que significa algo.»

Miró el cielo de la noche.

La luna estaba allí. La luz azul era como una lámpara allí arriba. Entró en la choza. Lydia ya se había dormido. Las tijeras estaban en uno de los cajones debajo de la máquina de coser. Palpó cuidadosamente con los dedos hasta que las encontró. Después salió otra vez.

Lydia se despertó.

–¿No te vas a dormir?

–Me he dejado las camisas –dijo Sofía.

Lydia murmuró algo inaudible y se dio la vuelta sobre la esterilla de rafia. Faustino gimoteó.

Cuando Sofía salió intentó hablar seriamente consigo misma.

¿Cómo podía siquiera pensar en cortarle un trozo a una de las camisas del señor Temba?

Pero ya se había decidido. Se sentó junto al fuego, sopló las ascuas y cortó una

estrecha tira en mitad de la espalda de la camisa. ¿Podría quizá volver a coserlo después sin que se notara?

Luego se fue al camino.

Los grillos cantaban. En algún lugar ladraba un perro.

Fue hasta el sitio en el que había estado el chico y dejó la tira azul sobre el suelo, miró una última vez a la luna y volvió a la choza.

Justo en la entrada se dio la vuelta.

Escuchó.

La noche estaba en calma.

El viento del señor Temba no había llegado todavía.

Aquella noche Sofía tuvo un sueño.

Cuando se despertó lo recordaba con todo detalle.

La luz de la luna era candente.

Era como una llama de fuego azul que se estiraba desde el cielo oscuro hasta su cara. Sofía estaba en el camino. La tira de tela azul había desaparecido. Ahora todo el camino era azul. Sofía se agachó y cogió un puñado de arena. Lo que caía entre sus dedos era azul. Y caliente. Algo que le recorría el cuerpo.

La luna se movía allá arriba en el firmamento.

Se mecía como un farolillo al viento. El viento del señor Temba que levantaba los sombreros de la gente y los llevaba a tierras secretas donde todos los sombreros y los gorros y las boinas y las gorras se encontraban los unos con los otros.

Sofía se rió de su idea.

El aire que salía de su boca también era azul. Se miró la mano. Relucía, era totalmente transparente, como si su cuerpo se hubiese transformado en un mar. No era sólo agua caliente lo que la recorría, era también una gran alegría. Pensaba en que iría a buscar a Rosa, y quizá también a Lydia, para que pudieran compartir con ella aquella noche azul.

Luego cayó en la cuenta de que estaba esperando a alguien.

El chico.

Miró a su alrededor. Pero el paisaje azul estaba totalmente vacío.

Sintió miedo.

A lo mejor él no aparecía. Se miró los pies y levantó despacio el pareo. Sus piernas no eran azules. Eran igual que siempre, marrones, desgastadas, con rajadas en el plástico. Dejó caer el pareo. Tampoco las muletas que tenía en la mano habían cambiado de color. El agua caliente que fluía por su interior de repente le pareció fría.

Sabía lo que significaba.

Él no aparecería. Nunca podría atraerlo a su sueño.

Pero ¿era realmente un sueño?

¿O estaba despierta? No lo sabía.

Después oyó un ruido a lo lejos.

No sabía qué era. Escuchó. Dio un respingo. Algo llegó volando por el aire. Un pájaro nocturno. Luego vio que era el sombrero del señor Temba. Tenía alas y pico. Volaba a su alrededor, trató de ahuyentarlo y luego desapareció.

El sonido volvió.

Comenzó a caminar. Se dio cuenta de que era ella misma, que cantaba. El sonido le llegaba de dentro. Pero no a través de la boca. Sino de sus dedos. Los dedos cantaban.

La gravilla azul era blanda.

Se hundió. Cada paso era como si se estuviera moviendo en el agua. En su cabeza comenzó a escribir un poema.

Cuando se dio la vuelta sus pisadas habían dejado marcas de palabras en la gravilla azul. Se detuvo para mirar lo que había escrito.

Sofía.

La noche. El amor es azul.

El sombrero del señor Temba llega volando con un mensaje.

El amor es azul.

Le pareció que el poema era raro.

¿De verdad era ella la que había pensado aquellas palabras?

Entonces lo vio a él.

El Chico de la Luna.

Llegó andando por el camino. En la mano llevaba el sombrero del señor Temba. Sonreía. En el recuerdo buscó su nombre. Se quedó aterrada. Si se había olvidado del nombre que le había dado, el chico pasaría de largo sin verla. Buscó desesperada en la memoria. Era como si estuviese corriendo dentro de la oscura choza buscando algo que debía conseguir pero que no podía encontrar.

Ahora el chico estaba cerca.

Sentía como si su corazón se fuera a detener. ¿Dónde había guardado su nombre?

Entonces lo recordó.

Sergio.

El chico se paró.

Olía a canela. Sofía soltó las muletas. Pero no cayeron al suelo, se convirtieron en dos piernas que salieron corriendo. Piernas sin cuerpo. Sofía enseguida se puso nerviosa por si el chico la encontraba rara. Pero estaba completamente inmóvil mirándola. El calor en el cuerpo le había vuelto, el agua azul que poco a poco batía de un lado a otro en su interior.

De pronto, el chico comenzó a quitarse la ropa. Primero la camisa. El cuello estaba desgastado. –Lo voy a arreglar –dijo Sofía.

Pero el chico no respondió.

Ahora se quitó los pantalones. En una de las rodillas había un agujero. Justo como en los pantalones de Alfredo que Sofía le había arreglado unos días antes. Estaba casi desnudo, sólo llevaba puestos unos calzoncillos. Y sonreía. Sofía asintió con la cabeza. No sabía a qué. Sólo que era importante que justo ahora, justo en ese instante, asintiera.

El chico se quitó lo último que le quedaba.

Sofía cerró los ojos. Pero no sirvió de nada. Veía igualmente.

Después, él la tocó.

Sintió su cuerpo contra el suyo. El olor a canela. Notó que el chico comenzaba a desatarle el pareo. Debajo estaba desnuda. Sólo estaban su cuerpo y las correas que le sujetaban las piernas. Él le quitó el pareo. Ahora estaba totalmente desnuda. Llevaba todo ese tiempo con los ojos cerrados. Se atrevió a tocarlo, palpó con los dedos el cuello, los hombros, las costillas. Y más abajo. Era allí adonde quería ir. Ahora él respiraba más deprisa. Sofía lo tocó, lo agarró y notó que una de las manos del chico se deslizaba entre sus piernas. Sintió un escalofrío, todo era un aroma a canela.

Luego se tumbaron en el camino y sintió dolor cuando él la penetró, no demasiado, pero Sofía tenía miedo de que se fuera a despertar. Lo sujetaba como si estuviera aferrando el sueño para impedir que se abriera y dejara entrar la realidad.

Todo su cuerpo era como agua caliente.

Flotaban en el mar, se mecían, de un lado a otro.

Después, él la ayudó a levantarse y se vistieron. Él la miraba como si nada hubiese pasado.

–¿Cómo te llamas? –preguntó.

–Sofía.

–¿Cuál era el nombre que me diste?

–Sergio.

Él sonrió.

–¿Me puedes dar otro?

Sofía se quedó pensando. Le quería dar un nombre que le gustara al instante.

–¿Evaristou?

–Es demasiado largo.

–¿Zé?

–Ése está mejor. Zé. Me gustaría mucho llamarme así. Zé. Ahora me tengo que ir.

Sofía tenía miedo de preguntar. Pero debía hacerlo.

–¿Vas a volver?

En ese mismo momento abrió los ojos.

Recordaba al instante todo lo que había soñado. Pero ¿qué le había respondido? ¿Iba a volver? No lo sabía. El sueño se había terminado, simplemente, como cuando

alguien cierra una puerta.

Sofía estaba tumbada inmóvil en la oscuridad.

Rosa respiraba sobre el suelo. Sofía palpó su pelo con una mano. Notó que Rosa estaba sudada. Pero no era para preocuparse. A menudo, Rosa sudaba cuando dormía. Sofía intentó saber cuánto faltaba para el amanecer. Para que el gallo de la señora Mukulela empezara a hacer ruido. «No falta demasiado», aseguró. «Pronto el gallo empezará a cantar.»

El sueño iba y venía en su cabeza. Se tocó el cuerpo, olió sus dedos. Sí, allí había olor a canela.

El gallo se puso a cantar.

Cuando empezó a hacerse de día, Sofía se levantó y se vistió.

Rosa se despertó.

–Hoy me encuentro mejor –dijo, y se sentó.

Sofía pensó que ya había pasado todo, toda su preocupación. No le pasaba nada malo a Rosa. Siempre y cuando empezara a quedarse en casa por las noches se encontraría mejor.

Sofía salió.

Lydia estaba encendiendo el fuego. Miró a Sofía.

–¿Por qué pareces tan contenta?

Sofía no contestó.

Se fue al camino. Allí estaba la tira de tela azul. La recogió y la escondió dentro del pareo.

Todavía no sabía si lo que había ocurrido durante la noche era algo más que un sueño.

Ya era domingo.

Poco después de las diez de la mañana, una vez que Lydia y Rosa hubieron llevado los niños a la iglesia, una casa de ladrillos blanca con el techo de paja estropeado y a punto de derrumbarse, Sofía decidió visitar uno de sus lugares secretos. Lydia le había preguntado por qué no quería ir a la iglesia. Sofía había contestado que iba a empezar a arreglar las camisas del señor Temba.

Ir o no ir a la iglesia podía convertirse en una cuestión engorrosa.

Sofía no sabía si creía en Dios. En especial después de que María hubiese muerto y ella hubiese perdido las piernas.

¿Cómo podía Dios, siendo tan bueno, permitir algo así?

Tampoco estaba del todo segura de que Lydia creyera realmente que había un Dios. A Lydia le gustaba cantar, experimentar el espíritu de comunidad en la estrecha iglesia, y chismorrear con las demás mujeres que se encontraba allí.

Sobre las creencias de Rosa, Sofía no sabía nada.

Aunque compartían sus secretos, nunca habían hablado de Dios.

Sofía se puso un vestido rojo que le llegaba hasta los pies. Después cerró la puerta de la casa y empezó a andar por el camino que se alejaba del poblado. El camino de gravilla pronto se transformó en un sendero que avanzaba sinuoso por la alta hierba. Puso mucha atención en dónde ponía los pies, porque había una gran cantidad de serpientes venenosas. De vez en cuando se cruzaba con alguien por el camino. Todos la saludaban y ella respondía al saludo aunque no supiera quiénes eran. El sendero bajaba hasta un río que sólo tenía unos pocos metros de ancho. En realidad pertenecía al río grande que llevaba su cauce hasta más allá de Boane. Antes había cocodrilos allí. Pero ahora habían desaparecido, se habían ido a otras zonas del largo río.

Cuando Sofía llegó hasta el agua, estaba sudando.

Se inclinó hacia delante, se apoyó en las muletas y metió una mano en el agua.

Se sintió como una jirafa.

Las piernas rígidas, el trasero que sobresalía y una mano que, con gran esfuerzo, lograba sumergir en el agua.

Se enjuagó la frente y siguió caminando.

Después de unos cien metros llegó a un pequeño montículo, donde se sentó.

El lugar se llamaba la «Colina del León».

Se lo había contado un hombre viejo que Sofía se encontró una vez junto al río. Un día, hacía mucho tiempo, cuando todavía había leones en los alrededores, un gran león se había tumbado en el montículo. Era el león más grande que se había visto jamás. Nadie se había atrevido a acercarse. Después de aquello al lugar se le había llamado la «Colina del León».

Sofía había ido allí por primera vez un año después del gran accidente, después de que sus piernas le fueran arrancadas del cuerpo y María hubiese muerto. Acababa de volver del hospital. Todavía le dolía el cuerpo y le costaba caminar. Un día en que había estado más triste de lo normal, había bajado al río para estar a solas y fue entonces cuando descubrió el montículo. Desde aquella vez pensaba en ese sitio como su lugar para cuando estaba triste. Incluso le había puesto el nombre de «Lugar de tristeza». Pero no se lo había dicho a nadie, por supuesto, y mucho menos a Rosa. Era demasiado infantil. Quería poder ser infantil, pero sin que nadie lo supiera.

Pero hoy no estaba triste.

El sueño de la noche permanecía vivo en su interior. Ahora, sentada en el montículo donde había estado tumbado el león, podía ver muy lejos en la calina, hasta las montañas que limitaban con Swazilandia.

Era una de sus metas más anheladas.

Llegar una vez a esas montañas, cruzarlas y ver lo que había al otro lado. A lo mejor un día sería posible.

Hoy Sofía había ido al montículo para estar a solas.

Necesitaba pensar en lo que había ocurrido durante la noche. El sueño con el chico. Ahora que era de día, con un sol muy fuerte, sentía la noche muy lejos. La luz

azul, la arena que había sido azul entre sus dedos, el agua de mar que le había chapoteado por dentro. Y el haber estado con aquel chico, sentido su cuerpo contra el suyo.

Era un sueño.

No había ocurrido. Pero el sueño le había recordado que ya era hora. Había cumplido los quince, ya no era una niña. Y echaba de menos a un chico al que pudiera llamar suyo, que sólo estuviese allí para ella.

A menudo se desanimaba.

Nadie estaría interesado en ella. Ella, que no tenía piernas, que nunca podría caminar, que nunca podría bailar. Pero no era seguro del todo. Iba a la escuela, sabía leer, quizás un día ella misma podría ser profesora. Si no lograba lo que más deseaba, ser médica. Ser una mujer en la que los hombres se fijaran no era sólo una cuestión de apariencia. Si tenía un trabajo, una casa, y ganaba dinero, no le faltarían chicos que la cortejaran. Se lo habían dicho Rosa y Lydia, e incluso su profesora.

Eran muchos los pensamientos que se apretujaban en su cabeza.

Pero lo que de verdad la había empujado a ir al montículo era el tener que decidir si ya se había convertido realmente en una mujer o no. Si ya no era una niña, una «casi adulta». «Es un gran momento», pensó. «Sólo ocurre una vez. Nací una vez, me vuelvo adulta una vez y moriré una vez.»

Se estiró sobre la hierba.

El sol brillaba con fuerza. Cerró los ojos. En su mente podía verse a sí misma, tal como era unos años atrás. Exactamente así era con María. La que no era mayor que ella cuando murió. Ahora Sofía se veía a sí misma y en su mente hacía señas con la mano y veía a aquella pequeña niña desaparecer por el sendero.

Se incorporó.

Realmente, ya era mayor. Sabía lo que implicaba estar con un hombre, aunque sólo hubiese pasado en sueños.

De pronto, era como si María llegara por el sendero.

Llevaba su vestido blanco. Y ahora Sofía veía que María no estaba sola. Era ella misma, Sofía, la que estaba a su lado. Tal y como habían estado aquella mañana mientras corrían por el sendero y la mina esperaba para hacerlas volar en pedazos.

A Sofía le brotaron lágrimas de los ojos.

«María nunca pudo experimentar esto», pensó. «La sensación de hacerse mayor.»

Las lágrimas le nublaban la vista.

Meneó la cabeza. «No quiero llorar», pensó. «Hoy no. Además, a lo mejor te haces mayor también cuando estás muerto. Como María.»

Antes de marcharse de casa, Sofía se había metido algo debajo del vestido. Un cuaderno gris y un lápiz. Desde hacía tiempo había pensado que empezaría a escribir cosas que pensaba. Quizá no cada día, y sólo para sí misma. Rosa sentiría curiosidad enseguida. Pero no había ido a la escuela tanto tiempo como para haber aprendido a leer. Y Lydia solía dejar estar las cosas de Sofía.

«Un diario», pensó.

Ahora había llegado el momento. El cuaderno lo había comprado en el mercado que estaba más allá de la escuela, porque había ganado dinero arreglándole unos pantalones al señor Temba. El lápiz era un cabo que se había encontrado por el camino.

Se sentó bien y abrió el cuaderno.

¿Qué escribiría primero? El papel blanco la estaba esperando. Obviamente, empezaría con lo más importante. El Chico de la Luna. El sueño que había tenido durante la noche. Y lo que pasaba ahora, que estaba sentada en la Colina del León y sabía que ya no era una niña. Que era adulta, una mujer.

Sofía escribió.

Tal como pensaba, sin demasiadas palabras, la letra clara. Las palabras que no estaba segura de cómo se escribían se las saltaba.

Intentó recordar el poema que había inventado en sueños.

El amor es azul.

Lo escribió. Le llevó mucho tiempo. Cuando al fin pasó la primera hoja empezó a creer que un día realmente lograría llenar todo el libro. Quizá tardaría muchos años. Quizá le daría tiempo de hacerse vieja antes de pasar hoja por última vez. Eso no significaba nada. Lo más importante era que había empezado.

Estuvo sentada en el montículo casi todo el día.

No se levantó para regresar a casa hasta que el sol comenzó a ponerse. Notó que tenía hambre. Y las camisas del señor Temba todavía la estaban esperando. Aun así había sido un buen día. Se preguntaba si se le notaría que se había hecho mayor. Que ya no era una niña.

Se detuvo sorprendida cuando llegó al jardín.

Al fuego estaba la olla que había sido robada el día anterior.

Lydia estaba indignada.

Estaba tan enfadada que casi temblaba.

–Todos somos igual de pobres –dijo–. Aun así, nos robamos entre nosotros.

Después explicó lo que había pasado.

Ella y Rosa y los chicos volvían a casa de la iglesia. Habían cogido un atajo, porque Lydia quería pasar a saludar a la señora Chambule, que no había aparecido por el huerto en varios días. A lo mejor estaba enferma y necesitaba ayuda. Pero la señora Chambule estaba sana. En cambio, uno de sus hijos había tenido malaria, así que se había tenido que quedar en casa.

Tras dejar a la señora Chambule se fueron directos a casa. Pero, de repente, Lydia vio su olla de hierro. Estaba delante de una choza miserable y a punto de derrumbarse. Supo al instante que era su olla. Aunque se pareciera a todas las demás la había reconocido, ya que le faltaba la mitad de una de las tres patas. Lydia le dijo a Rosa que esperara con Alfredo y Faustino en el camino. Después entró en el jardín. Había dos hombres, una mujer y muchos niños. Lydia les preguntó de dónde habían sacado la olla. Enseguida notó que sus respuestas eran esquivas. Además, al acercarse, vio un arañazo dentro de la olla. Se enfadó y les dijo que iba a llevarse la olla, que era suya y que se la habían robado. Los hombres protestaron, pero Lydia se mantuvo firme y amenazó con avisar al jefe del poblado si no devolvían el objeto robado por propia voluntad. Se montó una gran bronca, vino gente de otras chozas y se inmiscuyó en la conversación. Pero Lydia no se rindió y cuando amenazó con ir hasta Boane a buscar a la policía, le dejaron llevarse la olla.

Lydia estaba sudando cuando acabó de contarle.

Todavía estaba enfadada. «Pero quizá más triste», pensó Sofía. En la frente de Lydia se formaban diferentes arrugas según el humor del momento. Cuando estaba enfadada se le dibujaban dos arrugas profundas desde el nacimiento del pelo hasta la nariz. Cuando estaba triste, toda la frente se le llenaba de pequeñas arrugas. Ahora tenía las dos cosas.

–Podía ver que eran igual de pobres que nosotros –dijo–. A lo mejor lo tienen incluso peor. Los niños estaban hechos jirones, hambrientos, tenían miedo. Pero, aun así. Robar a alguien que es igual de pobre que uno mismo. ¿Qué mejora con ello?

Sofía se guardó sus palabras en la memoria.

Las anotaría en su diario.

Aquel día cenaron pronto.

Los domingos por la tarde Lydia solía ir a visitar a su hermana Alicia, que vivía al otro lado del poblado. Normalmente, Rosa y Sofía la acompañaban. Pero no aquella tarde. Lydia se llevó a Alfredo y a Faustino y desapareció.

Rosa y Sofía estaban a solas.

Rosa había visto a Sofía guardar el cuaderno y el lápiz en la habitación.

–¿Qué es lo que escribes? –preguntó.

–Es sólo para mí –respondió Sofía esquiva.

–He dicho *qué* escribes.

–Es secreto.

–Pensaba que compartíamos todos los secretos.

–No todos. Tú tampoco lo haces. Conmigo.

Aún no había oscurecido.

Mientras Rosa le hacía preguntas a Sofía, se miraba la cara en el trozo de espejo. Sofía pensó que Rosa ya se encontraba como siempre. Todo el cansancio parecía haber desaparecido.

–Acompáñame –dijo Rosa de repente.

–¿Adónde?

–A la tienda de Hassan.

Sofía se quedó perpleja.

Siempre esperaba que Rosa le pidiera que la acompañara. Al mismo tiempo, le daba miedo. Tanto quería como no quería.

–Mañana voy a la escuela –dijo–. Tengo que dormir.

–No se hará tarde.

–Quizá sea mejor que vayas tú sola.

Rosa colgó el espejo en la pared de la choza.

–Ahora te vienes –dijo decidida–. Tienes que ver a más gente aparte de nosotros y tus compañeros de escuela.

Sofía se sentía todavía reacia y nerviosa.

–¿Quién hay allí?

–Nunca se sabe. Hay varios. Algunos que conoces, algunos que nunca has visto antes.

Rosa casi metió a su hermana a empujones en la habitación y comenzó a elegir entre la poca ropa que Sofía tenía.

–Esta blusa –dijo Rosa y le alcanzó una azul.

Sofía se la puso. Pero cuando Rosa quiso que se pusiera la otra falda que tenía, Sofía dijo que no. Era demasiado corta. No le llegaba hasta los pies. Rosa miraba a Sofía examinándola con los ojos.

–Eres bonita –dijo–. Pero se te nota que tú no lo crees.

–Eres tú la que es bonita –dijo Sofía–. Yo soy patosa y fea y además no tengo piernas de verdad.

Rosa casi se irritó.

–Estás viva –dijo–. María no lo está. Vámonos.

Había empezado a oscurecer.

Rosa caminaba tan deprisa que Sofía casi no la podía seguir. Se iba poniendo más y más nerviosa a medida que se acercaban a la tienda de Hassan. Sofía se detuvo.

–Me voy a casa –dijo–. No quiero ir.

–No seas tonta. ¿Qué tiene de peligroso? ¿Me lo puedes decir?

Sofía sabía que no había nada peligroso.

El miedo que sentía era totalmente diferente. A que nadie se diera cuenta de que estaba allí, a que nadie le prestara atención.

–Continuemos –dijo Rosa–. A lo mejor Hassan ha recibido algunas revistas nuevas.

–¿Tiene abierto los domingos? –preguntó Sofía, deseando que la tienda estuviera cerrada para que pudieran volver a casa otra vez.

–Siempre tiene abierto –contestó Rosa–. ¡Vamos!

Hassan estaba sentado en un taburete alto hojeando una vieja revista. A su lado, sobre el mostrador, había un quinqué. Hassan era de estatura pequeña, llevaba una barba corta y una caperuza gris en la cabeza. Entornó los ojos cuando vio llegar a Rosa y a Sofía.

–Rosa –dijo triste–. Me preguntaba dónde te habrías metido. Creí que no te vería nunca más por aquí.

Sofía se sorprendió.

¿De verdad sabía Hassan quién era Rosa? ¿Se sabía los nombres de todos los que pasaban por su tienda, sobre todo el de los jóvenes, que casi nunca compraban nada, sino que sólo miraban sus antiguas revistas semanales?

–Ella es mi hermana –dijo Rosa y puso a Sofía a la luz del quinqué.

Hassan la miró a los ojos, después bajó la mirada hacia sus muletas y la larga falda. Suspiró y meneó la cabeza.

–Lo sé –dijo–. Todo el mundo sabe quién es Sofía. La que sobrevivió.

Hassan se bajó del taburete y removió en la oscuridad tras el mostrador. Después, apareció con una chocolatina y se la dio a Sofía. Sofía estaba tan avergonzada por la atención que le prestaban que ni siquiera cayó en dar las gracias.

La que sobrevivió.

¿Era ella, Sofía?

Sofía notó que se ruborizaba.

Las mejillas se le calentaron. Se retiró de la luz del quinqué.

–¿Revistas nuevas? –preguntó Rosa.

Hassan suspiró.

–Lamentablemente, nada. Quizá la semana que viene. Nunca se sabe.

Hassan se puso las gafas y volvió a su manoseada revista. Rosa se llevó a Sofía fuera de la tienda. Ya estaba todo oscuro. En el suelo, junto a la tienda, había una hoguera. Sofía vislumbró algunas personas en la oscuridad. Se oía a alguien que reía, a alguien que cantaba. Allí había alguien que Rosa conocía, un chico con la gorra puesta del

revés. Rosa se olvidó de que Sofía estaba con ella. Desapareció entre los demás jóvenes.

Sofía se enfadó.

Era justo eso lo que había temido. Que nadie la fuera a ver, que se quedara apartada. Ni siquiera Rosa, que era su hermana y la había llevado allí, se acordaba de que ella también estaba.

Uno de los chicos comenzó a tocar un tambor junto al fuego.

Rosa bailaba, otros se animaron. Sofía se dio la vuelta. Se sentía herida e insultada. ¡Jodida Rosa! ¿Por qué la había traído? Si, de todos modos, no se preocupaba por ella. Hassan salió de la tienda.

En la mano llevaba una pipa humeante. De vez en cuando le daba una calada. Miró a Sofía.

–No hace falta bailar –dijo–. Mírame a mí. Tengo piernas. Pero no bailo.

Sofía comprendió que intentaba animarla. Aun así, sólo empeoraba la situación. No quería consuelo. Quería estar en otro lugar. Y, sobre todo, quería tener piernas de verdad.

Hassan contempló su pipa, que se había apagado, suspiró otra vez y desapareció dentro de la tienda.

Sofía se decidió rápidamente.

Se retiró despacio hasta que fue engullida por la oscuridad. Luego se alejó de allí. Ahora Rosa se podría preguntar qué había pasado. Ahora se podría preocupar tanto como Sofía el día en que Rosa estaba cansada y se le cayó la azada. Ahora se lo devolvía.

Sofía se detuvo.

Era difícil orientarse en la oscuridad. Además notó unas gotas de agua contra la cara. Encontró el camino otra vez y continuó. A su alrededor brillaban fuegos que pronto se apagarían. El poblado caía en el letargo. Las gotas eran cada vez más numerosas. Caminaba tan deprisa como podía. Pero aun así estaba empapada cuando llegó.

Lydia estaba en la entrada de la puerta.

–¿Dónde está Rosa?

–En la tienda de Hassan.

–¿Tú también has estado allí?

Sofía no se dignó contestar.

Entró en el cuarto y corrió la cortina. Lydia la dejó en paz. Se quitó la ropa mojada, se desató las piernas y se metió en la cama. Notó que estaba cansada. El día había sido largo. Ya no se sentía enfadada con Rosa. Seguramente, su intención había sido la mejor.

Sofía se subió la manta hasta la barbilla y cerró los ojos.

Y se preguntó si tendría que esperar hasta la siguiente luna llena para que el chico del camino volviera.

Pasó un mes.

De nuevo había luna llena. Hacía más calor y más humedad. La época de lluvias se acercaba. Ya había habido algunas tormentas fuertes. A menudo, Sofía se despertaba por las noches empapada en sudor.

Pero para Sofía ya no significaba nada que el chico volviera. El que había estado allí de pie bajo la luz azul de la luna.

O quizás en realidad en su sueño. El sueño en el que se había hecho mujer.

Unos días después de que eso ocurriera Sofía había acompañado a Rosa a la tienda de Hassan. Cuando Rosa volvió, tarde por la noche, Sofía ya se había quedado dormida. Al día siguiente no hablaron del asunto. Sofía podía notar que Rosa tenía remordimientos de conciencia. Comprendía. Sin pensarlo, Rosa había abandonado a Sofía y la había dejado en la soledad.

Después, Rosa enfermó de nuevo. Había pasado lo mismo. Se había quejado de cansancio y se le había caído la azada otra vez cuando iba a ponerse con las malas hierbas entre el ascendente maíz. Sofía no lo había visto con sus propios ojos. Estaba en la escuela cuando ocurrió. Rosa se lo había explicado. El cansancio había regresado, había perdido el apetito por completo y la fiebre iba y venía en oleadas.

Sofía había sentido al instante el punto frío en el estómago otra vez.

Se hacía más fuerte y más grande cada día que pasaba y que Rosa seguía enferma. Pronto todo el estómago de Sofía estuvo frío, como si tuviese una lata metálica dentro. Lydia también estaba preocupada. Pero Rosa decía que pronto estaría bien otra vez. Sólo debía descansar unos días más.

Pero los días pasaron, convirtiéndose en semanas, y volvía a haber luna llena. Rosa todavía estaba mala. Sofía podía ver cómo adelgazaba. Además, le dolía la barriga. A menudo, Rosa tenía que salir de la choza por la noche. Sofía se despertaba y se quedaba tumbada en la oscuridad esperando a que volviera. Luego le preguntaba cómo se encontraba. Pero Rosa no respondía, únicamente se tumbaba en el suelo y se

dormía. Su respiración no era la de siempre. Era como si Rosa hubiese corrido mucho, como si todo el rato tuviera que esforzarse por respirar.

Durante este tiempo, entre las dos lunas llenas, Sofía fue a la escuela cada día. Pero le costaba concentrarse. Una vez, la profesora Adelina le pidió que se quedara después de la clase.

–¿Qué te ocurre? –le preguntó–. Normalmente estás muy interesada. Ahora noto que no me sigues todo el tiempo.

–Rosa está enferma.

–¿Quién es Rosa?

–Mi hermana.

–¿Es grave?

–No lo sé.

Adelina no preguntó nada más.

Ahora sabía por qué Sofía parecía tan ausente. Le había dado una explicación.

Durante ese mes, Sofía también le había arreglado la mayoría de las camisas al señor Temba. Todavía no había llegado a la camisa azul. Estaba debajo del todo en el montón, como una mala conciencia que pretendiese ocultar. A veces la miraba y pensaba que nunca podría coserla de tal manera que el señor Temba no se diera cuenta de que le había cortado una tira en la espalda.

Una tarde lo vio en el jardín.

Llevaba puesto el sombrero, como de costumbre. Ahora que se acercaba la época de lluvias también llevaba un paraguas en la mano. Aunque siempre le daría tiempo de ir a su casa desde la de Sofía si empezaba a llover, no quería arriesgarse a mojarse.

Iba a buscar la camisa azul.

Sofía cayó de pronto en la cuenta.

–Aún no está acabada –contestó en un murmullo.

–Me gusta mucho esa camisa –dijo el señor Temba.

Después hizo una reverencia y se marchó.

Sofía sabía lo que en realidad había querido decir. Quería la camisa de vuelta al cabo de dos o tres días, como mucho.

Esa misma tarde, sin que Sofía hubiese sacado todavía la camisa azul, decidieron llevar a Rosa al médico. Ella no quería, pero Lydia y Sofía estaban decididas. Estaba enferma desde hacía más de un mes. Como el ambulatorio estaba cerca de la escuela, Sofía esperaría allí a Rosa. Terminaba a las doce y media. Entonces el médico podría ver a Rosa. Sólo dos días a la semana, los martes y los jueves, iba un médico hasta allí. Al día siguiente era jueves.

–No quiero –dijo Rosa–. No hace falta. Pronto estaré bien otra vez.

«Dios mío», pensó Sofía. «En lo más hondo he querido pensar que no es la enfermedad esa la que está en el cuerpo de Rosa. Ahora ya no lo sé. Al mismo tiempo tengo miedo de que sea así. No quiero saber. Aun así, tengo que hacerlo.»

A Sofía le costó dormir aquella noche.

Había luna llena otra vez. Intentó pensar en el chico que había estado en el camino en su sueño. Pero no podía. Rosa, que estaba sobre el suelo, no era una persona en un sueño. Estaba tumbada durmiendo, se movía intranquila y sus inspiraciones eran cortas y fuertes.

Al día siguiente había una pesada capa de nubes en el cielo.

En la distancia, a la altura de las montañas junto a Swazilandia, Sofía podía ver relámpagos. La tormenta se acercaba. Pero todavía no podía oír cómo estallaba y retumbaba.

Rosa llegó a pie por el camino que conducía hasta la escuela.

Se movía lentamente, casi a la fuerza. Sofía se golpeó irritada su estómago frío. Si al menos desapareciera la preocupación. Después fue al encuentro de su hermana. Al instante vio que Rosa tenía miedo.

Ahora se veía.

Sus ojos se movían preocupados, buscaban signos de que no era nada grave en la cara de Sofía. Pero Sofía bajó la vista. No podía mirar a los ojos a su hermana.

¿Qué era lo que resultaba tan difícil?

La verdad era difícil. Nada más.

Y la verdad no la sabían.

Rosa estaba sudada y le dolía la barriga.

Aún no era la una. Por la mañana, Sofía había entrado y le había dicho al médico que Rosa iría a verlo. Éste había anotado su nombre. Cuando le preguntó qué le pasaba a su hermana, Sofía le contó cómo estaban las cosas. Rosa tenía fiebre y dolor de barriga, estaba adelgazando y no tenía fuerzas para hacer nada. Él no dijo nada, tan sólo asintió con la cabeza. Sofía intentó leer en su cara. Pero allí no había palabras.

Se sentaron a la sombra de un viejo autobús quemado que estaba junto al camino. Era un recuerdo de la guerra. Sofía pensó en los bandidos que habían asesinado a su padre. Podía oír la tormenta en la distancia.

–Nos mojaremos cuando volvamos a casa –dijo Rosa.

Se quedaron sentadas en silencio.

Les llegaban los gritos de los niños que jugaban al fútbol en el patio de la escuela. Sofía miró hacia el ambulatorio. Allí dentro había un médico esperando a Rosa. Él podría decir la verdad.

–Será mejor que vayamos –dijo Sofía levantándose con ayuda de las muletas. Rosa no se movió. Sofía esperó–. Tenemos que ir ya –repitió–. Es la una. El médico nos espera.

Entraron en la oscura antesala, en la que había una enfermera sentada rellenando unos papeles, al tiempo que espantaba una mosca que la irritaba.

–El doctor Nkeka está con una paciente ahí dentro –dijo–. Pero enseguida habrán terminado. Sólo está embarazada.

La mujer que salió tenía una barriga muy grande.

No sólo estaba embarazada, estaba en estado avanzado, no tardaría mucho en dar a luz a un hijo. «Nacimiento y muerte», pensó Sofía. Se imaginó que era ella la que estaba allí dentro en bata blanca. Y que Rosa era otra persona diferente a su hermana.

Rosa se levantó.

–Acompáñame adentro –dijo.
La enfermera oyó sus palabras.
–Sólo el enfermo –dijo severa.

Rosa desapareció donde estaba el médico.

La puerta se cerró. Sofía esperó. La enfermera bostezó y siguió espantando la mosca tozuda. Ahora hacía mucho calor. El temporal se acercaba. Sofía intentó imaginarse lo que estaba ocurriendo allí dentro. La puerta se abrió. Sofía se sobresaltó. Era el doctor Nkeka. Era joven, pero ya tenía canas. Saludó a Sofía con la cabeza. Luego le pidió a la enfermera que entrara. Se levantó con torpeza de la silla. La mosca entró también en la habitación. Sofía pensó que ella, si hubiese sido la mosca, habría podido zumbear alrededor de la cara de la enfermera y escuchar lo que el médico decía. La tormenta sonaba, ahora, más cerca. Un hombre viejo entró. Se apoyaba pesado sobre un bastón y preguntó si el médico todavía estaba allí. Sofía hizo ver que ella era la enfermera.

–El doctor está ocupado –dijo.

El hombre oía mal.

–El doctor está ocupado –gritó.

El hombre asintió con la cabeza y se sentó en la escalera. Empezó a toser. Los pulmones le resonaban. La puerta se abrió. Primero salió la enfermera, después Rosa. La enfermera miró malhumorada al hombre. Sofía pensó que quería volver a casa antes de que empezara a llover. Rosa y Sofía salieron del ambulatorio. Sofía vio que Rosa tenía una marca en el pliegue del codo.

–¿Qué ha dicho? –preguntó.

–Han cogido una muestra de sangre. Tengo que volver el martes.

–Pero, ¿no ha dicho nada?

–Le he tenido que explicar cómo me sentía. Pero no ha dicho nada.

–¿Nada en absoluto?

–Sólo que tenían que hacer un análisis de sangre y que volviera el martes.

Sofía no estaba segura de lo que podía significar aquello.

¿Por qué no había dicho nada el doctor Nkeka? Debía de saber por qué había querido tomar una muestra de sangre.

Empezó a llover. Se apresuraron a casa.

El martes sabrían qué le pasaba a Rosa.

Los días avanzaban a rastras.

Cuatro días no solían ser mucho tiempo para Sofía. Había aprendido a ser paciente durante los largos meses que había pasado en el hospital. Pero ahora era como si el tiempo pasara infinitamente lento. Además, estaba segura de que no quería que llegara el martes. Hasta que Rosa no visitara al doctor Nkeka y supiera el resultado del análisis de sangre, ninguno de ellos sabía si estaba bien o enferma. Si era algo grave o si a lo mejor era algo totalmente inofensivo.

Lydia las había interrogado cuando llegaron a casa empapadas por la tormenta. Como el médico no había dicho nada excepto que Rosa tenía que volver, Lydia lo interpretó como que no tenía por qué ser algo peligroso. Lydia era así. Se preocupaba a menudo. Pero no tenía ganas de apenarse antes de tiempo.

Lo que Rosa pensaba o sentía era algo que Sofía no podía decidir.

Rosa se parecía a Lydia en muchos aspectos. Podía preocuparse, pero se olvidaba enseguida.

Durante el fin de semana hubo un temporal largo e intenso.

La lluvia arreciaba. El jardín se volvió una gran charca de barro. Lydia estaba preocupada por si su *machamba* se inundaba. El domingo por la mañana, mientras la lluvia seguía cayendo a cántaros, fue hasta la *machamba* para ver cómo estaba. Cuando volvió estaba serena e intranquila a la vez. Serena porque aún no había tanta agua como para que el maíz y las verduras comenzaran a pudrirse. Pero también intranquila por si la lluvia continuaba.

Sofía arregló la camisa azul del señor Temba durante los días de lluvia.

Lo pensó mucho antes de empezar. Trataba de descubrir cuál era la mejor manera de ocultar que le había cortado una tira de tela. El resultado fue mejor que el que se hubiera atrevido a imaginar. Cuando hubo acabado le pidió a Rosa que mirara la camisa. Rosa no se dio cuenta de nada. Después se la dio a Lydia. Tampoco ella notó nada. Sofía esperaba haber conseguido, a pesar de todo, ocultar lo que había hecho aquella noche de luna llena. A veces, por la noche antes de dormir, pensaba en el Chico de la Luna. Pero era como si le costara verle la cara. En sus sueños era siempre

oscura.

Por las mañanas continuó con sus conversaciones con María.

Le explicaba que Rosa había ido al médico y había dejado una muestra de sangre. María sólo la miraba, sin decir nada.

«Quizá los que están muertos saben lo que va a ocurrir», pensó Sofía.

Sólo somos nosotros, los que vivimos, quienes nos preocupamos, quienes no sabemos lo que va a ocurrir al día siguiente.

El lunes por la mañana se despejaron al fin las nubes.

El jardín todavía estaba lleno de agua. Pero cuando salió el sol la tierra se secó enseguida. Rosa salió y miró el camino. Si había demasiado barro Sofía no podría caminar. Se podría quedar clavada con sus rígidas piernas. La profesora Adelina lo sabía. A veces, Sofía no iba a la escuela si había llovido.

Rosa meneó la cabeza cuando hubo inspeccionado el camino.

Había demasiado barro. Sofía se hundiría.

Sofía se sentó en el borde de la cama y sacó los libros de la mochila. Si no podía ir a la escuela, tenía escuela en casa. A través de la abertura al otro cuarto podía ver a Rosa. Estaba sentada sobre el taburete justo donde entraba la luz del sol por la puerta del patio. Tenía el trozo de espejo en la mano. Ahora se observaba la cara. Sofía la miraba. No se podía imaginar que Rosa tuviera realmente aquella enfermedad.

Apartó los pensamientos de inquietud.

Debía aprender a hacer como Lydia. No apenarse hasta que hubiese motivo para ello.

Rosa la llamó.

–Viene el señor Temba.

Sofía dio un respingo y se le cayó el libro que tenía sobre las rodillas.

Era la hora.

El señor Temba entró y le hizo una reverencia a Rosa.

–Parece que por esta vez ya han pasado las lluvias –dijo amablemente.

Sofía pensó rápidamente que el señor Temba hablaba de una forma muy bonita.

A él mismo le gustaban las palabras que salían de su boca. Siempre las trataba con cuidado. Hablaba despacio, escogía las palabras detenidamente. Había personas que se desesperaban, porque opinaban que hablaba demasiado despacio. Lydia era una de ellas. Ella hablaba tan deprisa que las palabras le salían disparadas de la boca.

Sofía cogió la camisa y se acercó al señor Temba, que hizo otra reverencia.

–No he visto que fueras hoy al colegio –dijo–. Espero no molestar viniendo a buscar mi camisa azul.

Sofía le alcanzó la camisa.

El señor Temba la sostuvo en alto, haciéndola girar a un lado y al otro. Sofía tenía palpitaciones. ¿Se daría cuenta de lo que había hecho? El señor Temba miró con seriedad a Sofía. «Lo ha descubierto», pensó. «Ahora ya no podré arreglarle más ropa. Además, todos los del poblado sabrán que no se puede confiar en Sofía. No le dejéis nada de ropa.»

El señor Temba seguía mirando a Sofía con seriedad.

Ella tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a bajar la mirada.

–La has arreglado muy bien –dijo.

Sofía no creía lo que acababa de oír.

Pero él parecía totalmente sincero. Sacó unos billetes y se los dio a Sofía.

–Esta noche voy a visitar a una persona muy importante para mí. Y me pondré esta camisa.

El señor Temba hizo una reverencia y se marchó. Rosa se reía con disimulo.

–El señor Temba va a visitar a una de sus muchas mujeres. La señora Mukulela se enfadará otra vez. Se enfada cuando el señor Temba intenta dormir con ella. Y se

enfada cuando se va a casa de otras mujeres.

Sofía miró al señor Temba mientras avanzaba prudente y cuidadosamente por el jardín, que todavía no había empezado a secarse. El señor Temba visitaba a muchas mujeres. A lo mejor él también tenía la enfermedad peligrosa. Y le pasaba lo mismo que a Rosa, que no se le notaba.

Sofía volvió a los libros de la escuela.

Pero no se podía concentrar. Lo único que veía era a Rosa saliendo al día siguiente por la puerta del doctor Nkeka.

Esa noche Sofía tuvo otro sueño curioso.

Había ido a la choza del señor Temba para darle un par de pantalones que le había arreglado. Pero cuando llamó a la puerta y ésta se abrió, apareció allí de pie un hombre desconocido. Sofía no lo había visto antes. Pero, aun así, era como si lo conociera. Después comprendió que era su padre. Todavía era joven y le estaba pidiendo que entrara en la choza. Cuando hubo cerrado la puerta, Sofía se dio cuenta de que no había paredes en la choza. Estaban en una playa. Las olas del mar corrían sobre la playa. Había acompañado a su padre hasta la orilla, donde las conchas se enjuagaban con las olas. Él había señalado hacia una isla que se vislumbraba en la calina.

–Allí vivo yo –dijo–. Quería que lo supieras.

Después su padre había entrado en el mar con la ropa puesta. Cuando el agua le llegaba por el pecho se dio la vuelta, saludó con la mano y se puso a nadar. Sofía se había quedado mirándole la cabeza, que divisó durante mucho rato entre las olas. Se había sentido repleta de una gran alegría. Después había vuelto lentamente a la casa del señor Temba, había abierto la puerta y todo había vuelto a la normalidad.

Se despertó del sueño.

El gallo de la señora Mukulela había empezado a cantar.

Rosa dormía. Sofía pensaba en el sueño. ¿Qué era lo que le había querido contar? Los sueños siempre llegaban con mensajes misteriosos. Intentó descifrarlo. Pero no lo

consiguió. A lo mejor era tan simple como que su padre había querido ir a verla.

Sofía palpó el pelo de Rosa con los dedos.

La noche anterior, Sofía le había hecho un nuevo peinado. Había tardado varias horas. Rosa había querido uno con forma de estrellas en la cabeza. Había quedado muy bonito. Rosa quería tener buen aspecto cuando visitara al doctor Nkeka.

De repente, mientras Rosa estaba con la cabeza sobre las rodillas de Sofía y ésta le hacía el nuevo peinado, había hecho una pregunta.

–¿Crees que estoy gravemente enferma? –preguntó.

–No –respondió Sofía.

Demasiado rápido, demasiado convencida.

Pero Sofía no podía decir lo que pensaba. Quizá Rosa tenía aquella terrible enfermedad que llegaba sigilosamente y mataba a las personas.

No lo podía decir. No se atrevía.

Cuando el reloj dio la una, Sofía se encontraba ya frente al ambulatorio esperando a Rosa. La profesora Adelina había notado que ese día Sofía había vuelto a tener dificultades para concentrarse. Pero no dijo nada, porque sabía lo que había detrás.

Los últimos restos de la tormenta se habían ido.

El sol brillaba en un cielo sin nubes. Hacía mucho calor. Sofía se había puesto a la sombra de un árbol. Miraba a los chicos que jugaban al fútbol, veía sus pies, que se movían deprisa, saltaban y volvían a caer sobre el suelo. Intentó recordar cómo era tener piernas de verdad. Pero no lo consiguió.

Rosa llegó por el camino.

Se detuvo y se secó el sudor de la cara. Sofía vio que las trenzas que le había hecho la noche anterior habían quedado bien.

Entraron.

La enfermera estaba sentada con un matamoscas en la mano. Señaló la puerta con la barbilla.

–Puedes entrar –le dijo a Rosa–. Está libre.

La puerta se cerró.

Sofía se sentó en el sofá de plástico roto. Tenía palpitaciones, casi le costaba respirar. Tenía la cabeza totalmente vacía.

No sabía cuánto rato estuvo allí sentada.

Al final, la puerta se abrió.

Rosa salió.

Tarde aquella noche, en realidad ya de madrugada, y con Rosa dormida, Sofía encendió su vela de estearina y se sentó en la cama a escribir en su diario.

No sé si estoy cansada, triste o asustada. O si estoy triste, asustada y cansada. O quizás asustada, cansada y triste. No sé qué es peor. Antes, cuando no sabía pero tenía esperanzas, tenía el estómago totalmente frío. Ahora me siento como si el frío estuviese en todo mi cuerpo. Incluso las piernas, que no sienten nada, están frías. Hoy el doctor Nkeka le ha dicho a Rosa que tiene esa enfermedad que se llama sida. Le ha explicado que es una grave enfermedad. Pero que puede vivir mucho tiempo si se cuida, si come muchas verduras, piensa en cosas alegres y lo hace todo como de costumbre, desde que se levanta por la mañana hasta que se acuesta por la noche. Escribo esto cuando ya es de madrugada. Las nubes hacen que no pueda ver la luna. Me siento sola. Y no sé qué es peor, el cansancio, el miedo o el hecho de que estoy tremendamente triste.

Sofía dejó el diario a un lado y apagó la vela.

La noche era sofocante. Muy lejos, a lo mejor desde Swazilandia, al otro lado de las montañas, se oía la tormenta como un lejano estruendo.

Sofía se quedó tumbada mirando la oscuridad de fuera.

Recordó a Rosa saliendo de la consulta del doctor Nkeka. Por un instante, a Sofía le había parecido ver alivio en la cara de su hermana. Pero había sido sólo un instante. Rosa se había acercado a ella y estaba completamente rígida, como si alguien la hubiese asustado. Antes de que tuviera tiempo de decir nada apareció el doctor Nkeka. Sonreía. Pero no era una sonrisa alegre. El doctor Nkeka estaba abatido.

–Sólo puedo lamentarlo –dijo–. Tu hermana tiene una grave enfermedad. Ahora debéis ayudaros mutuamente. Es lo único que se puede hacer.

Se marcharon del ambulatorio.

Las lágrimas caían por las mejillas de Rosa. Un llanto silencioso y aterrado. Sofía se detuvo, soltó las muletas y la abrazó. Rosa se volvió una niña muy, muy pequeña. No era aquella chica segura de sí misma, hermosa y distraída que la había

abandonado hacía unas noches en la tienda de Hassan.

–No quiero morir –susurró–. Ahora no, todavía no.

–No vas a morir –dijo Sofía–. Nadie va a morir, tú la que menos.

Sofía intentó aguantar.

Pero no tenía fuerzas. Ahora lloraba ella también. Las mismas lágrimas silenciosas. Era como si estuviese a cierta distancia y mirase hacia Rosa y hacia ella misma. Dos chicas, solas en el camino bajo el calor del sol, abandonadas por la vida.

–No vas a morir –dijo Sofía otra vez–. No vas a morir.

Al cabo de un rato siguieron caminando.

Rosa explicaba de manera intermitente, como si fuera tan difícil que se hacía casi insoportable, lo que el doctor Nkeka le había dicho. Le había pedido que se sentara, había movido unos bolígrafos de un lado a otro, como si no supiera por dónde empezar, y luego se lo había dicho directamente.

–Tu análisis de sangre muestra que tienes una enfermedad contagiosa que se llama VIH. ¿Sabes lo que es? ¿Has oído hablar de ella?

Rosa había negado con la cabeza.

–Es un virus que lleva a una enfermedad llamada sida. De eso debes de haber oído hablar.

Rosa había negado con la cabeza otra vez. Sabía lo que era el sida, Sofía se lo había contado. Pero era como si pudiera hacerse inmune negando saber nada.

El doctor Nkeka se lo había contado.

La enfermedad tenía muchas fases. Rosa se hallaba en algún punto de la mitad, sin que ella entendiese del todo lo que eso implicaba.

Después le había empezado a hacer preguntas difíciles.

Preguntas que nadie le había hecho antes. ¿Cuándo había estado con un chico por última vez? ¿Con cuántos chicos había estado? Rosa no había querido responder, había estado a punto de salir corriendo de allí. Pero el doctor se había mostrado resuelto. Y ella había contestado. Se había acostado con cuatro chicos. No más. Le preguntó si alguno de ellos estaba enfermo. No lo sabía. Él había continuado haciendo preguntas. Y ella las había respondido, ya que él no parecía estar enfadado ni le había recriminado nada.

Se había mostrado especialmente interesado en Steven.

Steven, que en realidad era de Sudáfrica y tenía veinticinco años. De los chicos que había conocido, el que más le había gustado. Pero de repente un día había vuelto a Sudáfrica y nunca más le había dicho nada. El doctor Nkeka dijo que creía que Rosa se podría haber contagiado a través de Steven.

Era la pregunta más difícil de todas.

Si habían utilizado algún tipo de protección cuando se habían acostado. Rosa negó con la cabeza. Apenas sabía lo que era.

El doctor Nkeka le había pedido que procurara que los chicos con los que había estado pasaran por el ambulatorio y dejaran una muestra de sangre. Era importante que nadie se contagiara innecesariamente, explicó el doctor Nkeka. Si uno no sabe si es portador de la enfermedad, tampoco sabe si la puede contagiar o no.

Después le había explicado en qué debía pensar.

Comer y dormir, vivir con normalidad, no preocuparse sin necesidad. Y quería que volviera a verle una vez al mes. Si se ponía enferma y si la diarrea no se le pasaba debería ir antes.

Al final le dio unas medicinas y le explicó cómo las debía tomar. Pero también le dijo que no sanaría con ellas. Sólo la podían ayudar a sentirse mejor.

Rosa se había parado en algún punto del camino.

—¿Tienes que morir si haces el amor? —preguntó—. Entonces, ¿qué sentido tiene vivir?

Sofía no tenía respuesta.

Continuaron en silencio.

Cuando pasaron por la tienda de Hassan, Rosa apartó la mirada. Sofía sabía que era allí donde había visto a Steven por primera vez.

Cuando sólo les quedaban unos cientos de metros para llegar a casa, Rosa se detuvo otra vez. Miró suplicante a Sofía.

–No se lo quiero explicar hoy a Lydia. No tengo fuerzas. ¿No puede esperar hasta mañana?

–Claro que puede esperar –contestó Sofía–. Pero Lydia preguntará. Algo tendremos que decir.

–¿Que el análisis aún no estaba listo?

–No –dijo Sofía–. No se lo creerá. El doctor Nkeka es un médico fiable. Si dice que algo estará listo un día, lo está.

Sofía vio que Rosa estaba a punto de llorar otra vez.

Parecía que fuera a desfallecer en cualquier momento.

–Le diremos que te duele la barriga –dijo Sofía–. Y que tienes que volver una vez más.

Rosa la miró agradecida.

Siguieron hasta casa. Lydia estaba allí esperándolas. Había vuelto más temprano de lo habitual de la *machamba*.

Estaba preocupada y observó a Rosa.

–¿Qué ha dicho el médico?

–Que me duele la barriga.

–Eso ya lo sabemos. ¿No ha dicho lo que era? ¿Si era grave?

–Rosa tiene que volver una vez más –dijo Sofía–. Además, ha dicho que no debía hablar tanto, sino descansar.

Lydia no preguntó nada más.

Rosa entró y se tumbó en la cama de Sofía. Se acurrucó en posición fetal, abrazándose las rodillas para mantener el pánico alejado. A Sofía le escocía el corazón de ver a su hermana. Todo le parecía aún tan irreal. Rosa iba a morir. No mañana, ni la semana siguiente. Pero algún día, demasiado pronto. La desesperación se hacía cada vez más fuerte dentro de ella. Era como si le estuviera subiendo la fiebre. El frío del estómago se convirtió en una brasa que la quemaba. Se sentó en silencio en el borde de la cama. Puso su mano sobre la cabeza de Rosa.

–No quiero morir –susurró Rosa.

–No –respondió Sofía en voz baja–. No vas a morir.

Rosa no quería comer nada.

–Voy a ver a Lydia –dijo Sofía–. Si no, empezará a preguntar.

Rosa no contestó. Estaba encogida en sí misma.

Sofía salió al jardín.

Había empezado a oscurecer.

Sofía miró a Lydia.

Pronto perdería a otra hija.

Pero aún no lo sabía.

De pronto Sofía se sintió invadida por una gran soledad.

Había perdido a seres queridos durante toda su vida. Primero fue su padre, a quien habían matado los bandidos. Él había regresado en un sueño para hablar con ella y enseñarle la isla en la que vivía. Pero eso no era suficiente. Lo necesitaba vivo, cerca, al lado de Lydia, junto al fuego.

Después fue María.

Ella también la visitaba, justo cuando los sueños se prolongaban un ratito más al amanecer.

Durante todo el camino a casa desde el ambulatorio Sofía había intentado recordar todo lo que Deolinda le había contado cuando estuvo en el hospital. ¿Cuánto tiempo podía vivir una persona con la enfermedad? Deolinda había oído hablar de personas, personas ricas en otras partes del mundo, que podían vivir prácticamente todo el tiempo que quisieran. Aquellos que tenían acceso a los medicamentos caros, los mejores médicos, la mejor vida. Pero no era el caso de Rosa. Sofía pensó que odiaba la pobreza en la que vivían. Pensó en todos aquellos que parecían tener dinero ilimitado y que pasaban al lado de los pobres en sus bonitos coches con ventanillas tintadas.

Sofía no sabía cuánto tiempo viviría Rosa.

Pero decidió que la defendería todo el tiempo y con todas las fuerzas que pudiera reunir.

Rosa no iba a morir. Viviría.

Cenaron junto al fuego.

Lydia sólo preguntó una vez si Sofía podía decir algo sobre lo que le pasaba a Rosa. Pero Sofía negó con la cabeza. No era fácil mentirle a Lydia. Pero ahora era necesario. Al día siguiente Lydia sabría lo que el doctor Nkeka había dicho. Sofía ya se angustiaba por cómo iba a reaccionar Lydia.

Se acostaron pronto aquella noche.

Cuando todo estuvo en silencio, Sofía sacó su diario. Escribió lo que pensaba y sentía.

Pero, más allá de las palabras, notó que había otra cosa, la más importante.

Una añoranza.

El no tener que estar sola ahora que Rosa estaba enferma.

El chico en el camino.

Si al menos existiera. Y la pudiese ayudar ahora, cuando más lo necesitaba.

El día siguiente fue tan difícil como Sofía se había imaginado.

Amaneció. Había pesadas nubes en el cielo, pero sin lluvia. Ya no se podía alargar más. Sofía sabía que Lydia estaba esperando. Se había despertado durante la noche porque Lydia estaba levantada. No solía estarlo. Sofía comprendía que era la preocupación lo que la había despertado.

Ahora había que decirlo.

Que Rosa tenía esa grave enfermedad de la que nadie, realmente, se atrevía a hablar.

Fue Rosa quien empezó.

Pero pronto Sofía le tomó el relevo, porque Rosa no lograba decir las cosas tal como eran. Acababan de desayunar. Lydia se estaba arreglando para ir a la *machamba*. Fue entonces cuando oyó lo que había pasado. Lo que el doctor Nkeka había dicho. Lydia se quedó inmóvil. Sofía intentaba decírselo de manera directa pero, al mismo tiempo, con la mayor delicadeza posible.

Un pensamiento revoloteó por su cabeza como un pájaro intranquilo.

«Soy demasiado joven para esto, tener que explicarle cosas tan difíciles a mi madre.»

Pero no había otro camino.

Rosa estaba demasiado asustada y confusa. Sólo quedaba Sofía para contarle a Lydia cómo estaban las cosas. Lydia dejó la azada a un lado. Faustino dormía en su espalda. Alfredo estaba sentado dibujando en la arena. Sofía sabía que escuchaba todo lo que decían. No había nadie que supiera escuchar como Alfredo. Probablemente, cuando se hiciera mayor también sería así. Alguien que escuchaba mucho y hablaba poco.

Lydia iba pasando la mirada de Rosa a Sofía.

–Tiene que haber alguna medicina –dijo.

–No –respondió Sofía–. Lo único que se puede hacer es vivir con normalidad.

De pronto, Lydia se enfadó con Rosa.

–Te lo dije –gritó–. ¿No lo hice? Que no salieras tanto por las noches. Luego pasa algo así. ¿No te lo dije?

Rosa bajó la mirada. Sofía intentó mirar a Lydia con severidad. No mejoraba las cosas que se enfadase con Rosa.

–Iremos a un *curandeiro* –dijo Lydia decidida–. Iremos al señor Nombora. He oído que puede curar esta enfermedad.

Sofía sabía quién era el señor Nombora.

Vivía en uno de los poblados que había hacia el Oeste. Delante de su casa había colgado un cartel que llamaba mucho la atención.

El doctor Nombora cura el sida mientras su hermano te arregla la bici estropeada.

Sofía no sabía qué decir.

Durante la larga temporada que había pasado en el hospital, tras el accidente con la mina, había hablado con muchos otros pacientes. Muchos de ellos habían acabado allí después de haber visitado a algún *curandeiro*. Habían ido al *curandeiro* en busca de remedio contra alguna dolencia. Pero no se habían curado. Al contrario, se habían puesto tan malos que habían tenido que ir al hospital.

Sofía les tenía respeto a los *curandeiros*.

Gente hechicera. También les tenía miedo. Podían ver cosas que otros no podían ver. Podían curar a personas y podían enfermarlas. Era peligroso hacerse enemigo de un *curandeiro*. Al mismo tiempo, no sabía cuánto había de verdad en todo aquello. En la escuela, a menudo, hablaban de que no había *curandeiros* que pudieran hacer cosas sobrenaturales. Sofía no estaba segura. Y Lydia creía tanto en los *curandeiros* como en los médicos como Nkeka.

–Mañana iremos a ver al señor Nombora –dijo otra vez.

Después miró a Sofía.

–¿Tienes todavía el dinero que te dio el señor Temba?

–Sí.

–Tendremos que usarlo para pagarle al señor Nombora.

Sofía dudó. No por el dinero. Más bien por si de verdad debían llevar a Rosa a ver

al señor Nombora. El doctor Nkeka había dicho que no existía ningún remedio.

–Quizá podemos esperar un poco –dijo Sofía vacilante. –¿Por qué íbamos a esperar?
Sofía no tenía una buena respuesta.

–Quiero ir a ver al señor Nombora –dijo Rosa–. Quiero ponerme bien.

Sofía comprendió que ya no valía la pena decir nada más.

Si Lydia y Rosa estaban decididas, lo que ella dijera importaba muy poco. Además, siempre había una pequeña posibilidad de que el señor Nombora pudiera realmente ayudar a Rosa. No se podía saber de antemano. Sofía sólo temía que Rosa fuera a ponerse peor. Si Nombora le daba alguna de sus botellitas de medicina de las que no se conocía el contenido.

La conversación se terminó.

Sofía sintió de pronto que se encontraba mal. Toda aquella intranquilidad que llevaba dentro quería salir. Se fue corriendo hasta un árbol y vomitó.

–¿Tú también estás enferma? –preguntó Lydia preocupada.

–Ahora estoy bien –dijo Sofía–. No tengo nada.

Pero Sofía vomitó varias veces aquel día.

Toda la angustia que tenía escondida dentro requería tiempo para salir.

Rosa quitó las malas hierbas.

Cantaba mientras dejaba que la azada abriera la tierra y liberara las plantas de maíz de malas hierbas. Sofía no había ido a la escuela por encontrarse mal. Cuando miró a Rosa pensó que su hermana estaba haciendo lo que debía. No se rendía. Intentaba trabajar. Y cantar. Tal como había dicho el doctor Nkeka. *Vivir con normalidad*. La vida para Rosa, la vida normal, era trabajar y cantar. No estar tumbada en el suelo dentro de la choza y llorar.

Lydia se había ido a la *machamba*.

Pero antes de irse les había contado a Sofía y a Rosa que por la mañana había

sucedido algo inesperado. Se reía por lo bajo, como si ella también fuera joven. Todas sentían que necesitaban interrumpir los pensamientos oscuros sobre la enfermedad de Rosa.

–Esta mañana he visto al señor Temba salir de la choza de la señora Mukulela –dijo.

Rosa y Sofía se interesaron enseguida. ¿De verdad había vencido el señor Temba la resistencia de la señora Mukulela?

–¿Te ha visto? –preguntó Rosa.

–Le di la espalda –dijo Lydia–. Pero será divertido ver si esta historia continúa.

–¿Qué aspecto tenía?

Era Rosa la que preguntaba. Sofía pensó que Rosa había conseguido reprimir por un momento los pensamientos sobre su enfermedad.

–Llevaba la camisa abierta –dijo Lydia, y volvió a reír a hurtadillas–. Una camisa azul. Me parece que era la que Sofía le arregló.

–Me dijo que iba a hacer una visita –dijo Sofía–. Pero no que fuera a visitar a la señora Mukulela.

En ese instante la señora Mukulela salió de su choza.

El señor Temba ya estaba sentado delante de su propia puerta trabajando con sus cestos. Lydia, Rosa y Sofía los miraban a escondidas. Oyeron cómo se daban los buenos días e intercambiaban algunas frases de cortesía acerca del tiempo.

–Hoy el señor Temba no discute por el gallo –dijo Sofía–. Pero esta noche ha sido horrible todo lo que ha cantado.

Luego se rieron juntas otra vez. Por un instante, Sofía tampoco pensó en la enfermedad de Rosa.

A mediodía, cuando Sofía estaba limpiando la máquina de coser, entró Rosa y se sentó en la cama.

–El doctor Nkeka dijo que debo ir con cuidado. ¿Qué querría decir con eso?

Sofía captó al instante lo que Rosa estaba pensando.

Que no podía estar con chicos de cualquier manera. Porque ahora se podían contagiar de ella, de la misma manera que ella había sido contagiada, quizá por Steven. Debía ir con cuidado y tenerlo en cuenta. Pero el doctor Nkeka también había dicho otra cosa. Que Rosa, si estaba con algún chico, por fuerza debía procurar que él usara preservativo.

Sofía no estaba segura de que Rosa supiera siquiera lo que era.

Se estiró hasta alcanzar una de sus bolsas de plástico en las que guardaba diferentes cositas. Unos meses antes les habían visitado en la escuela personas de la capital que iban de clase en clase hablando de la grave enfermedad y de cómo te podías proteger. Les habían enseñado un preservativo y entre muchas risitas en la clase habían explicado cómo se debía utilizar. Antes de irse, le habían dado un paquete de preservativos a todo el mundo. Al terminar la clase había muchos que los habían inflado como globos. Pero Sofía había metido el paquete en la mochila y se lo había llevado a casa.

Abrió el paquete, sacó un preservativo y trató de explicarle a Rosa. Sofía se dio cuenta de que se había ruborizado. No era fácil describir cómo se usaba un preservativo. En especial cuando es necesario hablar de ciertas partes del cuerpo del hombre.

–Si utilizas uno de éstos, lo que sale y tiene que entrar no puede –dijo Sofía.

–No lo entiendo.

–Ya me has oído. Si utilizas uno de éstos, lo que tiene que entrar sale pero no entra.

–Lo acabas de decir de otra manera. «Lo que sale y tiene que entrar no puede.»

–Es lo que he dicho.

–No es verdad. Has dicho «lo que tiene que entrar sale pero no entra».

–¡Es lo mismo!

–No lo entiendo.

–Sabes cómo se hacen los niños, ¿no?

–Claro que lo sé.

–Pero es lo que sale del hombre lo que puede llevar la enfermedad. Si utiliza uno de éstos no es peligroso.

–Yo ya estoy contagiada.

–Si lo que sale no entra, no puede entrar nada más.

–¿El qué?

Sofía meneó la cabeza. No sabía cómo explicarlo mejor.

–Lo importante es que no contagies a nadie –dijo–. Procura que se ponga esto. Te regalo el paquete.

Rosa se quedó sentada en la cama mirando a Sofía.

–¿Lo has hecho alguna vez? –preguntó.

Sofía negó con la cabeza. No sabía por qué se lo había preguntado Rosa. Si Sofía hubiese tenido novio, Rosa lo sabría.

Rosa salió con el paquete en la mano.

Sofía continuó con su máquina de coser. Deseaba que el día acabara pronto. Rosa seguiría enferma cuando Sofía se despertara a la mañana siguiente. Pero entonces, por lo menos, habría terminado el duro día en que se lo habían contado a Lydia.

«La vida es un enigma», pensó.

«¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?»

Tomó la decisión de volver a sentarse junto al fuego otra vez y observar las llamas. Como hacía cuando era más pequeña. A lo mejor la explicación a todo lo que era tan difícil estaba dentro de las llamas.

«Probablemente sea así», pensó.

«Que las llamas de la hoguera son mis mejores amigas.»

Había pasado otro mes.

Hacía un mes que Rosa sabía qué enfermedad padecía. Había llegado la época de las lluvias. A menudo Sofía se tenía que quedar en casa en lugar de ir a la escuela, porque no podía avanzar por el camino embarrado. Durante ese mes escribir en su diario se había convertido en una costumbre. Ahora le parecía que era igual de importante que comer y dormir.

El día en que se cumplía un mes que Rosa había salido de la consulta del doctor Nkeka, Sofía escribió:

Me he pesado hoy en la báscula de la señora Mukulela. Me pregunto si de verdad marca bien. Seguro que se rompe si la señora Mukulela se sube. Cuando Lydia está enfadada con ella suele asegurar que la señora Mukulela pesa 500 kilos. Pero yo pesaba 54 con ropa y piernas. Sin ellas pesaba 48. La señora Mukulela me midió con mi cinta métrica. Hoy mido 159 centímetros. La última vez que me midió dio 158 centímetros. (Ni siquiera quiero pensar cómo debo de ser de bajita sin piernas. Como una criatura, pequeña, más pequeña que Alfredo.) Rosa no se encuentra ni mejor ni peor. Por lo general tiene fuerzas para trabajar un rato cada día. A veces se queda tumbada o se sienta a la sombra y prefiere estar sola. Ha dejado de ir a la tienda de Hassan. Pero yo creo que echa de menos hojear sus revistas. Cada día, Lydia insiste en que vaya a ver a Nombora. Opino que debería dejarla tranquila hasta que Rosa lo decida por sí misma. Es ella la que está enferma, no Lydia. Lydia es una buena madre. Pero, de todos modos, espero ser un poco menos rezongona si llego a ser madre algún día. El chico del camino no ha vuelto. Ahora, cuando pienso en ello, ni siquiera sé si sólo fue un sueño o algo más. A veces puedo sentirlo dentro de mí. Aunque esté sola noto que me ruborizo. Este mes ha sido más largo que ningún otro. Todavía no entiendo cómo he hecho tan bien el examen de geografía. Y eso que sólo pienso en otras cosas. Pero la profesora Adelina es muy amable. Me pregunta a menudo cómo está Rosa. Cuando le expliqué qué enfermedad era, la profesora Adelina se puso a llorar. Después me dijo que tiene un hermano que está enfermo de lo mismo. Me dio un lápiz cuando me fui a casa aquel día. Es con el que escribo ahora. Preferiría tener un bolígrafo. Pero es demasiado caro, a pesar de que no cueste casi nada. Ayer Lydia llegó a casa y estaba enfadada. Aunque quizás estuviera más asustada. (Las personas pobres como nosotras casi no tenemos derecho a enfadarnos. Sólo a asustarnos.) Había llegado un hombre de la capital. Se había

bajado de un gran coche negro que tenía unas ventanas por las que no se veía lo que había dentro. Se llamaba señor Bastardo –un nombre adecuado–. Se había paseado por el campo de cultivo, sin molestarse en mirar dónde ponía sus grandes pies – Lydia dijo que era muy gordo–, y había dicho que a lo mejor compraba la tierra. Lydia y las demás mujeres habían intentado protestar y habían dicho que aquella tierra era suya. Y ¿de qué iban a vivir si no se la podían quedar? Entonces el señor Bastardo se había enfadado y había dicho que a él eso no le importaba. Después se había marchado. Lydia todavía tiene miedo de que alguien le quite la tierra. A veces creo que piensa en la tierra como en una piedra preciosa que alguien puede robar. Como si la tierra también se la pudieran llevar los ladrones. Aunque siga donde está. (Esto no lo he conseguido escribir lo bastante claro para entenderlo, ni siquiera yo. Pero no me apetece tacharlo y reescribirlo.) Ayer, cuando me miré en el trozo de espejo, me gustó mi cara por primera vez desde que Rosa se puso enferma. Es como si todo lo que pienso y siento hiciera que ni siquiera me guste mi propia cara. Pero ayer fue diferente. No sé por qué. Por la noche a menudo me siento a contemplar el fuego. Como hacía cuando era una niña. Ahora no miro en busca de secretos. Ahora intento obtener respuesta al enigma. ¿Por qué tiene que estar Rosa enferma? Me pregunto si algún día obtendré una respuesta. Lo más divertido que ha pasado este mes es que el señor Temba se ha mudado a casa de la señora Mukulela. Cada día se pelean por el gallo. Pero seguramente se gustan mucho el uno al otro.

Sofía escribía por la noche, cuando todos en la choza estaban durmiendo.

Tenía encendida su vela de estearina. La luz caía sobre la cara de Rosa, que estaba tumbada en el suelo. Pero no se despertaba. Sofía se había inventado un alfabeto secreto para cuando escribía sobre cosas que no quería que nadie leyera. Si moría y alguien encontraba su diario, algunas oraciones resultarían totalmente incomprensibles. El alfabeto secreto era sencillo. Si escribía una frase del tipo «a veces puedo sentirlo dentro de mí», en su alfabeto secreto era «seceavva odepuup olritnsees ortndeed edeed ímíím».

Sofía había intentado varias veces convencer a Rosa de que se pasara a la cama. Pero Rosa quería estar en el suelo. Estaba más fresco, le parecía. Una sola vez se había tumbado en la cama al lado de Sofía. Fue una noche en la que de repente había sentido mucho miedo por lo que iba a pasar. Que iba a morir.

Sofía dejó el cuaderno a un lado, apagó la vela y se puso cómoda. Las cigarras cantaban en la oscuridad. «Era como una orquesta que estuviera ensayando», pensaba

a menudo. Algún día, todas esas cigarras se pondrían de acuerdo y entonces habría concierto.

La habitación era sofocante.

La ventana estaba abierta. Sofía había arreglado la mosquitera rota con unos retales. Era época de malaria, ahora que llovía. Los mosquitos tan peligrosos nacían en los charcos de agua. Escuchó la lluvia que sonaba en la oscuridad. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza. Después se durmió.

A la mañana siguiente, Sofía se despertó sobresaltada.

Ya había luz fuera. Pocas veces dormía tanto. Miró el suelo. Rosa no estaba. Se sentó y comenzó a ligarse las piernas. Aquella mañana no tenía tiempo para hablar con María. No comprendía por qué había dormido tanto.

Llovía.

Las gotas repiqueteaban contra la techumbre. Cuando se hubo puesto las piernas se levantó y miró por la ventana. El camino estaba enfangado. Nada de escuela hoy. Suspiró y siguió vistiéndose. En la pared había una lagartija que la estaba mirando con sus ojos redondos y rígidos. Cuando estuvo lista salió y se quedó en la puerta. Rosa y Alfredo estaban en el cobertizo de la cocina. Lydia y Faustino no estaban. A pesar del tiempo, parecía que Lydia se había ido al campo. Cuando el tiempo era como hoy no podía hacer nada de trabajo. Sofía pensó de pronto que Lydia se había ido a vigilar su tierra. Para que ningún hombre llamado Bastardo llegara en su gran coche y se la quitara.

Alfredo la saludó con la mano.

Levantó una de las muletas y saludó de vuelta.

—¿Quieres comer? —gritó Rosa.

Alfredo se le acercó con un plato dando saltitos por el jardín mojado. Gachas de maíz. Estaban calientes y olían como debían. Rosa era buena cocinando.

Sofía sacó el taburete y se sentó a la puerta.

Siempre tenía hambre por las mañanas. Mientras comía se dio cuenta de que algo

estaba a punto de suceder. No sabía qué. Una sensación que crecía, que aparecía reptando dentro de ella. Después recordó que había tenido la misma sensación una vez antes. El día en que a Rosa se le cayó la azada por primera vez. Una sensación de que algo importante iba a ocurrir.

A Sofía casi se le atraganta la comida.

«Otra vez no», pensó espantada. «Que no sea algo terrible otra vez. No lo aguantaré.»

Pero parecía que la sensación era distinta, no tan fuerte. Además, oía una voz que le susurraba por dentro.

Nada horrible. Algo interesante, algo inesperado.

Llamó a Alfredo, que fue a buscar el plato vacío. Rosa se rió cuando estuvo a punto de resbalarse y caer sobre el suelo mojado y pegajoso. Sofía siempre prestaba atención a la risa de Rosa. Dividía sus vidas en días en los que Rosa se reía y días en los que no lo hacía. Los días vacíos eran siempre los días malos. Pero ahora Rosa ya se había reído pronto por la mañana.

«Algo inesperado», pensó Sofía.

«Algo interesante. Es justo lo que necesito para un día como éste, en que va a llover y llover y quizás el sol no salga hasta mañana.»

Se levantó del taburete y volvió a la habitación.

Se sentó en el borde de la cama con los libros de la escuela. Pensó en lo que harían en la escuela aquel día. Más que nada, matemáticas. A Sofía le gustaba contar. Estaba entre los mejores de la clase. A menudo, sus compañeros de clase iban a pedirle ayuda. Una vez que la profesora Adelina se encontraba mal y tuvo que irse a casa, había dejado a Sofía a cargo de todo. Tenía que calcular con sus compañeros. Había sido uno de los días más grandes en la vida de Sofía.

Algunas semanas antes, una noche que no sabía qué escribir en su diario, intentó

hacer una lista de los diez mejores días de su vida. El día en que la profesora Adelina la había hecho responsable estaba en el tercer puesto. En el puesto anterior estaba el día en que pudo caminar con sus prótesis por primera vez. Después de tantos meses tumbada en una cama. Y, luego, el mejor día de su vida. Cuando el Chico de la Luna había aparecido en el camino azul. Pero lo había escrito con su alfabeto secreto. A nadie le importaba qué día había sido el mejor.

Algún día también haría una lista de los diez peores días de su vida. El día en que pisó la mina y María murió estaría en el primer puesto, sin duda. Y, luego, el día en que se despertó en el hospital con terribles dolores y se dio cuenta de que no tenía piernas.

Había mucho donde escoger cuando se trataba de la lista mala.

Podía ser casi infinita.

Sofía leía y calculaba.

Varias veces oyó a Rosa reírse en el cobertizo de la cocina. Cada vez, algo caliente la recorría por dentro.

De repente, Rosa se presentó en la puerta.

Tenía un paquete en la mano. Algo que estaba envuelto en papel azul.

–Para ti –dijo.

–¿Qué es?

–No lo sé.

–¿Quién te lo ha dado?

–Una chica que entró en el jardín. Dijo que era para ti. Ropa para arreglar.

–¿Cómo se llamaba?

–Fransina.

–¿Qué más?

–No lo ha dicho.

–Entonces, ¿cómo voy a saber para quién es?

–Dijo que lo sabías.

Sorprendida, Sofía dejó a un lado los libros y abrió el paquete. Y se quedó sentada. Inmóvil. Rosa la miró.

–¿Qué es?

–Nada –dijo Sofía–. Ve a mirar que Alfredo no se escape.

Rosa salió.

Sofía miró la ropa del paquete. No se creía que fuera verdad. Después cogió el jersey que estaba encima del todo y se lo llevó a la cara.

Olía a canela.

Por la noche Sofía no pudo dormir.

Pero ahora no era porque estuviera intranquila. Esta vez eran la alegría y la expectación las que la mantenían despierta. Durante las largas horas en las que inútilmente intentaba dormirse, a veces ocurría que se avergonzaba. No debería sentirse contenta ahora que Rosa estaba enferma y que quizás un día no estuviera ya allí.

Pero no lo podía evitar.

El paquete con la ropa que olía a canela. El Chico de la Luna había vuelto. Al menos le había enviado un mensaje. Caviló sobre quién era realmente, pero no pudo resolver el enigma. Aunque, a pesar de todo, lo más importante era que no había sido sólo un sueño. Él estaba en algún lugar. Y le había enviado un paquete con ropa que quería que ella le arreglara. Eso significaba que iría a buscarla un día. O que enviaría a la chica que se llamaba Fransina. Ella le diría quién era el chico.

Sofía había revisado la ropa del paquete.

Jerséis, dos camisas y un par de pantalones con agujeros en una de las rodillas. No era muy difícil arreglar lo que estaba roto. Si hubiese tenido hilo en casa habría empezado aquella misma noche. Pero el último que tenía se había acabado después de coserle las camisas al señor Temba.

Estuvo dando vueltas en la cama, hora tras hora, sin poder dormir.

Había dejado de llover. Las ranas y los saltamontes croaban y chirriaban fuera en la oscuridad. Un pájaro nocturno pasó volando y graznando. Después se hizo el silencio otra vez. Al final, Sofía ya no quería seguir dando vueltas en la oscuridad. Se incorporó, se sujetó las piernas, se puso un vestido y salió de la habitación.

Lydia roncaba.

Sofía se rió por dentro: no había nadie que roncara como Lydia. Abrió la puerta con cuidado y salió. El patio estaba pegajoso y resbaladizo. Se alejó tan sólo unos pasos de la choza, vigilando en dónde ponía los pies. La manta de nubes se había abierto. La luna no estaba en absoluto llena. Pero lo suficiente como para que la luz azul brillara en la noche.

Sofía miró hacia el camino.

Estaba vacío. Pero tampoco había esperado que él estuviera allí. Le había enviado un paquete. Un día iría a recoger la ropa. Aunque no fuera en persona, Sofía descubriría quién era.

Primero le había puesto de nombre Sergio.

Y luego Zé. Se preguntaba cómo se llamaría en realidad.

Lydia había dejado de roncar.

La puerta se abrió. Lydia apareció como una sombra azul con una tela enrollada al cuerpo.

–¿Qué haces? –preguntó.

–No podía dormir.

–He tenido un sueño muy raro –dijo Lydia–. Todo era tan confuso. He soñado que llegaba a la *machamba* una mañana y que había un montón de monos sentados mordisqueando mis hortalizas. Cuando intentaba ahuyentarlos, de repente les salían alas y se iban volando. A veces me pregunto de dónde salen todos estos sueños locos.

Lydia bostezó.

Después miró a Sofía. Al principio pensativa, luego con una sonrisa.

–Casi parece que estés enamorada –dijo–. ¿Puede ser? Si es así, eso explica por qué no puedes dormir. A veces, yo tampoco podía cuando tenía tu edad.

Sofía no respondió. Lydia repitió la pregunta.

–¿Estás enamorada o no?

–No.

–Yo pensaré lo que quiera. Pero no voy a preguntar nada más. Si no quieres, no lo cuentes.

Lydia bostezó otra vez.

Después estalló en carcajadas.

–Recuerdo cuando tenía tu edad –dijo–. Y justo acababa de conocer al que sería tu padre. Entonces yo tampoco podía dormir por las noches.

Sofía hubiera preferido estar a solas con sus pensamientos.

Casi se irritó cuando salió Lydia. Pero ahora que comenzaba a hablarle de su padre, se despertó su interés.

–¿Cómo fue? –preguntó.

–¿Qué?

–Cuando conociste a mi padre.

–Tenía la misma edad que tú. No se puede decir que fuera especialmente guapo. Además, siempre le entraba hipo cuando se ponía nervioso.

–¿Hipo?

–Como los viejos cuando han bebido demasiado. O sea que no se puede decir que fuera un príncipe azul. Pero me gustaba de todos modos. Desde el principio.

–¿Por qué?

–Era bueno. Y nunca tuve que preocuparme de que yo no le gustara. Era lo más importante. Y su padre tenía algunas vacas y bueyes. O sea que no era muy pobre.

Nada de lo que Lydia le estaba contando lo había oído antes Sofía.

Tampoco se habría imaginado nunca que Lydia hubiera sido una vez igual de joven que ella.

–Cuando tenías nuestra edad, ¿a quién te parecías más? –le preguntó—. ¿A mí, a Rosa o a María?

Lydia lo pensó un momento antes de contestar.

–Supongo que María y tú os parecéis más a vuestro padre –dijo—. Rosa y yo tenemos la misma cara.

–Entonces, de joven debiste de ser guapa.

Lydia clavó la mirada en Sofía.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿No crees que todavía sea guapa?

–No quería decir eso.

Lydia se rió.

–Entiendo lo que quieres decir. El tiempo pasa tan deprisa, la vida sale corriendo y de repente estás a punto de agotarte. Pero recuerdo cuando conocí a tu padre. La primera época. Entonces yo tampoco podía dormir por las noches.

Sofía miró a Lydia a la luz de la luna.

Era como si viera a su madre de manera diferente. En algún lugar, detrás de todas

las arrugas y todo el trabajo duro, estaban las huellas de alguien que una vez había sido muy joven.

–Fue la mejor época de mi vida –dijo–. Aparte de cuando nacieron mis hijos. Ser joven y estar enamorada. Entonces la vida es un regalo fantástico.

Sofía quería saber más de su padre.

Pero Lydia negó con la cabeza. Tenía que irse a dormir si quería aguantar el largo día que le esperaba en la *machamba*. Además, iba a acompañar a Rosa al *curandeiro* Nombora. Sofía todavía no sabía qué opinar al respecto. Pero a la vez no importaba lo que ella pensara. De todos modos iba a hacerse lo que Rosa y Lydia desearan.

Lydia fue a acostarse.

Enseguida se puso a roncar otra vez. Sofía pensó que debía acordarse de apuntar en el cuaderno lo que Lydia le había contado sobre su padre. Pero también lo que había dicho de estar enamorada: «Entonces la vida es un regalo fantástico».

Al día siguiente escribió en su diario:

Anoche no podía dormir. Salí. Ranas. Vino Lydia. Habló de papá. Cosas que yo no sabía. Si me miro en el trozo de espejo puedo ver su cara. Lo dijo Lydia. Me parezco a él. María también. Luego Lydia explicó que cuando estás enamorada la vida es un regalo fantástico. Pero no dijo de dónde venía ese regalo. Otro enigma del que buscaré la respuesta entre las llamas.

Sofía avanzó con cuidado por el patio.

Se sentó en cuclillas e hizo pis.

Había aprendido a apoyarse en las muletas y dejar una pierna estirada para no caerse. Después se impulsaba para levantarse. Sofía tenía los brazos fuertes.

Continuó hasta el camino.

«En algún punto empieza un camino», pensó. «Y en algún punto termina. Las personas que construyen caminos deben de ser felices. Pueden ver lo que hay detrás de todas las montañas.»

Después se sobresaltó.

Se quedó rígida. Delante, a tan sólo un metro de sus pies, había una serpiente. Al principio pensó que era una rama. Pero enseguida vio lo que era. Una serpiente. Y estaba viva. Contuvo la respiración. Sabía que las serpientes no veían demasiado bien. Por eso había que estar totalmente quieto si tenías una cerca. Pero era más fácil saber lo que se debía hacer que hacerlo. Sofía sólo quería dar un salto hacia atrás y luego alejarse corriendo.

La serpiente no se movía.

Era negra, de casi dos metros de largo. Sofía comprendió que era una cobra. Podían matar a una persona con su picadura. Sofía tenía miedo. Pero se obligó a permanecer inmóvil. Si se movía, la podía picar con la velocidad de un rayo.

¿Qué podía hacer?

No lo sabía. Sólo quedarse quieta y esperar a que la serpiente se deslizara lejos de allí.

Ahora se estaba moviendo.

Sofía esperaba que no oyera lo rápido que le latía el corazón. Después se detuvo otra vez. De repente Sofía vio que la serpiente formaba una figura. Una letra. La letra «N».

«Nombora», pensó.

«La serpiente ha reptado hasta aquí para decirme que Nombora está esperando.»

En realidad no quería creer que las personas, ni siquiera si se trataba de hechiceros, pudieran tener serpientes como mensajeros. Pero tampoco estaba del todo segura. La serpiente volvió a moverse. Esta vez se arrastró hasta desaparecer en la hierba que había junto al camino. Sofía respiró hondo.

«Nombora está esperando a Rosa», pensó.

«Tiene que ser eso.»

A la mañana siguiente Alfredo estaba enfermo.

Le dolía la barriga. Lydia se quedó en casa en lugar de ir a la *machamba*.
–Tendrás que ir con Rosa a ver a Nombora –dijo.

Sofía no había dicho nada de la serpiente con la que se había topado la noche pasada.
¿Acaso Nombora había hecho enfermar a Alfredo para que Lydia no pudiera ir? Sofía no lo sabía.

Poco después de las diez, Rosa y Sofía se fueron.

El cielo estaba despejado.

A Sofía le preocupaba el encuentro con Nombora.

El diario de Sofía. (Entonces todavía no sabía que sería ella la que acompañaría a Rosa a ver a Nombora.)

Escribo esto por la mañana antes de que Rosa se haya despertado. Esta mañana el gallo de la señora Mukulela no ha cantado. ¿O estaba tan dormida que no me he despertado? No lo sé. Quizás el señor Temba ha cumplido sus deseos y se ha cargado el gallo. Lo voy a echar de menos. ¡Qué raro que se pueda echar en falta algo que siempre te ha irritado! Cuando me he despertado me sentía triste y alegre a la vez. Sé que he soñado con algo esta noche, pero no lo recuerdo. Lo primero en lo que he pensado ha sido en la serpiente. A lo mejor he soñado con ella. Debería contar que la vi, al menos a Lydia. Pero sólo me preguntará qué estaba haciendo en el camino. Es mejor que no le diga nada. Dejo de escribir. Hoy es uno de esos días en los que no tengo nada en absoluto que contarme a mí misma.

Hacía calor y humedad.

Rosa y Sofía marchaban por el camino que llevaba al poblado en el que vivía el señor Nombora. Ambas sudaban. Sofía comprobó que el dinero que llevaba para darle al señor Nombora estaba bien escondido dentro de su blusa.

Costaba trabajo caminar junto a Rosa.

Cambiaba de ritmo constantemente. Unas veces, casi corría, otras, sus pasos eran cortos y lentos. Pero Sofía no decía nada. Comprendía que Rosa estuviera preocupada por la cita con el señor Nombora. Con los hechiceros nunca se sabía. Podían ser amables. Pero también podían gruñir y gritar. A veces podían darles bofetadas a las personas enfermas para que se curaran.

De repente Rosa se detuvo y se secó el sudor de la frente.

–¿Qué hacíais tú y Lydia anoche? –preguntó.

–¿Nos oíste?

–Me desperté. Estabais hablando en el patio.

–Tuve que salir a hacer pis. Estuvimos allí unos minutos mirando la luna.

–¿Hablabais de mí?

La pregunta fue rápida y contundente. Rosa bufó cuando la hizo. No pasaba casi

nunca.

–¿Por qué íbamos a haber hablado de ti?

–Porque susurrabais.

–No susurrábamos. Sólo lo parecía porque estábamos fuera.

Rosa siguió bufando.

–¿Qué dijisteis de mí?

Sofía era totalmente sincera.

–No hablamos de ti.

–Hablabais de mí. De que voy a morir. Pero estáis equivocadas. No voy a morir. Voy a vivir más que cualquiera de vosotras. El señor Nombora me va a curar. Lo pone en su cartel.

Sofía se quedó estupefacta con la rabia de Rosa.

Tardó un rato en comprender que Rosa no sólo estaba desesperada. Realmente, lo que decía lo decía en serio. Creía que el señor Nombora la iba a curar.

Luego Sofía dijo algo de lo que se arrepintió.

–¿Por qué te tienes que enfadar tanto?

Rosa se le acercó.

–Si tú estuvieras enferma como yo, ¿no te enfadarías?

Sofía deseó no haber formulado nunca esa pregunta.

Pero no le dio tiempo a decir nada. Rosa le dio un empujón para que cayera al suelo. Después le cogió las muletas y las lanzó tan lejos como pudo.

–¡Al menos estoy contenta de no ser como tú! –gritó–. Que te tienes que arrastrar si no tienes las muletas debajo de los brazos.

Sofía se quedó paralizada.

Nunca antes había ocurrido que Rosa le pegara. No la había empujado, había sido realmente un golpe. Se habían peleado más veces anteriormente. Pero nunca de esta manera.

Sofía comprendió que Rosa la odiaba.

Justo en ese momento, cuando le tiró las muletas lo más lejos que pudo, era odio lo que sentía. No lo había entendido hasta ahora. Rosa tenía tanto miedo a morir que

necesitaba encontrar a alguien a quien odiar. Alguien que siguiera vivo cuando ella ya no estuviera.

Rosa estaba de pie mirando a Sofía en el suelo.

«Ahora yo soy la serpiente», pensó Sofía. «La serpiente que Rosa acaba de intentar matar.»

Rosa se dio la vuelta y empezó a caminar.

Sofía cruzó el sendero a rastras, avanzando por entre la hierba, hasta donde había caído una de las muletas. Entonces se pudo poner de pie y buscar la otra.

El camino estaba vacío.

Rosa había desaparecido detrás de una cuesta. Sofía se preguntaba qué debía hacer. ¿Quedarse o seguirla? Todavía estaba compungida por lo que acababa de pasar. Pero Lydia le había pedido que la acompañara a ver a Nombora. Además, era Sofía la que llevaba el dinero.

Comenzó a caminar.

Al llegar a lo alto de la cuesta vio a Rosa. Estaba sentada en la parte de abajo, sobre una piedra, con la cabeza apoyada en las manos y meciéndose adelante y atrás. A Sofía le brotaron lágrimas de los ojos. «Una persona que está tan enferma como Rosa, también está sola», pensó. «No ayuda que Lydia y yo estemos aquí. O Alfredo y Faustino. Rosa está sola igualmente.»

Era importante saberlo.

Cuando vas a morir estás solo. Debía recordarlo y anotarlo en su diario.

Se acercó a Rosa.

–No digas nada –dijo Sofía–. No hace falta.

–No sé por qué lo he hecho.

–Cuando descubrí que no tenía piernas le aticé a una de las enfermeras.

Después Sofía avisó a Rosa.

Si no se daban prisa, a lo mejor el señor Nombora no la recibiría.

El señor Nombora vivía en una choza que estaba rodeada de una valla alta y amenazadora. Estaba hecha de planchas metálicas y enredaderas con pinchos. En lo alto del portón había un cráneo de mono.

Cuando entraron en el patio, Sofía notó que Rosa le agarraba la mano. Todo estaba quieto y en calma allí dentro. Aun así se percibía cierta tensión, como si hubiesen entrado en otro mundo. Algunas mujeres estaban machacando maíz con un gran mortero de madera, había críos correteando y jugando.

A la sombra de un árbol, sentado en un taburete alto, estaba el señor Nombora.

Se puso de pie lentamente cuando las vio. De pronto todo se detuvo. Los críos ya no jugaban y las mujeres dejaron de machacar el maíz. El señor Nombora era alto y fuerte. Tenía unos ojos rojos que parecían atravesar a la gente. Señaló una alfombra de color rojo oscuro y con flecos extendida sobre el suelo. Rosa se sentó. Un hombre más joven llegó corriendo con el taburete. Nombora se despatarró sobre él con su cuerpo pesado. Se ató algunos penachos en la cabeza. En la mano tenía un bastón con pelo de animal.

Después comenzó a hablar entre dientes.

Al mismo tiempo mecía su cuerpo. De repente, señaló a Sofía, que ya había sacado el dinero que llevaba consigo. Sin ver cuánto había, lo cogió y se lo metió debajo de la camisa. En algún lugar comenzó de pronto a retumbar un tambor. Una mujer que llevaba una peluca de color amarillo pálido atada con una cinta a la cabeza comenzó a bailar. Los pies repicaban contra el suelo.

Estuvieron así casi media hora antes de que el señor Nombora de repente se pusiera a caminar a cuatro patas por la alfombra. Murmuraba todo el rato. Sus palabras eran incomprensibles. A veces era como si las bufara. Todo el tiempo le soplaba aire a Rosa. Sofía sabía lo que estaba pasando. El señor Nombora estaba expulsando los malos espíritus que se escondían en el cuerpo de Rosa. Era eso lo que la hacía estar enferma. Nada de bacterias, nada de virus. El señor Nombora soplaba y escupía, murmuraba y daba golpes a su alrededor con los brazos, como si hubiese malos espíritus por todas partes en el aire.

Rosa estaba completamente quieta.

Tenía los ojos cerrados. Sofía se imaginaba lo que estaba pensando. *Deja que sea*

verdad que el señor Nombora me puede curar. Ya no había sólo un tambor, retumbaban por todos lados, y alrededor de la alfombra había mujeres bailando, pisando y pataleando.

Luego se acabó.

El señor Nombora se sentó en el taburete otra vez, le dio unos tragos a una botella marrón e hizo muecas.

–Tienes muchos malos espíritus en el cuerpo –dijo–. Ahora los he echado. Pero no sé si he podido con todos. Si no te sientes mejor tendrás que volver otra vez.

De pronto todo estaba como antes.

Las mujeres siguieron machacando el maíz y los niños empezaron a jugar de nuevo.

Rosa y Sofía salieron por el portón.

–¿Notas algo? –preguntó Sofía.

–No lo sé.

Continuaron en silencio.

Sofía se preguntaba qué pensaba realmente de lo que había pasado. ¿Malos espíritus? ¿De verdad existían? ¿Eran las enfermedades algo a lo que algunas personas exponían a otras por pura maldad? Le costaba creerlo. Pero era mejor no decir nada. Ni a Rosa ni a Lydia. Las dos creían que era así. Y Sofía tampoco lo podía saber. Quizá fuera cierto. Quizá no. Pero podía desearlo. Siempre que Rosa se pusiera bien, podía aceptar que hubiera malos espíritus.

Anduvieron el largo camino hasta casa.

Sofía notaba que le empezaba a doler donde las prótesis se sujetaban a lo que le quedaba de piernas. El dolor siempre aparecía cuando caminaba mucho. «Pero me libro de las ampollas en los pies», pensó. «Al menos hay algo bueno en no tener piernas.»

Sofía decidió irse a dormir temprano aquella noche.

Estaba cansada. Al día siguiente tenía que pensar en la escuela. Pero nada sucedió

como había esperado.

Cuando llegaron a casa se encontraron a Lydia alterada y hablando más rápido de lo normal. El señor Bastardo había llegado en su gran coche y le había gritado que ahora la tierra era suya y que mandaría a la policía contra ella y las demás mujeres si no se iban.

Lydia estaba desesperada.

–No puede hacerlo –dijo–. ¿De qué vamos a vivir?

Ni Rosa ni Sofía tenían respuesta para eso.

Esa noche, Sofía tampoco pudo dormir muchas horas.

Era como si lo difícil nunca tuviera fin.

Sofía tampoco fue a la escuela al día siguiente.

Empezó a preocuparse por lo que diría la profesora Adelina. Pero Lydia le había pedido que se quedara en casa.

–Tú hablas tan bien –dijo–. Quiero que me acompañes mañana a la *machamba*. Si el señor Bastardo ha hablado con todas las mujeres que tienen tierras habrá muchas que estén irritadas. Tienes que ayudarnos.

«Soy demasiado pequeña», pensó Sofía.

«Además, no tengo piernas. Los problemas de Lydia son demasiado grandes para mí. Rosa está enferma. Y yo quiero ir a la escuela. ¿Por qué no hay nadie más que pueda ayudar a Lydia?»

Aquella noche estuvieron despiertas hablando hasta muy tarde.

Rosa también estaba. Le contó a Lydia lo que había pasado en casa del señor Nombora.

–¿Te encuentras mejor? –preguntó Lydia.

–Creo que sí.

Sofía se preguntaba si era verdad. Pero no dijo nada.

Después hablaron del señor Bastardo.

Lydia no sabía nada de él. Pero corría el rumor de que era un hombre de negocios de la capital, muy rico. Lydia volvía siempre al mismo asunto.

–¿Por qué no nos puede dejar tener en paz nuestros pequeños huertos? ¿De qué vamos a vivir si nos los quita?

Sofía propuso que Lydia fuera a hablar con el jefe del poblado. Lydia dijo que era muy pronto. Además, no debía ir allí sola. Las otras mujeres también tenían que ir.

–¿De verdad se le puede quitar la tierra a la gente así como así? –preguntó Sofía.

–¿A quién le importa lo que nosotras digamos? Nosotras, que somos pobres –era la pregunta con la que respondía Lydia.

Rosa se fue a dormir.

–¿Tú qué crees? –preguntó Lydia casi suplicante cuando Rosa se hubo metido en la choza–. ¿Verdad que ha sido bueno que fuera a ver al señor Nombora?

–Esperemos que sí –contestó Sofía esquivada.

Rosa estaba cansada cuando se fue a dormir.

«Demasiado cansada», pensó Sofía. El frío en el estómago había vuelto.

El fuego se consumía poco a poco.

Lydia se metió en su habitación. Sofía se quedó junto al fuego, sopló las brasas para que crecieran las llamas otra vez. Buscaba en el fuego respuestas a todas las preguntas enigmáticas que se le habían juntado en la cabeza. ¿Por qué tenía Rosa que haber enfermado? ¿Por qué le pasaba a los pobres y no a los demás?

Pero el fuego no daba ninguna respuesta.

El fuego estaba mudo. Al final, el fuego también se quedó dormido, pasó a convertirse en brasas que se extinguían poco a poco.

Sofía se desnudó y se metió en la cama.

Rosa dormía en el suelo, a su lado. Sofía notó que respiraba intranquila. Encendió la vela de estearina y sacó el cuaderno y el lápiz que tenía debajo del cojín. Pero estaba demasiado cansada para escribir. En lugar de eso intentó hacer un dibujo. El lápiz casi se deslizaba sólo sobre el papel.

Después vio que había intentado retratar a Lydia.

Pero no había salido bien. Lydia parecía un animal. Los ojos eran finos como rayas, la frente demasiado alta.

Sofía suspiró, guardó el cuaderno y apagó la vela.

Pero no podía dormir.

Los pensamientos revoloteaban, no la dejaban reposar. Rosa, Bastardo, Nombora. De aquí para allá. Todo estaba dentro de su cabeza. Intentó pensar en otra cosa. En el chico que un día iría a buscar la ropa que le había enviado para que se la arreglara.

Pero no conseguía mantener los pensamientos. Enseguida aparecía el señor Bastardo molestando. Y, si no, era Rosa, a la que se le caía la azada. Rosa gimoteó en sueños. Sofía se preguntó qué estaría soñando. Y pensó en lo que había pasado aquel día. Que Rosa la había tirado al suelo y le había apartado las muletas. El recuerdo le escocía. Cuando pensó en ello se enfadó. ¿No había límites para lo que se podía permitir a una persona? Aunque padeciera una grave enfermedad uno no se podía comportar de cualquier manera. ¿O sí?

Sofía continuó moviéndose y dando vueltas en la cama.

Cuando el gallo de la señora Mukulela se puso a cantar se estaba quedando dormida. De modo que el señor Temba no se había cargado al gallo. Se acurrucó en la cama y se obligó a dormir. Pero al instante volvían todos los pensamientos alarmantes y la arrancaban del sueño.

Aquella mañana acompañó a Lydia a la *machamba*.

Rosa se quejó de dolor de barriga. Pero prometió que, de todos modos, vigilaría a Alfredo y a Faustino mientras Lydia y Sofía estuvieran fuera.

Los campos estaban dispuestos como pequeños cuadrados sobre un llano situado ligeramente al sur del poblado.

Cuando Lydia y Sofía llegaron, ya había un grupo de mujeres sentado en el suelo junto al pozo que surtía de agua a todos los campos. Había incluso algunos hombres. Sofía conocía a la mayoría de las mujeres. Se reían a menudo, aunque estuvieran enfadadas o preocupadas.

Sofía no se había topado con muchas personas ricas e importantes a lo largo de su vida.

Aunque con las suficientes para preguntarse por qué las que eran pobres se reían mucho más que las que eran ricas. ¿Había que estar enfadado por tener un gran coche, una gran casa y mucho dinero? Era otro enigma que lanzaría al fuego para ver si obtenía alguna respuesta.

Los allí reunidos estaban nerviosos.

El señor Bastardo había estado dando vueltas en su gran coche y había amenazado a todos de la misma manera. Si no se marchaban les enviaría a la policía.

Aseguraba que había comprado el terreno y que iba a empezar a utilizarlo. Sin embargo, nadie sabía para qué. Una de las mujeres había oído que también había comprado el terreno que estaba más allá de los campos. Allí la tierra era mala y no servía para cultivar.

Sofía escuchó la conversación.

Se hicieron muchas propuestas.

Pero al final todos se pusieron de acuerdo en que irían juntos a hablar con el jefe del poblado, que se llamaba Ngonga, para exigirle que impidiera que el señor Bastardo les robara la tierra.

–El señor Ngonga también come de las hortalizas que nosotras cultivamos aquí –dijo una de las mujeres, que tenía una voz estridente y potente.

Después se inició una discusión sobre si se podía confiar en el señor Ngonga o no. Quizás el señor Bastardo le había dado dinero para que no protestara por la tierra robada. Cosas así ya habían pasado antes. Pero muchas de las mujeres, entre ellas Lydia, sostenían que el señor Ngonga era un buen hombre que nunca haría nada similar. Y, además, ¿cómo podía haber comprado el señor Bastardo una tierra de la que las mujeres tenían papeles? ¿Quién podía haber vendido tierras de otro? Las insinuaciones sobre quién lo podría haber hecho volaban por todas partes.

Sofía escuchaba.

Había dejado de pensar en la escuela. Éste era otro tipo de escuela, escuchar cómo discutían las mujeres. Aunque fueran pobres, de tontas no tenían nada. Sofía pensaba que casi nunca, o nunca antes, había oído tantas ideas inteligentes. En general, hablaban más las mujeres. Los hombres permanecían callados. Sólo de vez en cuando alguno de ellos hacía un comentario. «La tierra y los campos eran territorio de las mujeres», pensó Sofía. «Es de su trabajo del que incluso los hombres sacan la comida.»

De repente la conversación cesó.

Una mujer pequeña y delgada que se llamaba Rut miró a Sofía.

–Tú vas a la escuela –dijo–. Tú sabes leer y escribir. Casi ninguna de nosotras sabe. ¿Qué crees que debemos hacer?

Sofía meneó esquivando la cabeza.

–No tengo nada que decir –contestó.

Lydia se disgustó.

–Algo podrás decir, ¿no? Si no, ¿para qué vas a la escuela?

Sofía se enfadó. Pero no lo mostró. A veces, Lydia podía decir cosas malas que en realidad no pensaba.

–Opino que hacéis lo correcto. Hablad con el señor Ngonga. Si quiere tener comida mañana tendrá que impedir que el señor Bastardo robe la tierra.

–En caso contrario, tendremos que defenderla –dijo una de las mujeres, que había estado callada hasta entonces–. Tendremos que venir aquí por la noche. Si no, a lo mejor aparece con máquinas grandes y destroza todo lo que hemos sembrado.

Sofía se unió al desfile de mujeres y hombres que se dirigía a la casa del señor Ngonga. Las piernas le escocían y le dolían. Le suponía un esfuerzo tan grande hacer el largo camino que comenzó a sangrar por la nariz. Se arrancó dos trozos de la *capulana*^[4] y se los metió en la nariz.

Se detuvieron delante de la casa del señor Ngonga.

El señor Ngonga les había oído llegar, porque iban cantando.

*Queremos quedarnos con nuestra tierra,
de qué vamos a vivir si no,
el señor Bastardo viene en su gran coche,
queremos quedarnos con nuestra tierra...*

Una y otra vez, la misma estrofa.

Lydia y algunas mujeres más empujaron a Sofía delante del todo. ¿Tenía que hablar ella? No se lo esperaba. Además, parecía estúpido. ¿De verdad iba a escuchar en serio el señor Ngonga a una chica que llevaba dos trozos de tela metidos en los agujeros de la nariz?

–Que hable otra –pidió Sofía.

–Tú eres la que mejor lo hace –dijo una de las mujeres, que se llamaba Joana.

Sofía se apoyó en las muletas.

El señor Ngonga la miraba amablemente.

–Sofía –dijo–. Sofía Alface Fumo. Has crecido desde la última vez que te vi.

¿Qué queréis? Os he oído cantar sobre alguien que se llama señor Bastardo. Y sobre vuestra tierra.

Sofía se lo explicó.

El señor Ngonga escuchaba en silencio. Sofía oía cómo las mujeres cuchicheaban y mascullaban animándola a su espalda.

Sofía se calló.

El señor Ngonga se rascó la calva coronilla.

–Nadie os quitará vuestra tierra –dijo–. Voy a averiguar quién es el señor Bastardo y cómo es que asegura haber comprado el terreno. Os prometo que nadie os va a quitar vuestra tierra.

Las palabras del señor Ngonga fueron recibidas con júbilo por parte de las mujeres.

Algunas empezaron a bailar delante de él.

–Ya te dije que hablas bien –dijo Lydia con orgullo.

–Lo que he dicho lo podías haber dicho tú también –contestó Sofía–. Probablemente, mucho mejor.

Las mujeres regresaron a sus *machambas*.

Sofía se fue a casa. Ya era tarde. Estaba cansada. Pero la nariz le había dejado de sangrar.

Cuando Sofía llegó a casa, Alfredo estaba sentado dibujando en la arena. A su lado, sobre un trozo de tela, estaba Faustino durmiendo.

–¿Dónde está Rosa? –preguntó Sofía sorprendida.

Alfredo señaló la choza.

Sofía entró.

Sobre el suelo, al lado de la cama, yacía Rosa tumbada y mirando a Sofía con ojos asustados. Sofía le tocó la frente. Estaba caliente. Además descubrió que tenía una herida junto a la oreja.

El frío en el estómago de Sofía volvió al instante.
La visita al señor Nombora no había servido.

Rosa estaba más enferma de lo que nunca había estado.

El diario de Sofía, dos noches más tarde:

Ahora Rosa está enferma. Muy enferma. Ya no tiene fuerzas para levantarse de la cama. He intentado convencerla de que se tumbe en mi cama. Pero no quiere. Es como si se sintiera más en casa en el suelo. Lydia y yo nos tenemos que turnar para ayudarla cuando tiene que hacer pis u otra cosa. (Que además tiene que hacer a menudo, ya que está mal de la barriga.) No quiere comer. Cuando la lavé porque estaba muy sudada, descubrí que tenía heridas por todo el cuerpo. Le pregunté por qué no nos lo había dicho. Dijo que no quiso hacerlo. Quizá porque le daba vergüenza. ¿Qué podría haber hecho? No sé responder a eso. Rosa empieza a comprender que a lo mejor va a morir. No dice nada. Pero se lo noto. Está ahí ya, la muerte, como una mancha dentro de sus ojos. Lydia está desesperada. Yo también. Pero como Lydia tiene tantas cosas en las que pensar relacionadas con el señor Bastardo, soy yo la que se ocupa de Rosa. Hoy he ido a la escuela para hablar con la profesora Adelina. Le he contado cómo están las cosas. Se ha puesto triste. Pero le he dicho que volvería en cuanto pudiera. ¿Cuándo será eso? No me atrevo a pensar en ello. ¿Significa que no podré ir a la escuela hasta que Rosa haya muerto? Nunca me he sentido tan sola como ahora. Ni siquiera cuando estuve en el hospital y comprendí que había perdido mis dos piernas y que María había muerto. Rosa, simplemente, no puede morir. Ni Lydia tampoco. ¿No hay nadie que la pueda ayudar?

Después de hablar con la profesora Adelina, Sofía fue al ambulatorio. Como de costumbre, la enfermera estaba sentada a su mesa espantando moscas. Justo se disponía a cerrar. Todos los enfermos que se amontonaban allí por la mañana ya se habían ido.

–¿Se ha marchado el doctor Nkeka? –preguntó Sofía.

–Hoy ya no visita a más pacientes.

–No estoy enferma. Sólo le quiero preguntar una cosa.

La enfermera la observó un momento.

–Tú eres la que tiene una hermana enferma –dijo–. ¿No es así?

–Sí.

La enfermera se levantó y llamó a la puerta.

El doctor Nkeka salió. Se había quitado la bata blanca de médico. Cuando vio a Sofía le hizo un gesto con la cabeza para que entrara.

Sofía se sentó y pensó que fue justo en aquella silla donde Rosa se enteró de que tenía la grave enfermedad.

–¿Cómo está tu hermana? –preguntó el doctor Nkeka.

Sofía no quería.

Pero no pudo evitarlo. Comenzó a llorar. El doctor Nkeka se quedó callado mirándola. Después le dio un pañuelo de papel. Se secó los ojos.

–Deduzco que ya se ha puesto muy enferma –dijo el doctor Nkeka.

–Ya no puede levantarse –dijo Sofía–. Tiene heridas por todo el cuerpo. Y tiene mal el vientre –el doctor Nkeka asintió con la cabeza. No pareció sorprenderse–. ¿No hay nada que se pueda hacer?

Era por esta sencilla pregunta por lo que Sofía había ido allí.

–No –dijo el doctor Nkeka–. Te hablo como a una adulta. Ya que eres adulta. Sí, tú que sabes lo que es perder las dos piernas, te has hecho adulta rápidamente. De modo que te lo puedo decir tal cual. No quiero darte falsas esperanzas. No hay nada que hacer. La enfermedad ya se ha declarado en tu hermana. Es por eso que está mal de la barriga, es por eso que tiene todas esas heridas. Se puede mitigar su sufrimiento. Pero no se la puede curar. Es lo que hace que esta enfermedad sea terrible. No hay remedio. Lo único que se puede hacer es procurar no enfermar. Y supongo que sabes cómo ocurre –Sofía lo sabía–. En este momento, mientras nosotros estamos aquí hablando durante un par de minutos, varios cientos de personas jóvenes se están contagiando –dijo el doctor Nkeka–. Cada día, en este país se contagian trescientas personas menores de veinte años. Pienso en ello constantemente. ¿Qué se puede hacer? La mayoría son pobres y no saben leer ni escribir. ¿Cómo se les puede decir que deben protegerse de esta enfermedad? A veces puedo sentir una gran desesperación.

El doctor Nkeka se calló.

Después suspiró y se levantó.

–Tengo que irme –dijo–. Antes de que se haga de noche tengo que ir a otro ambulatorio.

De un armario de la pared sacó dos tarros y se los enseñó a Sofía.

Uno contenía una pomada para las heridas. En el otro había unas pastillas que quizá podían mitigar los problemas de barriga de Rosa.

El doctor Nkeka cogió su maletín del suelo.

–¿Dónde vives? –preguntó. Sofía se lo explicó–. ¿De verdad caminas todo eso cada día?

El doctor Nkeka la miró asombrado.

–Si no, no puedo ir a la escuela –dijo Sofía.

Salieron del ambulatorio.

La enfermera se había ido. El doctor Nkeka saludó al anciano que vigilaba el edificio.

–Te puedo llevar a casa –dijo el doctor Nkeka.

Había un coche viejo en el patio.

Le faltaba uno de los faros. La ventana de atrás estaba tapada con cartón.

–Muchos creen que los médicos son ricos –dijo el doctor Nkeka–. Y claro que lo puedes llegar a ser si dedicas tu tiempo a personas con mucho dinero. Pero si trabajas como yo, en los ambulatorios rurales, te tienes que contentar con coches como éste. Esperemos que arranque.

El doctor Nkeka se rió.

Sofía se sentó en el asiento de delante. Los muelles eran tan malos que casi acabó en el suelo. El doctor Nkeka giró la llave. El motor estaba viejo pero se puso en marcha. Sofía le explicó el camino. Arrancaron.

–Yo me he criado en el campo –dijo el doctor Nkeka–. Pero decidí hacerme médico. Nadie creyó que lo pudiera conseguir.

Sofía escuchaba con interés.

Tenía el mismo sueño que había tenido el doctor Nkeka una vez. Y él lo había logrado.

–¿Se puede ser médico si no se tienen piernas? –preguntó.

El doctor Nkeka la miró interrogante.

–Claro que se puede. ¿Estás pensando en ser médica?

Sofía no contestó. El doctor Nkeka tampoco preguntó nada más.

La llevó hasta casa.

Y también tuvo tiempo de entrar en la choza y ver a Rosa.

«Mientras no le diga que se está muriendo», pensó Sofía preocupada. Pero el doctor Nkeka no dijo nada. Miró las heridas de Rosa, le tocó la frente, le preguntó cómo se encontraba. Después, cuando se hubo marchado, Sofía pensó que había intentado animar a Rosa. Pero no le había dicho nada que no fuese verdad. No había entrado para darle falsas esperanzas.

Sofía arrastró la máquina de coser hasta el patio.

Luego empezó a arreglar la ropa que había en el paquete. Faustino se había despertado. Sofía se lo ató a la espalda. Se preguntó si algún día cargaría a la espalda a su propio hijo y no sólo a un hermano.

A Alfredo le gustaba mirar mientras Sofía trabajaba con la máquina de coser. Con los ojos seguía la aguja que subía y bajaba. Empezaría arreglando el agujero de la rodilla del pantalón. Pero primero dejó que Alfredo oliera los pantalones.

–¿Notas lo que es? –le preguntó.

–Canela –contestó Alfredo, y sonrió.

–Así que no me lo estoy imaginando –se dijo Sofía a sí misma en voz baja–. Los pantalones pertenecen a aquel que me encontré en el camino a la luz de la luna.

Después recordó que se había quitado los pantalones. La idea la ruborizó y la excitó.

El señor Temba llegó caminando por el patio.

–He deducido que Rosa está enferma –dijo haciendo una reverencia–. Espero que no sea nada grave.

–Está muy enferma –contestó Sofía–. Pero no sé si es grave.

Lo último no era verdad.

Pero a Sofía le pareció que no podía decir la verdad.

El señor Temba era un hombre al que le encantaban los rumores. La señora Mukulela era igual. Además, si ahora ellos dos eran una pareja, todo lo que Sofía

dijera sobre Rosa se habría difundido enseguida por todo el poblado.

–La señora Mukulela se ha mostrado muy amable desde hace un tiempo –dijo el señor Temba.

–Lo sé –dijo Sofía.

El señor Temba se sorprendió.

–¿Ha dicho algo la señora Mukulela?

–¿Sobre qué?

–Sobre nosotros.

–No tengo piernas –dijo Sofía–. Pero tengo ojos con los que puedo ver.

En realidad, no debería haber hablado al señor Temba como lo había hecho. Quizás había sido demasiado atrevida. Pero al mismo tiempo sabía que la apreciaba. Podían gastarse bromas el uno al otro.

–No es bueno para un hombre estar solo –dijo el señor Temba pensativo–. Pero tampoco es bueno para una mujer.

Después levantó su sombrero y se fue.

Sofía siguió cosiendo.

Cuando hubo terminado con los pantalones empezó con la camisa que estaba más estropeada. Todo el rato pensaba en lo que había dicho el doctor Nkeka. Rosa no se curaría. Iba a morir. A Sofía todavía le costaba creer que realmente fuera verdad. El frío en su estómago iba y venía. A veces se le saltaban las lágrimas. Pero hacía fuerza con los dientes y seguía cosiendo. Nada iba a mejorar por mucho que se tumbara en el suelo e hiciera sólo lo que le apetecía. Gritar. Gritar. Gritar. «El fuego tiene que ayudarme», pensó. «¿Qué sentido tiene que Rosa muera? ¿Por qué vivimos en realidad? Tiene que haber una respuesta. Un enigma puede ser difícil. Pero tiene que tener solución.»

Sofía siguió cosiendo.

Y se angustiaba por el regreso de Lydia a casa. Le tenía que contar lo que el doctor Nkeka le había dicho. Ya sabía que Lydia no aceptaría que no hubiese remedio. El señor Nombora no era el único *curandeiro*. Había otros. Lydia haría todo lo que estuviera en sus manos para que Rosa no muriera. Cualquier cosa.

Lydia venía a pie por el camino.

En la cabeza llevaba un gran manojó de ramas que utilizarían de leña. Sofía se

estremeció. Ahora tenía que contárselo. «Pero, ¿cómo dices algo que no puedes?», pensó. «¿Algo que no te atreves?»

Lydia bajó el manajo de ramas y estiró la espalda.

–Hemos decidido hacer guardias –dijo–. Cada noche. El señor Bastardo no nos sorprenderá.

–Pero el señor Ngonga dijo que no debíais preocuparos.

–Los pobres siempre se tienen que preocupar –contestó Lydia–. No lo olvides nunca. Jamás.

Sofía lo prometió.

Lydia le quitó a Faustino de la espalda. Después empezó a encender el fuego. Sofía dobló la ropa que había arreglado y metió la máquina de coser dentro de casa otra vez. Rosa dormía. Su frente brillaba por el sudor. Se había quitado la manta. Su cuerpo estaba cubierto de heridas.

Sofía salió.

Lydia estaba machacando maíz.

–¿Dónde está Rosa? –preguntó.

Sofía respiró hondo.

Después lo soltó.

Rosa moriría pronto.

Sonó como un animal en peligro.

Sofía nunca había experimentado nada parecido, nada tan aterrador. Lydia aullaba. Salía de lo más profundo de su cuerpo y surgía después como un bramido de su boca. La señora Mukulela llegó corriendo para ver qué había ocurrido. Tuvo que arrastrar su gran cuerpo para llegar lo más rápido posible. El señor Temba, que estaba sentado delante de su choza con sus cestos, también se había levantado y se había metido en casa.

Sofía registraba con los ojos todo lo que sucedía.

Pronto el señor Temba saldría otra vez con el sombrero puesto en la cabeza. Sin él no iba nunca a ningún sitio. Aunque fuera la Muerte quien viniera a buscarlo, se disculparía e iría a buscar su sombrero antes de acompañarla.

Sofía lo veía todo y delante tenía a la aullante Lydia.

Sofía le había hablado sin tapujos. Rosa iba a morir. Como cada vez estaba más enferma, podía ocurrir deprisa. El doctor Nkeka no había dejado lugar a dudas. Incluso se había tomado la molestia de visitar a Rosa dentro de la choza y examinar sus heridas. Lydia, que hasta ahora había sido fuerte, que había creído que debía de haber algún remedio, se rindió de repente. Sofía no había contado con esa reacción. Había esperado que Lydia se asustara y se pusiera triste, y que a pesar de todo empezara enseguida a buscar soluciones. Pero se rindió.

Sofía pensó que nunca olvidaría cómo Lydia se había desplomado sobre el suelo, como si quisiera hundirse en la tierra y desaparecer. Era como si un dolor repentino le hubiese cortado el cuerpo entero y le hubiese arrebatado todas las fuerzas.

«Ése es el aspecto de una mujer que se da cuenta de que su hija va a morir», pensó Sofía. «Lydia ya ha pasado antes por ello. Pero, aun así, siempre es la primera vez.»

—¿Qué ha pasado? —preguntó nerviosa la señora Mukulela, al tiempo que le gritaba a unos chavales curiosos que se habían parado en el camino que desaparecieran de allí.

Lydia negó con la cabeza. No tenía fuerzas para hablar.

Sofía se lo explicó.

Ya había llegado también el señor Temba. Cuando se enteró de que Rosa estaba muy enferma y se iba a morir se quitó el sombrero.

–Me pregunto quién puede haberle metido malos espíritus a Rosa –dijo la señora Mukulela, que de pronto pareció asustada–. Una chica que nunca ha hecho ningún mal.

–No son malos espíritus –respondió Sofía–. Es una enfermedad.

–Todas las enfermedades están provocadas por malos espíritus –dijo la señora Mukulela, como si Sofía necesitara una reprimenda.

Sofía no dijo nada más.

Sabía que la señora Mukulela, al igual que la mayoría de los que vivían en el poblado, estaba convencida de que no había otra explicación para las enfermedades que la de que los malos espíritus habían tomado posesión de una persona.

–Es una noticia muy triste –dijo el señor Temba–. He oído hablar de esta enfermedad que no se ve y que no se oye pero que se mete dentro de las personas y les quita toda la energía.

Lydia estaba sentada, muda y decaída.

«Está como una niña perdida», pensó Sofía. «Y yo no puedo hacer nada.»

La señora Mukulela había cocinado, ya que Lydia no tenía fuerzas para hacerlo.

El señor Temba también había comido allí junto al fuego. Sofía había intentado encontrar dentro de las llamas respuestas a sus preguntas, que cada vez eran más y más. Pero no podía concentrarse. Tenía que estar a solas con el fuego para conseguirlo.

Rosa dormía todo el rato.

Lydia estaba sentada a su lado y le embadurnaba el cuerpo con la pomada que el doctor Nkeka le había dado a Sofía. Sofía estaba en la puerta y la miraba en la penumbra. La vela de estearina ardía. El viento de la noche que entraba por las ventanas rotas hacía moverse las sombras en las paredes. Lydia susurraba y murmuraba mientras esparcía con cuidado la pomada sobre las numerosas heridas

enrojecidas. Sofía no entendía ni una palabra, así que pensó que quizá Lydia estaba rezando sus oraciones. Oraciones a los dioses, que parecían no estar nunca cuando realmente se les necesitaba.

Un enigma más.

El enigma de los dioses.

Después, Lydia se quedó totalmente exhausta.

–Debería haber hecho guardia en el campo esta noche. Pero no me siento con fuerzas.

¿Era una sugerencia para que fuera ella en lugar de Lydia?

Sofía no estaba segura. Pero Lydia no dijo nada más. Guardó la pomada y después se tumbó sobre el suelo del otro cuarto, donde Alfredo y Faustino dormían ya.

Sofía se metió en la cama.

Estaba tan cansada, tan agotada, que se durmió al instante. Y fue entonces cuando el sueño salió a hurtadillas de los oscuros rincones de su cabeza. Durante los últimos años, Sofía había empezado a imaginarse su cabeza como un paisaje. En los sueños también podía pasar de ser de día a ser de noche. A veces brillaba la luna, a veces se veían nítidas las estrellas, pero sobre el cielo de su sueño también podía haber un manto de nubes. En sus sueños podía llover. Podía pasar cualquier cosa. Sus recuerdos se escondían detrás de árboles y arbustos. Nunca podía saber por qué aparecían de golpe. En el paisaje del sueño todo era posible.

Todavía estaba oscuro cuando Sofía se despertó.

El gallo de la señora Mukulela aún no había empezado a cantar. Sofía escribió lo que había soñado.

Estoy de pie en un sendero. Es al atardecer. Voy de camino a algún sitio. Pero no sé a dónde. De pronto aparece un hombre delante de mí. A pesar de que lleva una máscara en la cara yo no me asusto. La máscara es de cuero. Está oscuro, pero puedo ver que es de color rojo, amarillo y negro. A los lados hay pelos blancos y

grises. En la abertura de la boca se pueden ver dientes. Si pertenecen a la máscara o a la cara que hay debajo es algo que no puedo responder. Tampoco si la máscara es amenazante o amistosa. Luego comprendo que es la Muerte la que está ahí. A pesar de ello, no me asusto.

Después me he despertado. El hombre de la máscara había venido para llevarse a Rosa. Pero era muy pronto. Estaba dormida y respirando allí abajo en el suelo.

Sofía estiró la mano y le tocó la frente a Rosa.

Aún seguía caliente. Pero estaba viva. La mano de Sofía palpándole la cara la intranquilizaba. Empezó a delirar. Sofía trató de oír lo que decía. Era como si Rosa intentara liberarse de algo.

Sofía sintió una mano fría alrededor de su corazón.

«Rosa no lucha contra la muerte», pensó. «Rosa lucha contra el miedo. A morir. A no poder vivir una vida entera y larga.»

Sofía tuvo que apretar las manos contra su boca para no gritar. Los enigmas. Los enigmas. ¿Por qué no había respuestas? ¿Por qué estaba el fuego tan callado? Si ni siquiera las llamas que ardían podían darle una respuesta, ¿quién podía entonces?

Rosa se calmó otra vez.

Sofía oyó cantar el gallo de la señora Mukulela. Casi sonaba triste en la oscuridad. «Quizá porque comprende que lo está haciendo mal», pensó Sofía. «Quizá porque comprende que las personas que se despiertan sólo tienen ganas de matarlo.»

Se ató las piernas, se levantó, se vistió y salió.

La oscuridad estaba caliente y húmeda. Miró hacia el camino. No había chico. No había nada. Todavía le apetecía gritar más que ninguna otra cosa. Reventar la oscuridad en pedazos con su voz. Pero se quedó callada. Permaneció inmóvil pensando que a lo mejor podía tener lugar un milagro. Que Rosa se levantara de pronto y estuviera sana otra vez. Que todo aquello sólo fuese una pesadilla.

Poco a poco fue clareando.

Primero una débil, casi invisible, raya de luz gris. Y después el sol, que surgía rodando tras el horizonte. Los pájaros se despertaron primero, y a continuación las personas.

Lydia salió al patio.

Sofía vio que su ropa estaba rota. Se avergonzó de no haberla arreglado.

–Tenemos que llevar a Rosa a otro médico –dijo Lydia–. Claro que su enfermedad se puede curar.

Sofía oyó que estaba decidida.

Lydia no se rendía. Mientras hubiera vida en sus hijos nunca era demasiado tarde.

A pesar de que estaba cansada, Lydia se puso a Faustino a la espalda y desapareció por el camino. Como de costumbre, caminaba rápido, tenía prisa. Alfredo le preguntó a Sofía si podía ir a jugar con unos amigos. Asintió con la cabeza. Pero no podía estar fuera demasiado rato.

Sofía entró en la choza. Rosa estaba despierta.

–¿Quieres comer algo? –preguntó Sofía.

–No tengo hambre.

–Tienes que comer.

–No tengo hambre.

Sofía le dio una taza de té y salió. Eran las últimas hojas de té. Ahora el tarro estaba vacío. No tenían dinero para comprar más. Todo el dinero que Sofía había cobrado del señor Temba lo habían utilizado para pagar a Nombora. Y nada había mejorado.

Sofía cogió el trozo de espejo y se miró la cara.

Vio lo cansada que estaba. Volvió a colgar el espejo. Justo llegaba el señor Temba. Se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

–No he podido dormir esta noche –dijo–. La señora Mukulela también ha pensado en ella. Por eso no hemos dormido en la misma casa esta noche. Mientras pensábamos en Rosa queríamos estar a solas.

El señor Temba se sentó sobre el taburete que había junto al cobertizo de la cocina.

–He comprendido que te contagias cuando quieres a alguien –dijo–. Cuando te acuestas con alguien y el amor es fuerte. Los jóvenes necesitan amor. E incluso

nosotros que somos un poco mayores. ¿Verdad que Rosa tenía un novio que se llamaba Steven? El apellido lo he olvidado.

–Gomane –dijo Sofía.

El señor Temba asintió pensativo.

–Si no estoy del todo equivocado, Steven trabajó algunos años en las minas en Sudáfrica, ¿no?

–Durante dos años.

El señor Temba asintió otra vez con la cabeza. Sofía comprendió que quería decir algo. Esperó.

–Acabo de recordar que hace unas semanas oí algo sobre Steven Gomane –dijo al final.

–¿Qué oyó el señor Temba?

La miró antes de responder.

–Que Steven Gomane murió hace un tiempo. Y que fue por la terrible enfermedad que no se puede curar.

El señor Temba se puso de pie, hizo una reverencia y se encaminó hacia los cestos, que le esperaban delante de su choza.

Sofía pensó en lo que había dicho.

Y en Rosa, que estaba sola dentro de la choza.

Aquel día, Sofía estuvo buscando una risa durante mucho rato.

Cuando el señor Temba se hubo marchado, se sintió totalmente abandonada. Pensó que necesitaba experimentar algo que la alegrara. Si no, no podría soportarlo. Tenía que reírse. Por lo menos una vez cada mañana y cada noche. Si no, era como si toda su vida se rompiera en pedazos.

Pero ¿dónde podía encontrar una risa?

¿Adónde iría para encontrar la risa perdida? Pensó que era una idea infantil. Una risa que había desaparecido. Pero ahora quería ser infantil. Nadie se lo impediría. Salió al camino y tomó un sendero que llevaba a una choza con la techumbre rota.

Allí vivía una prima de Lydia.

O quizás era otro el parentesco. Sofía no estaba muy segura. Pero familia eran. Se llamaba Graçieta, tenía muchos hijos y un marido que la visitaba una vez al año. Sofía lo había conocido. Cada vez que visitaba a Graçieta, iba a saludar a todos los familiares. Se llamaba Ricardo y era muy bajito. Se ganaba la vida como zapatero en la calle de una ciudad muy lejana, en la frontera con Sudáfrica. Ahorraba dinero todo el año. Visitaba a Graçieta, se quedaba unos días, le daba el dinero que había ahorrado y luego se marchaba otra vez. Nueve meses más tarde, Graçieta daba a luz a otro hijo. Año tras año acontecía de la misma manera. Graçieta, a diferencia de Ricardo, era alta y tenía un culo respingón que bamboleaba con mucho gusto.

A Sofía le bastó pensar en el culo de Graçieta para echarse a reír. Sofía se reía con la boca, pero Graçieta se reía con su gran trasero. Sofía se detuvo. Encontrar una risa le había resultado más fácil de lo que esperaba. Pero ahora que había llegado tan lejos bien podía seguir para saludar a Graçieta y contarle que Rosa estaba enferma.

Graçieta se estaba cortando las uñas de los pies cuando Sofía llegó.

Como Graçieta era tan larga, se le hacía difícil llegar a las uñas con las tijeras oxidadas. Apoyaba la espalda contra la pared de la choza, ponía una pierna sobre un taburete y después se estiraba con las tijeras en busca de las uñas. Cuando vio a Sofía se le iluminó la cara.

–Aquí viene la chica que me va a salvar –gritó.

Sofía no conocía a nadie que hablara tan alto como Graçieta.

A veces, la gente le pedía que hablara un poco más bajo.

–Hablo bajo –gritaba.

Nadie solía replicar. Era inútil. Simplemente, no podía hablar más bajo.

–No me llego a las uñas –gritó–. Tienes que ayudarme.

Sofía se puso en cuclillas, cogió las tijeras sin filo y comenzó a cortar. Las uñas eran duras como piedras. Pero Sofía tenía las manos fuertes. Después de un par de minutos estuvo lista. Graçieta se miraba los grandes pies. Estaba satisfecha.

–Ricardo está de camino a casa –dijo–. Tiene derecho a encontrarse a su mujer con las uñas recién cortadas. Además, no le gusta que le arañe con las uñas cuando me hace un hijo.

Aunque ya sabía que Graçieta era muy sincera, Sofía se ruborizó. No había nada de lo que pasaba entre un hombre y una mujer que Graçieta no quisiera comentar. Y gritaba. Todos los que vivían cerca sabían ahora que Ricardo estaba de camino a casa. Y sabían también por qué era tan importante que Graçieta tuviera las uñas recién cortadas.

Graçieta preguntó cómo estaba la familia.

–Rosa está enferma –dijo Sofía–. Muy enferma.

–Enferma –gritó Graçieta–. ¿Cómo enferma?

Sofía se preguntaba cómo podría evitar que todo el mundo se enterara de que Rosa estaba tan enferma que pronto moriría. Aunque propusiera que entraran en la choza, la potente voz de Graçieta atravesaría las paredes de barro.

–Le duele la barriga –dijo Sofía–. Y tiene fiebre. El doctor Nkeka ha dicho que no hay remedio.

–Entonces tiene sida –gritó Graçieta, y luego comenzó a suspirar y a mecerse hacia delante y hacia atrás.

Sofía vio que realmente se había puesto triste.

Rosa le había contado que cuando Sofía estuvo en el hospital, después del accidente y de la muerte de María, Graçieta había sido un gran apoyo para Lydia.

–Hay tanta gente que muere –gritó Graçieta–. Esta enfermedad va a vaciar

nuestros poblados. Pronto sólo quedarán niños y viejos. ¿Qué pasará?

Sofía no sabía qué podía responder. Pero estaba contenta de que Graçieta estuviera allí. Con ella se podía reír y también estar desanimado. Y seguro que ayudaría a Lydia otra vez si lo necesitaba.

Sofía se fue a casa.

Rosa estaba despierta cuando llegó, pero aún no quería comer nada.

–¿Quieres que me quede aquí dentro?

–No. ¿Dónde está Lydia?

Sofía miró desconcertada a Rosa. Naturalmente, Lydia estaba en la *machamba*, trabajando. Los ojos de Rosa brillaban. Sofía pensó que probablemente no sabía muy bien qué hora del día era.

–Pronto llegará a casa –dijo Sofía.

–Quiero que mamá esté aquí –murmuró Rosa–. Quiero que mamá esté aquí.

Sofía arrastró la máquina de coser hasta el patio y siguió arreglando la ropa del Chico de la Luna. En su mente le cambió el nombre. «Chico de la Luna» ya no era divertido. «Chico de Canela», pensó. «Así se puede llamar. Por lo menos durante lo que quede del día.» Se rió con la idea. Aunque no podía dejar de preguntarse por qué había sido precisamente ella la que se había quedado con su ropa estropeada. Y ¿cómo sabía él que tenía una máquina de coser? Alguien se lo debía de haber dicho. Pero ¿quién?

Sofía cosió.

Al mismo tiempo estaba soñando. Soñaba despierta.

La enfermedad de Rosa y el miedo de Lydia al señor Bastardo habían pasado. Sofía ya era adulta. Casada, tenía su propia casa, muchos niños. Rosa y Lydia iban a visitarla. Alfredo y Faustino ya se habían hecho mayores. En la parte de delante de la casa de Sofía había un largo porche. En la casa incluso había luz eléctrica. El Chico de Canela era profesor, o quizás un importante político que iba de un lado a otro en un coche más grande que el del señor Bastardo. Sofía era médica. Todo el mundo sabía quién era, porque había encontrado un remedio a la peligrosa enfermedad.

Ahí se desvaneció el sueño.

No fue más allá. No podía estar sin pensar en Rosa todo el tiempo que quisiera.

Continuó cosiendo.

Alfredo llegó a casa porque se había abierto una herida en la rodilla. Sofía la limpió con agua. Aunque escocía, no se quejaba.

–¿Qué le pasa a Rosa? –preguntó de pronto.

Sofía vio que lo decía muy serio. Asustado por la respuesta que le esperaba. Sofía comprendió que tanto ella como Lydia se habían olvidado de Alfredo. Estaba allí y lo veía y lo oía todo. Pero no decía casi nada. Y se habían olvidado de explicarle por qué Rosa no comía nada y se quedaba allí tumbada todo el día, dentro de la choza.

–Rosa está enferma –dijo–. Muy enferma.

–¿Se va a morir?

La pregunta llegó sin dudar. Alfredo la había preparado bien, esperando el momento oportuno para formularla.

–Rosa se pondrá bien –contestó Sofía.

Alfredo no dijo nada. Se sentó en la arena junto al cobertizo de la cocina y empezó a dibujar con un palo. No había nadie que pudiera rodearse de tanto silencio como Alfredo, con lo pequeño que era.

«¿Por qué miento?», pensó Sofía.

«¿Por qué no le digo las cosas tal como son?»

Volvió a sentarse frente a la máquina de coser.

Todavía le quedaban dos camisas por arreglar. La aguja se atascó. Sofía golpeó rabiosa la máquina con la mano. La aguja había protestado porque no le había dicho la verdad a Alfredo. Era el castigo. «Le voy a decir la verdad», le susurró a la máquina de coser. «Me he equivocado. Pero ahora haré lo correcto.»

Unos granos de arena habían obstruido el agujero por el que la aguja entraba y salía. Giró con cuidado el volante. La aguja se soltó. Se levantó y fue hasta donde estaba Alfredo.

Había dibujado una cara en la arena.

La cara de Rosa.

–Rosa está muy enferma –dijo Sofía–. Tal vez se muera. Alfredo siguió dibujando. Pero no dijo nada.

Llegó la tarde, la hora del crepúsculo que pasa tan rápido.

Sofía arregló la última camisa y metió la máquina de coser en la choza. Rosa dormía. O quizá sólo fingía que estaba dormida para poder estar en paz. Sofía no lo sabía.

Cuando salió al patio otra vez, Lydia ya había llegado a casa.

Estaba alterada.

–El señor Bastardo ha estado dando vueltas en su coche –dijo con voz temblorosa–. Y hay quien asegura que una gran excavadora está en camino. Vamos a hacer guardia esta noche otra vez.

–Rosa pregunta por ti –dijo Sofía.

De pronto ya no le preocupó el señor Bastardo.

Lydia se metió en la choza. Sofía encendió el fuego y preparó la comida. La despensa se estaba quedando vacía. Sólo un poco de arroz, maíz, casi nada de hortalizas. Lydia salió y se sentó junto al fuego. Pero apenas tocó la comida.

–Tenemos que llevarla a otro médico –dijo Lydia–. He oído que también hay un *curandeiro* hábil en Xai-Xai. Pero ¿cómo voy a juntar dinero para los billetes del autobús?

Se hizo de noche.

Lydia se puso de pie.

–Tengo que ir a la *machamba* –dijo–. No volveré hasta mañana por la tarde.

Entró en la choza para decirle adiós a Rosa.

Sofía oyó cómo de repente Rosa empezó a gritar.

Se puso junto a la puerta y escuchó. Alfredo tenía miedo. Estaba de pie junto a Sofía y la cogía fuerte de la mano.

Rosa no quería que Lydia la dejara. Sofía entró en la choza. Rosa sujetaba los brazos de Lydia, no quería soltarla. Gritaba que no quería morir. Pero, sobre todo, no quería que Lydia la dejara sola. Sofía se acercó a la cortina.

–Yo iré a la *machamba* –dijo–. Es mejor que tú estés en casa.

Estaba oscuro cuando Sofía llegó.

En la distancia retumbaba una tormenta. Un fuego llameaba donde se juntaban los campos y el camino. Las mujeres que estaban sentadas alrededor del fuego hablaban y reían. Sofía se quedó de pie en la oscuridad, sin dejarse ver. Pensó que un día sería como esas mujeres. Vigilando sus campos al lado de un fuego. Hablando y riendo. Meciendo a sus hijos. Si no lograba ser médica. Era como si viera su vida delante de sí. La vida que también habría sido de Rosa.

Partió el pensamiento como una rama de árbol seca.

No tenía fuerzas para pensar en Rosa justo ahora. Se acercó al fuego y se mezcló con la multitud. Allí se sentía acogida. La conversación fluía. Palabras de ira hacia el señor Bastardo. O quizás estaban asustadas. Bromas indecentes sobre lo que algunos hombres enloquecidos podían inventar. Sofía ya lo había oído todo antes. Pero lo escuchaba con gusto otra vez.

Una a una las mujeres se fueron acurrucando y quedándose dormidas.

Habían hecho turnos de guardia. Sofía se tumbó de espaldas con las muletas debajo de la cabeza y miró al cielo de la noche. Las estrellas la miraban también a ella.

Cuando se despertó había soñado con el señor Temba.

Había hecho un cesto al que de repente le habían salido alas y, para sorpresa de todos, había salido volando.

«Sueño con alas», pensó Sofía.

«Alas que vuelan. Quizás en realidad estoy soñando con mis piernas. No con

volar, sino con poder caminar, con la sangre bombeando hasta los pies.»

Había llegado su hora de vigilar.

Sofía echó algunas ramas al fuego. Buscó en las llamas con la mirada. Pero tampoco ahora pareció obtener respuesta alguna a sus preguntas.

Se levantó, bostezó y fue hasta el camino.

La noche estaba tranquila. Un perro ladró en algún lugar a lo lejos. Después se hizo el silencio otra vez.

Primero fue como un ruido lejano. Los faros aparecieron muy abajo, en la cuesta que descendía hasta el río.

Enseguida vio lo que era.

Como un insecto gigante, una gran excavadora se arrastraba directo hacia ella.

Sofía despertó a las demás mujeres con un grito.

Medio dormidas, se levantaron de un salto, se enrollaron los pareos y se juntaron en el camino. Al mismo tiempo comenzaba a clarear. Ya era por la mañana. El gran insecto vomitaba humo negro y avanzaba arrastrándose despacio. Las mujeres discutían preocupadas sobre lo que debían hacer. Alguien propuso que se desnudaran y se tumbaran en el camino. Otra dijo que tiraran piedras. Sofía trataba febrilmente de pensar en algo: ¿qué habría hecho Lydia? Sofía estaba allí en lugar de ella. De modo que tenía que hacer lo que hubiera hecho Lydia. El gran insecto dejó de arrastrarse y se las quedó mirando con sus ojos de faro. Un coche negro apareció al lado del insecto. El señor Bastardo se bajó y se acercó a las mujeres.

–¿Seguís aquí? –gritó–. He comprado esta tierra. Es mía. Largaos.

Las mujeres respondieron con gritos de ira y preguntas.

–¿De qué vamos a vivir? La tierra es nuestra. Tenemos los papeles.

–Soy un hombre con mucho poder –gritó el señor Bastardo–. Vuestros papeles no me importan. Soy propietario de esta tierra. Si no os marcháis, llamaré a la policía. Iréis todas a la cárcel.

Meneó un pequeño teléfono con la mano.

Sofía había oído que ahora había teléfonos con los que se podía llamar sin necesidad de cable. Así que era verdad. El señor Bastardo podía llamar a la policía.

Las mujeres siguieron acosando al señor Bastardo con protestas.

¿De qué iban a vivir?

Pero el hombre aquel en el camino no parecía escuchar.

–Largaos –gritó otra vez–. No me dejaré frenar por unas viejas chillonas. Os doy tres minutos para desaparecer.

El señor Bastardo le hizo un gesto al hombre que conducía la excavadora. Comenzó a arrastrarse otra vez. «¿Qué habría hecho Lydia?», pensó Sofía. «Justo ahora.»

Le pasaban imágenes a toda velocidad por la cabeza.

Lydia con su azada. Faustino a la espalda. Cada día, año tras año. A la machamba, sembrar y cosechar, vigilar el maíz y las hortalizas. Lo que les daba vida.

El insecto se acercaba.

El señor Bastardo estaba a un lado del camino. Se reía. Sofía cogió con fuerza las muletas y salió al camino. Al medio del camino. Justo por donde venía el insecto arrastrándose. El señor Bastardo siguió riéndose, las mujeres gritaban, el insecto estaba cada vez más cerca. Ya era plena mañana. Pero los ojos de faro seguían clavándole la mirada. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Tenía miedo. Pero no pensaba apartarse. Se quedaría allí hasta que la atropellaran. Salió un berrido del insecto. Estaba tocando el claxon. El señor Bastardo había dejado de reír. Le gritó que se apartara. Pero Sofía se quedó en el sitio. El insecto había dejado de avanzar. Pitó otra vez. Las mujeres gritaban, el señor Bastardo fue corriendo hasta Sofía e intentó empujarla. Entonces ella le dio un golpe con la muleta. Él levantó la mano para pegarla. Pero entonces sonó un bramido de las mujeres y salieron corriendo hacia el camino. El insecto se había parado a unos metros de Sofía. De todas partes llegaba gente corriendo. El señor Bastardo se secaba el sudor de la cara. Se había quedado afónico de tanto gritar. El hombre que conducía la excavadora parecía asustado. Ahora el camino estaba lleno de gente. El señor Bastardo se dio cuenta de que el ambiente empezaba a ser amenazante. Alguien tiró una piedra a su coche.

–Volveré con policías –gritó.

Otra piedra le alcanzó el coche.

El señor Bastardo le gritó algo al hombre que conducía la excavadora, se metió en el coche y se alejó de allí. Poco a poco, el insecto comenzó a reptar hacia atrás. Las mujeres gritaban de júbilo. Sofía se dio cuenta de que estaba temblando. Tuvo que sentarse en una piedra en la cuneta. Había hecho algo que en realidad no se hubiera atrevido a hacer. «Tengo que acordarme de escribirlo en mi libro», pensó. «Que puedes hacer aquello a lo que en realidad no te atreverías.»

Una de las mujeres le dio agua.

–Has sido valiente –dijo.

–Yo no –contestó Sofía–. Sólo he hecho lo que habría hecho Lydia.

El ambiente en el camino todavía estaba caldeado.

El señor Bastardo había amenazado con volver. Llevaría a la policía. Pero todos los congregados allí estaban decididos. El señor Bastardo no les quitaría la tierra. Por muchos policías que llevara si volvía.

Sofía regresó a casa.

Iba a ser un día caluroso. Caminaba despacio. Lo que había ocurrido ya se había transformado en un extraño sueño. Sofía estaba convencida de que el señor Bastardo volvería. Quizás acompañado de algunos policías. Pero también sabía que las mujeres se opondrían. Nadie les arrebataría la tierra. Sería lo mismo que quitarles la vida. Durante el día, todos los que vivían en el poblado se enterarían de lo que había pasado. Y nadie dudaría en ponerse en el camino si el señor Bastardo y la excavadora volvían.

Sofía se detuvo.

Una de las cintas que le sujetaban la pierna al cuerpo se había soltado.

Una idea terrible la asaltó de repente.

¿Y si Rosa ya había muerto? Quizás hubiese sabido que el fin estaba cerca y por eso había querido que Lydia se quedara con ella.

Sofía aceleró el paso.

La cinta de la pierna se soltó otra vez. Juró, la ató de nuevo y continuó. La idea de que Rosa hubiera muerto le hacía sentir pánico.

Pero cuando llegó, descubrió para su alivio que Rosa todavía estaba viva. Incluso se había levantado. Estaba recostada a la sombra de la choza. Sofía sintió una gran alegría por todo el cuerpo. ¿Era posible que Rosa, a pesar de lo que había dicho el doctor Nkeka, se estuviera curando? ¿Que todo fuera una equivocación? ¿Que en absoluto tuviera esa grave enfermedad?

Rosa estaba sola en casa.

Estaba tumbada delante de la choza. Lydia, Alfredo y Faustino se habían ido.

Rosa miró a Sofía, pero tenía los ojos en blanco. Sofía comprendió que la alegría que había sentido duraría poco. Rosa estaba igual de enferma que el día anterior.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó Sofía con cuidado.

–Te aseguro que tú te encuentras mejor que yo.

La respuesta llegó como una picadura de insecto. Rosa le había clavado un aguijón a Sofía. Igual que cuando le había tirado las muletas. Sofía se puso triste.

–Sólo pregunto –dijo–. Nada más.

–Preguntas cuando ya sabes la respuesta –bufó Rosa.

Luego intentó agarrar una de las muletas de Sofía para que se cayera. Pero Sofía tuvo tiempo de apartarla.

–¿Dónde está Lydia? –preguntó Sofía para hablar de algo que no enfadara a Rosa.

–No sé.

Lydia nunca se iba sin decir adónde.

Rosa quería ser mala. O estar en paz. Sofía ni siquiera tenía ganas de contarle lo que había pasado por la mañana en la *machamba* de Lydia.

Sofía entró y se tumbó en la cama.

En realidad debería comer algo. Pero no tenía apetito. Estaba tumbada mirando el cuarto. Pensaba en lo que había pasado. Y en Rosa, que la odiaba porque Sofía estaba sana mientras ella estaba muy enferma.

De pronto, Sofía notó que había algo diferente en la habitación.

Al principio no sabía qué era. Después se dio cuenta de que el paquete con la ropa del Chico de Canela había desaparecido. Recordaba muy bien que había dejado el paquete al lado de la máquina de coser. Ya no estaba. Se inclinó y miró debajo de la cama. Allí no había nada. El paquete no estaba. Salió al patio otra vez. Rosa se había tumbado. Pero estaba despierta.

–¿Has visto el paquete que había al lado de la máquina de coser? –le preguntó.

Rosa se incorporó despacio.

–¿Qué paquete?

Sofía notó enseguida que algo no iba como debía.

–Había ropa en el paquete. Ropa que había arreglado.

–Vino alguien a buscarlo.

–¿Quién?

–Un chico. Quiso pagar, pero le dije que habías prometido hacerlo gratis.

Sofía se quedó de piedra. ¿Cómo podía Rosa hacerle algo así?

–¿Dijo cómo se llamaba?

–Lo he olvidado. Además, le dije de tu parte que ya no querías volver a remendar su ropa estropeada.

Sofía se enfadó tanto que le entraron ganas de pegar a Rosa.

Pero logró controlarse. Rosa se tumbó otra vez. Sofía no sabía qué hacer. Rosa se comportaba como si en realidad se muriese de ganas de contagiarle su enfermedad.

Rosa miró a Sofía.

–Sólo hice lo que consideraba correcto –dijo sonriendo.

Sofía no contestó.

Se fue de allí, se metió en la choza otra vez y se tumbó en la cama. El Chico de Canela no volvería nunca más. Rosa lo había ahuyentado. Si Sofía no hubiese ido a la *machamba* en lugar de Lydia y se hubiera quedado allí durante la noche, no habría pasado nada. Ahora era demasiado tarde. Sofía no sabía cómo se llamaba, ni dónde vivía. Y él nunca volvería. Si Rosa no hubiese estado enferma, Sofía la podría haber odiado por lo que había hecho. Ahora era imposible.

Sofía sacó el cuaderno y el lápiz.

Ahora entiendo que la muerte no sólo le quita la vida a una persona. La muerte a veces también hace mala a una persona buena. No, mala no. Asustada. Y celosa de los que van a vivir. Aunque esté enfadada con Rosa tengo que procurar comprenderla. Pero es difícil. A lo mejor es imposible.

No tenía fuerzas para escribir más. Guardó el cuaderno debajo del cojín, cerró los ojos y se durmió.

En los sueños aparecían las excavadoras arrastrándose hacia ella.

Pero ahora era un insecto de verdad. Algo que se parecía a una cucaracha o a una mosca. Intentó salir corriendo. Pero los insectos la alcanzaban. Todo el rato oía reírse al señor Bastardo.

Cuando se despertó, Lydia estaba inclinada sobre ella. Sus ojos ardían como cuando estaba realmente enfadada.

–¿Qué haces? –preguntó–. ¿Qué es lo que le haces a Rosa?

Sofía se incorporó.

–¿Qué le he hecho?

–Dice que has intentado pegarla.

Lydia estaba tan enfadada que le temblaba el cuerpo.

Le apretó tan fuerte el brazo a Sofía que le hizo daño. –¿Te atreves con tu hermana que está enferma?

El golpe llegó de ninguna parte.

Una fuerte bofetada que hizo que Sofía saliera disparada hacia atrás y se golpeará la cabeza contra la pared. No había pasado nunca antes que Lydia le pegara. Nunca jamás.

–Ahora sales y le pides perdón a tu hermana –dijo Lydia.

Sofía salió de la habitación.

La mejilla le ardía. Pensó en el chico que había ido a buscar su ropa mientras ella estaba en medio del camino intentando evitar que la excavadora del señor Bastardo pudiera llegar a las tierras de cultivo.

«Sácame de aquí», pensó.

«No puedo más. Que Rosa se muera sola. Que Lydia defienda su campo junto con las demás mujeres. Yo he perdido mis piernas. Ya no puedo más.»

Era como si las palabras sangraran.

Las palabras que salían de la boca de Rosa. Negras, resentidas. Palabras llenas de mala conciencia y miedo.

Sofía estaba en el patio.

–No puedo pedir perdón por algo que no he hecho –dijo.

Rosa se echó a llorar.

Nada de lo que le había dicho a Lydia era verdad. No sabía por qué había acusado a Sofía de haberla pegado. Lydia estaba perpleja. Ahora no era a Sofía a quien sujetaba del brazo, sino a Rosa.

–¿Era mentira?

–Sí.

–¿Por qué dices cosas que no son verdad?

–No lo sé.

Sofía no quería que Lydia presionara más a Rosa.

Comprendía por qué Rosa había hecho lo que había hecho. Cuando Sofía estuvo en el hospital sin piernas también había tenido malas ideas.

Sofía se fue al cobertizo de la cocina y bebió agua.

Lydia la siguió.

–No debería haberte pegado.

Sofía la miró directamente a los ojos y dijo:

–No. No deberías haberme pegado.

Sofía podía perdonar a Rosa.

Pero no a Lydia. Al menos no por ahora.

Sofía le explicó a Lydia lo que había pasado.

Le habló de la excavadora, del señor Bastardo. Al principio Lydia escuchaba con preocupación, después con asombro.

–¿De verdad fue así? –dijo cuando Sofía calló–. ¿Te pusiste en medio del camino? ¿Y los demás te siguieron?

–Se lo puedes preguntar. Pero lo importante es que el señor Bastardo dijo que

volvería. Con muchos policías.

–Esta noche voy a estar allí –contestó Lydia–. ¿Me puedes perdonar por haberte pegado?

–Por ahora, no –contestó Sofía–. Mañana.

Se hizo de noche.

Rosa también estaba junto al fuego, pero apenas tocó la comida. Lydia estaba nerviosa. Hablaba sin parar, de todo y de nada, como hacía cuando estaba preocupada. Rosa entró en la choza y se tumbó. Al levantarse se tambaleó y casi se cayó al suelo. «Se está volviendo como su azada», pensó Sofía. «Fue lo primero que se le cayó. Ahora está a punto de caerse ella misma.»

Lydia se preparó para ir al campo a vigilar.

–¿Crees que volverá? –preguntó–. ¿Con policías?

–No lo sé –respondió Sofía.

Lydia desapareció en la oscuridad.

A pesar de las protestas de Sofía se había llevado a Faustino.

–No creo que la policía pegue a una mujer que lleva una criatura a la espalda –dijo.

Sofía no estaba segura. Pero Lydia había tomado una decisión. Faustino iba atado a su espalda cuando se marchó.

Alfredo se sentó a su lado.

Sofía comprendió que quería algo. Normalmente, Alfredo necesitaba bastante tiempo antes de decir lo que pensaba. Sofía oía a una mujer cantando en la distancia. Tenía una voz bonita. Las notas se alzaban y se hundían en la oscuridad.

–Armando –dijo Alfredo.

Sofía no le había escuchado, ya que estaba sumida en sus propios pensamientos.

–¿Qué has dicho?

–Armando.

–¿Quién es?

–Él.

–¿Quién, él?

–El que vino a buscar la ropa.

Sofía se quedó mirando a Alfredo. ¿Podía ser posible?

–¿Estás seguro?

–Oí que Rosa hablaba con él. Le preguntó cómo se llamaba. Armando.

–¿Sólo Armando? ¿Nada más?

–Saia.

A Sofía le pareció un nombre curioso. Saia^[5].

Alfredo debía de haber oído mal.

–¿Armando Saia? ¿Se llamaba así?

–Sí.

Alfredo parecía tan seguro como orgulloso. Sofía comprendió que realmente había oído cómo se llamaba el chico. Armando Saia.

Sofía veía imágenes de ensueño revoloteando dentro del fuego.

Armando y Sofía. Sofía y Armando. Sofía Saia. Las imágenes bailaban entre las llamas.

–¿Dijo dónde vivía?

–No.

–¿En qué dirección se puso a caminar?

–No caminaba. Tenía una bicicleta.

Sofía oyó la añoranza que había en la voz de Alfredo. Bicicleta propia. El sueño de Alfredo. Pero un sueño que era demasiado grande. Ni Lydia ni Sofía podían imaginarse tener un día tanto dinero como para comprarle una bicicleta.

–Se fue hacia allí –dijo Alfredo señalando con el dedo.

Cuesta abajo.

Por donde había desaparecido aquella vez que Sofía se lo había encontrado a la luz de la luna.

–Vigila el fuego –dijo Sofía y se levantó.

Alfredo se inquietó al instante.

–¿Adónde vas?

–Sólo a ver al señor Temba. Vuelvo enseguida.

–Acabo de ver que se ha metido en la casa de *A Gorda*.

«Alfredo tiene ojos capaces de ver en la oscuridad», pensó Sofía.

Nada se escapaba a su mirada. También solía darle a la gente apodos cariñosos. La señora Mukulela era *A Gorda*, el señor Temba, *O Chapeu*^[6].

Sofía dudó en ir a llamar a la puerta de la señora Mukulela. Quizá molestara en un momento inoportuno. Pero ¿se habrían acostado ya? Todavía era pronto. De todos modos, lo más importante era que estaba pensando en el chico. Armando Saia. El señor Temba conocía todos los nombres de los poblados. Si había una familia que se llamaba Saia, el señor Temba sabría dónde debía buscar Sofía.

Sofía anduvo por la oscuridad hasta la casa de la señora Mukulela.

La puerta estaba cerrada. Justo iba a llamar cuando oyó ruidos que venían de dentro. La señora Mukulela reía. El señor Temba gruñía encantado. Sofía podía adivinar por el ruido que estaban acostados en la cama chirriante de la señora Mukulela. Una luz tenue se filtraba por la rendija entre la puerta y la pared de la casa. Sofía no pudo resistir la tentación. Miró por la ranura. Sobre una pequeña mesa había algunas velas de estearina. Y allí en la cama estaban la señora Mukulela y el señor Temba. Los dos estaban desnudos. El señor Temba estaba acostado encima de la señora Mukulela. Parecía que estuviera a punto de tragárselo con su gran cuerpo. Sofía se echó atrás. Pero se inclinó otra vez. No había visto nunca a un hombre y una mujer de esa manera. Los dos se reían. Sofía vio los dientes de la señora Mukulela brillando en la oscuridad. Y sus manos, que agarraban con fuerza la espalda del señor Temba. Lo que vio la puso contenta. Dos personas nunca podrían acercarse más la una a la otra. Después se rió por lo bajo con la idea de que el señor Temba no se había dejado puesto el sombrero.

Sofía los dejó tranquilos. Aunque le habría gustado seguir mirando por la ranura. Volvió a casa otra vez. Alfredo se había quedado dormido junto al fuego. Lo movió para que se despertara. Se metió en la choza. Sofía echó unas ramas al fuego, que enseguida se avivó. Se acostó de lado y miró las llamas. Y se durmió.

Se despertó porque alguien la estaba zarandeando.

Era el señor Temba.

–Me iba a ir a dormir –dijo–. Te he visto aquí tumbada.

Sofía estaba atontada por el sueño.

Todavía estaba oscuro. ¿Cuánto rato había dormido?

El señor Temba pareció adivinar lo que estaba pensando.

–Pronto empezará a cantar el gallo chiflado ése –dijo.

Sofía ya estaba despierta.

–Armando Saia –preguntó–. ¿Hay alguna familia que se llame Saia?

El señor Temba se quedó pensando. No preguntó por qué lo quería saber.

–Hay una familia que se llama Saia –dijo al cabo de un rato–. Viven justo al lado del río –señaló hacia la oscuridad–. El padre es mecánico de coches –continuó–. Se llama Carlos. Pero quizás haya en la casa un hijo llamado Armando.

El señor Temba levantó el sombrero y desapareció en la penumbra.

Sofía estaba despierta. El fuego ardía suave. Pensó en el chico. En todo lo que sabía sobre él. Tenía unos pantalones rotos. Olía a canela. Se llamaba Saia de apellido, tenía una bici y vivía en una casa junto al río. Pero también sabía que Rosa lo había ahuyentado.

Apartó los pensamientos tristes.

Ahora no tenía fuerzas para ellos. El gallo comenzó a cantar. Sofía se quedó sentada junto al fuego. Tenía la cabeza vacía. Llegó el amanecer. Se levantó y echó arena sobre las ascuas. A lo mejor podía dormir una hora dentro de la choza.

Entonces oyó un estallido.

Escuchó. Luego hubo un estallido más.

El ruido venía de lejos.

Pensó que quizás era algo que se había caído, cuando sonó otro estallido.

Entonces lo comprendió.

Eran disparos de escopeta.

«Los policías», pensó.

El señor Bastardo ha venido con los policías. Y ahora están disparando a Lydia y a las demás mujeres.

Los disparos continuaron.

Sofía salió a toda prisa, lo más rápido que pudo.

Nada podía pasarle a Lydia.

Nada.

Cuando Sofía llegó a los campos ya había pasado todo.

El sol estaba por encima del horizonte. Ya era de día. El camino estaba lleno de gente. Sofía había hecho el último tramo corriendo. A pesar de que en realidad no podía correr. Mientras corría pensaba que algo terrible había pasado. Las mujeres estarían acribilladas sobre el camino. Tanto Lydia como Faustino estarían muertos.

Pero Lydia seguía viva.

Faustino seguía vivo. Había policías con escopetas. De la misma manera que la excavadora parecía un gran insecto que se arrastraba, los policías parecían haber salido de un hormiguero. Parecían termitas. El señor Bastardo también estaba allí. Pero cuando Sofía llegó se estaba metiendo en su coche para irse. Sofía sintió un alivio que no había experimentado nunca antes cuando descubrió a Lydia entre las demás mujeres. Había caos y nerviosismo en el camino. Pero nadie estaba herido.

Sofía se abrió paso hasta Lydia.

–He oído disparos de escopeta –dijo.

–Han disparado –dijo Lydia–. Pero no a nosotras, sino al aire. Cuando han visto que no nos movíamos se han rendido. El señor Bastardo ha gritado que volverá. Pero ¿de qué servirá? La policía no nos disparará. Dispara al aire. Ahora saben que no nos dejamos intimidar.

Las mujeres dieron gritos de júbilo.

La excavadora y los policías se marcharon. El coche negro con el señor Bastardo ya había desaparecido. Las mujeres empezaron a bailar en el camino. Sofía miraba a Lydia. Cómo movía el cuerpo, siguiendo el ritmo. Lydia bailaba bien. Faustino, que estaba colgado a su espalda, estaba despierto. El movimiento del cuerpo de Lydia le hacía saltar y columpiarse en su espalda.

Sofía volvió a casa.

Lydia y las demás mujeres se quedaron para trabajar en sus campos. Sofía tuvo que ponerse bien las sujeciones de las piernas varias veces. Pero ya no tenía prisa.

De pronto fue como si María le estuviese haciendo compañía.

Llevaba su vestido blanco y estaba justo al lado de Sofía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó María.

Sofía se lo explicó.

Le habló de la gran excavadora, del señor Bastardo y del penetrante olor a pólvora de las escopetas de la policía que flotaba sobre el camino. María escuchaba. Después preguntó por Rosa. Y Sofía le dijo la verdad. Rosa estaba gravemente enferma. Iba a morir. María no parecía sorprendida. Sofía pensó que tendría que hacerle muchas preguntas a María. Sobre cómo era cuando estabas muerto. Pero cada vez que empezaba a formular una pregunta en la cabeza era como si María desapareciera.

María siguió en silencio a su lado casi hasta la casa.

Pero cuando la choza apareció, Sofía no pudo ya sentir que María estuviese a su lado. Rosa estaba apoyada en la pared de la choza. Dormía. Sofía pensó que estaba cada vez más delgada. La piel ya se le ceñía con fuerza a los huesos.

Sofía se paró en medio del patio y miró a su alrededor.

Todo estaba como de costumbre. Pero, al mismo tiempo, no lo estaba. La enfermedad de Rosa hacía que en realidad nada estuviera como siempre. Incluso la arena del patio estaba diferente, aunque Sofía no podía decir de qué manera.

Entró en la choza.

Se sentó en el borde de la cama y comenzó a escribir en su diario. Lo que había pasado en los campos lo escribiría más tarde. Ahora había otra cosa que la ilusionaba. Una lista de deseos. Lo que más quería en el mundo. Le llevó mucho rato decidirse. Pero al final su lista estaba terminada. Sabía que muchas de las cosas que deseaba nunca se harían realidad. Pero nadie la podía privar de desear lo que quisiera.

María viva.

Rosa sana.

Piernas. (Las de antes.)

Piernas. (Las de antes. Mejor pedirlo dos veces.)

El chico de la bici. Armando Saia.

Hijos.

Ser médica.

*Poder volver pronto a la escuela.
Que Lydia viva mil años.
Un buen bolígrafo.*

Repasó lo que había escrito.

La lista se podía hacer mucho más larga. Pero esto era lo más importante. Además, el orden era el adecuado. Quería que María nunca hubiese muerto y que Rosa se pusiera buena.

Se hizo de noche.

Lydia volvió del campo. Estaba de buen humor. Casi parecía haber olvidado que Rosa estaba enferma. «Lydia sólo puede tener una sensación grande y fuerte a la vez», pensó Sofía. Ahora tocaba la alegría de haber logrado echar al señor Bastardo.

–Iba a utilizar la tierra para construir algo que se llama «campo de golf». ¿Sabes lo que es? –Sofía no lo había oído nunca–. Las hortalizas crecen bien. A principios de la semana que viene ya podré empezar a vender.

«Es por eso que está contenta», pensó Sofía.

No sólo porque hubiesen logrado echar al señor Bastardo. Sino sobre todo porque pronto podría vender sus hortalizas. Y comprar arroz, maíz y aceite con el dinero que sacara.

Lydia se acostó pronto.

Rosa ya dormía. Sofía pensó que quizás el sueño era para la persona una manera de acostumbrarse a estar muerta.

Apartó la idea.

No quería darle vueltas. Quizá podía pasar algo que, a pesar de todo, hiciera que Rosa se despertara una mañana y estuviera bien. Lydia le había dicho que había más médicos que el doctor Nkeka. Y más *curandeiros* que Nombora. No se podían rendir. Cuando se trataba de la vida no se podía dudar en ningún momento de seguir luchando.

Sofía echó más combustible al fuego.

Se acostó de lado y observó las llamas. Después se tumbó de espaldas. Se dio cuenta de que había luna llena. Lo había olvidado. El cielo estaba totalmente despejado, la luna, con sus sombras negras, se veía claramente. Hacía respiraciones largas y hondas. Las imágenes revoloteaban en su cabeza.

«Ya soy adulta», pensó.

«Mi hermana va a morir, es la segunda hermana que se me muere. Y yo tengo que aguantarlo. Pensar en los que están vivos.»

Giró la cabeza.

Era como si viajara entre la luna y el fuego. ¿Había alguna respuesta? ¿Por qué vivíamos? ¿De dónde veníamos? ¿Dónde estaba la muerte? ¿Por qué existía la muerte? ¿Por qué se había colocado justo detrás de Rosa y había jadeado en su nuca? Tantas preguntas y ninguna respuesta. Volvió la mirada hacia la luna otra vez. Un pájaro nocturno pasó volando. Las alas silbaron, y desapareció.

Después oyó otro ruido.

Sonó como algo que rozaba. O crujía. El sonido venía del camino. Sonaba como una bicicleta.

Se incorporó.

La luz de una bicicleta titiló en el camino. Se iba acercando. El ciclista se había parado. ¿Era posible? Sofía apenas se atrevía a pensarlo. Se levantó y salió despacio al camino. Preparada para llevarse un chasco.

Pero era él.

El Chico de la Luna, el Chico Canela, Sergio, Zé y, al final, Armando. Todos sus nombres volaron en su cabeza. Vio que llevaba puestos los pantalones que ella le había arreglado.

—Sólo pasaba por aquí —dijo—. Para dar las gracias.

Sofía recordó lo que Rosa le había enseñado. Esquiva, sin pasarse de amable.

—¿Pasabas por aquí? ¿En mitad de la noche?

Él se rió.

—No —dijo—. No del todo. Pero me gusta ir en bici por la noche. Cuando está oscuro.

—¿Por qué?

—No lo sé.

La breve conversación se terminó.

«¿Qué hago ahora?», pensó Sofía. «¿Cómo me comporto? Para que no se vaya.»

–Los pantalones quedaron bien –dijo Armando.

–Rosa me dijo que habías venido.

–Creo que no le caí bien.

De repente la voz sonó un poco triste. Sofía sintió que debía defender a Rosa.

–Mi hermana está enferma.

–Lo vi.

–¿Cómo que «lo viste»?

–Estaba delgada y pálida.

–Yo no estoy enferma.

Las palabras le salieron solas por la boca a Sofía.

«Soy una idiota», pensó. «¿Por qué he dicho eso?»

Pero a Armando no parecía importarle.

–Yo tampoco –contestó.

La conversación se acabó otra vez.

Sofía pensó que debía evitar a cualquier precio que se marchara. Si se iba ahora no volvería nunca más.

–Hace calor –dijo.

–Sí.

–Y hay luna llena.

–Sí.

–Me gustas tanto.

A Sofía casi se le caen las muletas.

Las palabras le salieron otra vez solas por la boca. ¡Lo había dicho! «Me gustas tanto.»

–Me gustas –contestó Armando–. No nos conocemos. Pero, aun así.

–Aun así, ¿qué?

–Fue la bici la que me llevó hasta aquí. Y supongo que ayer me desilusioné un poco cuando vi que no estabas.

Acercó la bici hasta estar junto a ella. Sofía tocó el manillar. No se atrevía a mirarle a la cara. Pero olía a canela.

Levantó los ojos.

Él la estaba mirando.

–Tengo que irme a casa –dijo–. Pero vendré a decirte hola. Si quieres.

–Sí, gracias.

Ahora fue tonta otra vez. No se daban las gracias.

Armando se fue montado en la bici.

Si hubiese podido, Sofía habría salido corriendo tras él.

Se sentó junto al fuego otra vez.

Justo en ese instante supo qué era la felicidad.

No necesitaba preguntárselo al fuego.

La respuesta estaba donde tenía que estar. Dentro de sí misma.

Epílogo

Rosa murió una tarde justo después de que pasara una tormenta. Las gotas dejaron poco a poco de caer sobre la techumbre. De la misma manera se fue apagando la vida de Rosa, como una lenta marejada que se va meciendo lentamente contra una playa y después desaparece por completo.

Rosa murió en la cama de Sofía.

Lydia y Sofía le acariciaban las manos. Alfredo estaba sentado en la otra punta de la cama y le cogía un pie.

Era lo que Sofía recordaba con más fuerza del momento en que Rosa dejó de vivir. Alfredo sentado cogiendo uno de sus pies.

Rosa estaba delgada y su cara llena de heridas.

La mayor parte del último tiempo se la pasó durmiendo. De vez en cuando se despertaba, como para controlar que todos estaban allí, tal como debían. Después se dormía otra vez.

Una vez, cuando estaba sola con ella, Rosa dijo unas palabras que Sofía se prometió a sí misma no olvidar nunca.

–Ya no tengo miedo. No tengo más miedo.

Habían pasado seis meses desde que Lydia y las demás mujeres obligaran al señor Bastardo a dejar en paz sus tierras. Durante todo ese tiempo, Rosa había ido empeorando poco a poco. El doctor Nkeka pasó a visitarla algunas veces y decía que no había nada que se pudiera hacer. Aunque Lydia en el fondo lo comprendiera, nunca pudo aceptar que Rosa muriera.

Las gotas contra la techumbre, Alfredo que le cogía el pie a Rosa.

Después se acabó.

Ya al día siguiente tuvo lugar el entierro.

El señor Temba recorrió el largo trecho hasta Boane y compró un ataúd. Lydia lloró mucho. Sofía tuvo la sensación de que le tocaba a ella ser fuerte. Hacer de madre con su propia madre.

Rosa fue enterrada entre los demás muertos, sobre una colina cerca del río. Sofía pensó que ahora se encontraría con María. Al menos Rosa no tendría que estar sola, como había estado María durante tanto tiempo. Pensó también que cuando fuese mayor tenía que tener dos hijas. Una a la que pudiera llamar María y otra Rosa.

Armando no fue al entierro.

Pero Sofía sabía que estaba en algún sitio cerca.

Aquella noche, cuando hubieron enterrado a Rosa, Sofía se quedó sentada sola junto al fuego.

Lydia estaba completamente agotada y se había dormido pronto. Sofía estaba sentada con la mirada clavada en las llamas. Buscando respuestas para todos sus enigmas. Otra vez pensó que era infantil. El fuego no tenía voz. Las llamas no tenían respuestas que darle.

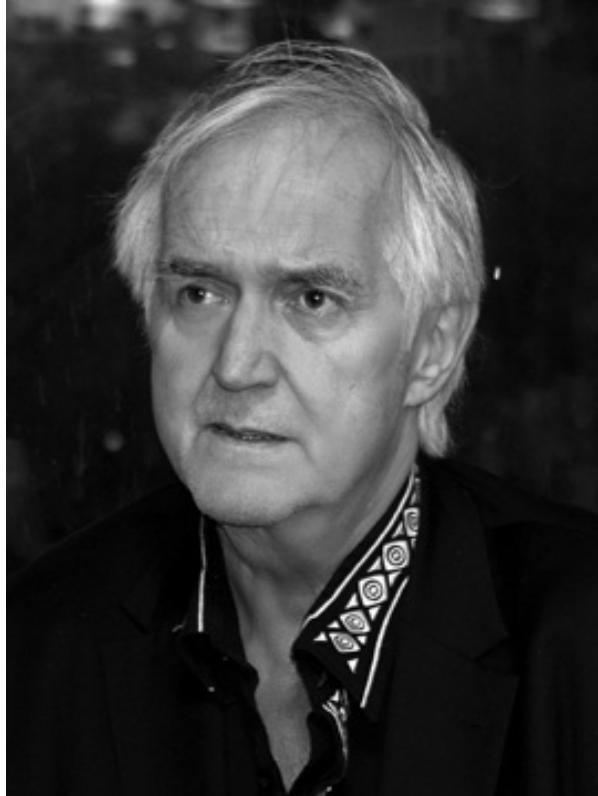
De pronto dio un respingo.

Al otro lado del fuego vio una cara. Era como si los ojos y la boca y las mejillas relucientes estuviesen entre las llamas.

Reconoció la cara.

Era Armando, que había ido a verla.

Y el fuego olía aquella noche a la singular especia llamada canela.



HENNING MANKELL (Estocolmo, 3 de febrero de 1948). Dramaturgo sueco y autor de novelas policíacas famosas en todo el mundo, reconocido internacionalmente por su serie de novela negra sobre el inspector Wallander. También escribe libros juveniles. Actualmente vive entre Suecia y Mozambique, donde dirige el teatro nacional Avenida de Maputo. Está casado con Eva Bergman, hija del cineasta Ingmar Bergman.

En noviembre de 2006 fue galardonado con el Premio Pepe Carvalho, que reconoce a autores de prestigio y trayectoria reconocida en el ámbito de la novela negra y donde el jurado consideró que Mankell «comparte con Manuel Vázquez Montalbán la idea de utilizar la novela negra para abordar críticamente los retos de la sociedad actual».

Por su tetralogía *El perro que corría hacia una estrella* recibió numerosos premios.

Notas

[1] Campo de cultivo. <<

[2] «Chico de la Luna», en una lengua que se llama rongga. <<

[3] Moneda de cambio de Mozambique. El valor de hoy es aproximadamente 1 euro = 16.000 meticaís. <<

[4] Tela grande de muchos colores que las mujeres se enrollan alrededor del cuerpo en forma de falda. <<

[5] «Falda» en portugués. <<

[6] *A Gorda* significa «La Gorda» y *O Chapeu* «El Sombrero» en portugués. <<